



Lena Valenti



Lo que
NUUNCA
Te canté

La historia romántica más Eurobeesiva.
Una beelología única en su especie.
Amar a quien te dé la gana.
Cantárselo como quieras.



CARA A



Primera edición: febrero 2019.

Diseño de la colección: Editorial Vanir.
Corrección morfosintáctica y estilística:
Editorial Vanir.

De la imagen de la cubierta y la contracubierta:
Shutterstock.

Del diseño de la cubierta: ©Editorial Vanir, 2019.

Del texto: Lena Valenti, 2019.

www.editorialvanir.com

De esta edición: Editorial Vanir, 2019

Editorial Vanir

www.editorialvanir.com

valenbailon@editorialvanir.com

Barcelona

ISBN: 978-84-949846-3-1

Depósito legal: B. 4808-2019

Bajo las sanciones establecidas por las leyes quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de esta edición y futuras mediante alquiler o préstamo público.

Lena Valenti

Lo que
NUNCA
Te cante 
CARA A

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

Capítulo 1

@BeellaBeeciosa: Se dice, se comenta, que nuestra Reina Abeja está en Barcelona para negociar su participación en Eurovisión. Es la Reina que nos merecemos. Agárrense las pelucas.

Hoy me han dicho que todo puede cambiar para mí. Y llueve a raudales en Barcelona. Como si no hubiese un mañana. La constante cortina de agua cubre todo como el telón de una obra de teatro antes de ser alzado.

Es increíble.

Y como siempre, yo no voy preparada para semejante chaparrón, en todos los sentidos, figurativos y metafóricos. Porque soy de esas que ve el cielo apocalíptico, y en su fuero interno aún cree que va a salir el sol. No importan los relámpagos ni los truenos. Ni siquiera las bandadas de pájaros que vuelan en estampida huyendo de la ciudad. Si hay astro rey detrás de las nubes, seguro que un rayo acaba despejando el panorama.

¿Resultado de mi sobrevalorado optimismo?: Mis Converse negras empapadas, mis tejanos aguados hasta la cintura y me calé hasta las bragas, oiga.

Maravilloso.

Neón Music, el sello discográfico de más superventas de toda España, se encuentra en la Diagonal, en un precioso edificio acristalado y reflectante que ciega si le da el sol.

Yo vivo en el Born, y para los que conocéis la ciudad condal, sabéis que no son más de veinte minutos en moto. Y sí, hoy, como todos los días, he ido en moto porque es el vehículo con el que me suelo mover. Una Benelli B 125 negra. Mi bebé.

Lo único que no me he mojado ha sido el jersey, cubierto por mi cazadora motera, y el pelo, que al ir cubierto en un casco, iba protegido. Y menos mal, porque ayer fui a que me hicieran mi baño de color y me cortaran las puntas.

Pero es que no me ha dado tiempo a prepararme.

Os explico: Mi novio, Andrés, me llama urgentemente por la mañana para citarme en este lugar. No sé por qué me ha citado aquí. Pero aquí estoy, cubierta por el techo de la entrada del edificio, cobijándome del chaparrón. Esperándolo para ir a donde sea que él diga, a hacer lo que sea que quiera hacer.

Hola, por cierto. Me llamo Kira. Tengo veintitrés años.

Os voy a contar un poco mientras le espero, así para hacer tiempo.

Soy profesora de Música en una escuela de El Gótico. Además de las clases normales en las que enseño a los críos a leer partituras, cantar o tocar algún instrumento, doy una asignatura libre llamada Musicoterapia. No me fue fácil encontrar un centro que la hubiese incluido en su plan de estudios. Pero esta escuela de El Gótico sí me daba la posibilidad de poder ejercerla, mostrándoles previamente mi idea sobre las clases. Los niños están encantados, y los padres también. Llevo un año en la escuela El Petit Món, el pequeño mundo, una escuela inclusiva a todos los niveles, y me gusta mucho formar parte de ella y hacer lo que hago. Sé que están satisfechos con mi trabajo y eso me hace sentir muy bien.

Y ese que se acerca con esa sonrisa superlativa y ese aire de James Dean rebelde y despiadado, es mi novio Andrés. Andí para los amigos. Aunque es solo así en apariencia. Como siempre, tiene la suerte del conductor y ha encontrado un aparcamiento para su Audi TT en la misma acera del edificio.

En realidad, a pesar de esa fachada soberbia, es un buen tío. Es sensato, muy guapo, y viene de una familia de mucho dinero de Barna, cosa que a mí me resbala bastante. Nos conocimos en el conservatorio. Él estuvo solo un año, y luego lo dejó para iniciar dos nuevas carreras que no acabó. Actualmente, trabaja en la empresa de su padre. Pero desde entonces, desde que nos conocimos en el conservatorio, estamos juntos.

A él y a mí nos unen las mismas cosas que a todas las parejas, supongo. El amor por la música es una de ellas.

Tiene veinticinco, dos más que yo. Es rubio, con el pelo largo por arriba y corto por los lados. Y sé que es muy atractivo. Lo sé porque cuando vamos

juntos por la calle, las chicas y las señoras no dejan de mirarlo. No soy nada celosa, y no me importa que lo miren. Es más, me gusta.

Me miro en los cristales del exterior del edificio, y veo mi reflejo. Me peino el flequillo con los dedos, abriéndolo un poco para que se vean mis ojos. Lo tengo bastante largo, no debería considerarse flequillo en realidad, pero me gusta así, aunque mi madre se harte de decirme que me lo deje largo de una vez por todas o más largo que el inicio de la mejilla. Mi melena es lisa, y me llega por debajo de los omoplatos. Y la tengo de un color borgoña que me fascina. No sé si adivináis cómo es el color. Es un tono intenso, oscuro, casi negro cuando no hay luz. Sin embargo, cuando algo me ilumina, su coloración en mi pelo lo convierte en morado. Hace años que lo llevo así y como soy de encariñarme mucho con las cosas, desde que lo probé y vi que mis ojos parecían casi grises verdosos con ese tono, me lo dejé.

Mis ojos...

—Mierda —me digo al ver que tengo el *eye-liner* negro corrido de un lado. Lo arreglo como puedo con la punta del dedo, y veo a través del cristal que Andrés ya está a mi lado.

Me doy la vuelta y le sonrío. Le adoro, aunque a veces sea un capullo.

Tiene esa cara que pone cuando las cosas le van muy bien. Son buenas noticias las que trae, así que estoy deseando escucharle.

—Hola, *mailof* —«Mailof». Sé que es un atentado a la ortografía. Pero nos llamamos así, y lo escribimos así, tal y como suena en inglés las palabras *My love*. Culpemos a la palabra *murciégalo* y *asín*, por ello. Me da un beso y me peina el flequillo, como siempre. Me está revisando de arriba abajo. No con deseo, sino con ojos de Pelayo en *Cámbiame*.

—Hola, *guapu* —contesto aceptando el beso pero apartándome al mismo tiempo porque no quiero que me toque el pelo. Él va como un pincel y yo como una brocha usada—. ¿Por qué me miras así?

—Porque no sé si traerte el champú y el jabón para el cuerpo o una toalla. La ducha te ha quedado a medias.

—No sabía que iba a llover —repliqué.

Andrés suspira como si no tuviera remedio.

—Kira... un día llegará un tsunami y saldrás con el flotador creyendo que es solo una olita.

Me echo a reír, porque no sería la primera vez que tenga una experiencia con una ola asesina.

—Bueno, ¿qué hacemos aquí?

—Vas a dar muy mala imagen. Joder, mira que te lo he dicho. Que te arreglaras, que teníamos que hacer algo muy importante —señala.

—¿Quieres dejar de mirarme así? ¿A quién le voy a dar mala imagen?

Él entrecierra sus ojos azules y hace una mueca. Es como si no supiera cómo darme la noticia. Y yo odio esa cara en ese momento, porque sé que me la ha vuelto a liar, pero desconozco qué ha hecho esta vez.

—Tenemos que entrar —señala el interior de Neón Music—. He hecho algo por ti.

—¿Por mí? —pregunto sin comprender—. ¿Qué has hecho?

—Sí —aparto las gotas de lluvia de mi chaqueta con la mano—. Por ti. ¿Te acuerdas que te dije que el mejor amigo de mi padre es el directivo de este sello?

—Sí —asiento con tono dubitativo.

—Bueno... resulta que mi padre es también su gestor.

El padre de Andrés tiene una gestoría de clientes de grandes cuentas, en la que él, como ya os he dicho, también trabaja, y entre los que se encuentra la supercuenta del señor Casademunt, propietario de Neón Music. Eso ya lo sabía. No me cuenta nada nuevo.

—Ya me lo dijiste. ¿Y?

—Mi padre me envió el otro día a traerle unos papeles, y yo —se pasa la mano por el pelo y se encoge de hombros—, aproveché para entregarle algo más además de esos papeles.

Odio cuando se va por las ramas. Con lo que me gustan a mí las cosas claras.

—¿Qué más le trajiste? ¿Un café?

Andrés dibuja una sonrisa de oreja a oreja.

—No te lo imaginas, ¿a que no?

—No. Te lo estoy diciendo. No se me ocurre qué le puedes haber dado.

Él posa sus manos sobre mis hombros, un trueno suena en la lejanía y yo me encojo como en una película de terror.

—Le he entregado tu maqueta. Le di la canción que hiciste. Le he dado «Comerte el corazón».

Si hay algo que adoro es componer.

Pero compongo para mí. Hago canciones para mí, de esas que me apetece cantar por cómo me siento cuando lo hago. Porque me sana y me hace sentir bien. Porque en esos momentos me abro como una flor, y me expongo. Y por eso lo hago en la intimidad. No me gusta mostrar mi vulnerabilidad a nadie, por eso no canto en público. Nunca.

Componer, escribir canciones es una parte de mí que me apetece mantener guardada en un cajón, para que nadie la hiera, para que nadie la juzgue o la mengüe.

Pero Andrés acaba de traicionarme.

No sentía el frío de la ropa húmeda, hasta ese instante. Ahora me cala hasta los huesos.

—¿Que has hecho qué? —digo con un hilo de voz.

—Te dije que esa canción era buena —me pasa el brazo alrededor de los hombros y me insta a entrar al interior de la discográfica. Yo lo sigo como una autómatas, sin reaccionar—. Yo solo te estoy dando un empujoncito para que alcances tus sueños, *mailof*.

—¿Mis sueños? —estoy tensa como una vara, solo se me ocurre hablar entre dientes—. ¿Cuándo te he dicho que mi sueño es mostrar o vender mis canciones?

—Lo sé —dice entregando su identificación al de seguridad. De paso, coge mi cartera de mi bolso y saca mi DNI para entregárselo—. De lo contrario, ¿por qué te dedicas a la música? ¿Por qué compones y escribes? Todos los músicos soñáis con lo mismo. Con que os oigan y os vean y haceros famosos y ganar mucho dinero. Somos Andrés Fuentes y Kira Soler —le informa a la recepcionista—. La señorita Dolores Navarro y el señor Esteban Casademunt nos esperan.

—Sí —dice la chica hablando por el pinganillo—. Un momentito, que les aviso inmediatamente. Ya pueden subir. Están en la cuarta planta. En los estudios de grabación.

¿Estudios de grabación? Es todo tan extraño. Me siento tan fuera de mi cuerpo. Y lo que él me está diciendo es tan ajeno a mi persona y me siento tan poco identificada con ello. ¿Cómo da por hecho que yo era así cuando le había dicho por activa y por pasiva que mi música y mis canciones eran mías y de nadie más? ¿Cómo se ha atrevido?

Andrés tira de mí y juntos nos metemos en el ascensor metalizado.

—Kira, tienes que reaccionar —me pide.

—¿Que tengo reaccionar? ¿Cómo quieres que reaccione al saber que has hecho algo que yo no te he pedido? ¿Sabes lo reservada que soy yo con mis cosas? ¿Y vas y das esa canción? ¿Esa?

—Tendrías que agradecermelo —habla con la confianza de alguien que sabía que iba a salir ganando por un lado o por el otro. Y me da mucha rabia. Como si al final supiera que yo rectificaría y le daría las gracias—. Kira —me da unos apretones cariñosos en los hombros—, han seleccionado tu canción directamente. La han elegido para que represente a España en Eurovisión.

—¿Qué? —un momento, por favor. Que se pare el ascensor o el tiempo, que me quiero bajar de esta escena ahora mismo. Siento vértigo y estoy tan descolocada, tan fuera de mi hábitat, que tengo ganas de llorar.

—Estás hiperventilando —dice preocupado.

—No —sacudo la cabeza. Me urge recuperar el control—. No. Lo que estoy es hipercabreada, Andrés. No tenías derecho a hacer eso sin mi permiso.

—¿Por qué iba a preguntarte, si ibas a decirme que no? La clave estaba en que escucharan tu canción y vieran lo buena que es. Que tú no fueras el impedimento para que triunfáramos. Y lo hemos conseguido.

—¿Qué hemos conseguido? Me siento hasta mal, joder —mantengo mi mano a la altura de mi garganta y cierro los ojos consternada—. ¿En qué hemos triunfado tú y yo?

—Vas a ganar mucho dinero. Y yo también, cariño. Yo en calidad de tu agente y tú como autora de la canción del año.

Me cruzo de brazos, cada vez más indignada. ¿Me lo parece o está ya todo hecho? ¿Ha firmado ya algún contrato? No me lo puedo creer. Estoy en uno de esos momentos en los que crees que conoces a alguien, hasta que te muestra una de sus múltiples caras que desconocías.

—No puedo creer que me hayas hecho esto —le reprocho con los ojos acuosos—. No sabía que eras capaz de hacer algo así.

Tengo un defecto. Porque es un defecto, no una virtud. Soy transparente y lo digo todo con mi mirada. Sí, a veces también con todo lo que puedo llegar a soltar por la boca, pero para que eso pase, tienen que hacerme lo peor. Andrés me está haciendo lo peor ahora mismo, pero creo que el *shock* no me deja ser todo lo dañina que podría llegar a ser, y en vez de enfurecerme, me está haciendo débil y frágil. Solo tengo ganas de llorar.

—Kira —me dice alarmado apoyándose la espalda en la pared del elevador—. Por favor, mantén la calma. No te pongas así. Espero que eso sean

lágrimas de emoción... ¿De verdad no te pone contenta? ¿No te emociona?

—¿Contenta? ¿Emocionada? —digo incrédula—. ¿Es que no me conoces? Estoy decepcionada. Tú sabes lo que es esa canción para mí y la has... traficado, así sin más.

Andrés cierra los ojos y sé que está poniéndose nervioso y empezando a perder la paciencia. Pero me importa un comino.

—Eres increíble, tía —me dice—. Te estoy abriendo las puertas de un mundo que ni siquiera imaginas.

—Ahora mismo no sé ni quién eres —le digo muy triste.

—Está bien, escúchame —sé que quiere llegar a un trato conmigo y que tiene poco tiempo antes de que el ascensor llegue a la cuarta planta que, por lo lento que va, parece que sea una undécima—. Vamos a hacer esto. Llegamos al estudio. Conocemos a Dolores y a Esteban, que son los encargados de haber preparado los retoques y de llevar a cabo el proyecto de Eurovisión.

—¿Retoques? —cada vez es peor.

—Escúchame —me corta—. Hazme este favor, al menos. Les conocemos, escuchamos su propuesta, y después decidimos.

—¿Qué propuesta vamos a decidir? No soy tonta. Te conozco. Sé que si estamos aquí es porque ya lo tienes todo hecho. No te gusta perder el tiempo si no es para ganar dinero a cambio. Lo tienes hecho —le acuso sin dudar—. Niégamelo. Venga. Dime que no has firmado cosas a mis espaldas.

—*Mailof*... no te pongas así. Decidámoslo juntos.

—¿Decidimos? Decido yo, dirás. Tú me has vendido —le aclaro con voz helada.

Él frunce el ceño ofendido.

—Todo lo que hago lo hago por ti.

—Yo no te he pedido nunca nada parecido. Es más, creo haberte dejado muy claro lo que pienso sobre exponerme y sobre la industria de la música. Tú solo has mirado por tu interés.

—Eso no es verdad —responde ofendido—. Eres la persona que más quiero en este mundo, Kira. Todo lo hago creyendo que es lo mejor para ti —me sujeta la cara y apoya su frente en la mía—. Por favor, date esta oportunidad. Dánosla. Al menos, permítete escuchar tu canción en ese estudio. Porque yo y todos los que estaremos ahí, sabemos que es un bombazo en potencia.

Las puertas del ascensor se abren de par en par. Y una chica rubia y de

ojos azules y enormes, nos sonríe de oreja a oreja. Es muy atractiva. Y viste como una ejecutiva. Pienso que ella es todo lo elegante que yo por razones obvias y de estilo, dudo que pueda llegar a ser jams.

—Vaya...  interrumpo? Ay, estas puertas, que se abren cuando menos te lo esperas —bromea pizpireta.

Cuando Andrés y yo salimos con toda la tensión del mundo a nuestro alrededor, la chica me ofrece la mano. Tendr  unos treinta y pocos.

—T  debes ser Kira Soler, la autora en cuestión. Soy Dolores Navarro. Loli, si quieres. Estoy acostumbrada a que me llamen así desde que soy pequeña —lo dice como si se disculpara por ello.

—Hola, encantada —acepto porque soy educada y Loli no tiene la culpa de que mi novio sea un completo traidor gilipollas—. Soy Kira.

Ella me sonríe con afabilidad y me mira de arriba abajo.

— Pero si vas empapada! Te dejar  unas toallas si quieres... pobrecita.

—Gracias. He calculado mal —le explico—. No creí que fuera a llover.

—Ah —contesta ella extrañada—.  Pero si estamos en alerta roja! —deja ir una carcajada.

Se cree que le he tomado el pelo. Pero no lo he hecho.

Andrés se encoge de hombros, porque piensa lo mismo.

A continuación, Loli saluda a Andrés con más brío. Tengo claro que han tenido más de una reunión al respecto, que él sabe más de lo que dice y que ha firmado más papeles de los que se atreve a nombrar.

Yo me las estoy guardando todas, una a una. No explotar  ahí. No quiero dejarle mal ni a mí tampoco, porque no me gustan las escenas. Pero me hago una promesa a mí misma: vamos a tener una discusión y puede que nuestra relación se vaya a la mierda por ello.

Porque no soporto la traición. No la tolero.

—Cuando la escuch is en su voz, con su porte, con esa manera que tiene de hipnotizar... vais a enloquecer —le dice emocionada a mi futuro exnovio—. De verdad, Kira. Tu canción nos ha venido como anillo al dedo —me agarra de la mano con confianza—. Pero con los arreglos que hemos hecho, est  potenciada, es un número uno. No sabemos si va a ganar Eurovisión, ya sabes el politiqueo del concurso cómo va —me explica con evidente desgana—, pero es un *hit* en toda regla.

De todo lo que me ha dicho me quedo con tres cosas.

La primera: arreglos. Da a entender que mi canción original est 

estropeada por algún sitio.

La segunda: «Cuando la escuchéis en su voz». Yo no sé quién la va a cantar. Puede que Andrés sí, porque claro, él ha sido el vil tiburón cierracontratos. Pero si alguien tiene que cantarla, cosa que aún tengo que ver, espero que sea una mujer. Porque solo una mujer puede entender la visceralidad y la sensibilidad desde la que yo encontré un lugar para poner en papel todas esas palabras.

La tercera: *Hit*. No veo cómo puede ser un *hit* una canción tan íntima y con lenta cadencia como esa. Ya no se llevan las baladas desde Salvador Sobral. Los temas ahora exigen empoderamiento, amor y protesta. Mi canción es una oda descarnada a una pasión y una libertad casi carnívora. Un amor no dependiente ni excluyente. Habla de un amor real que ayuda al otro a emerger y a ofrecer su mejor versión. Es hasta cursi, si me pongo a pensarlo.

Loli nos lleva por un pasillo de paredes color teja, con cuatro puertas blancas al lado izquierdo y dos de cristal opaco al derecho. Las del derecho son baños. Las del izquierdo son estudios de grabación donde tiene lugar la mezcla, la edición y la masterización de una obra musical. El hábitat de un productor.

—Creo que os va a encantar —vuelve a incidir pletórica y con los ojos brillantes—. ¿Habías estado alguna vez en un estudio de grabación? —me pregunta ella haciéndome partícipe en todo momento de cada una de sus miradas.

—Sí, durante la carrera en el conservatorio. Y después hice un curso de edición por mi cuenta. Pero nunca he estado en un lugar así para nada que tenga que ver conmigo directamente —le aclaro con total franqueza.

—Kira tiene un pequeño estudio de grabación en su casa —anuncia Andrés sonriéndome como si yo fuera la mejor del mundo.

Le odio. Es que le odio ahora mismo. Pero me voy a callar.

—No es un estudio de grabación. Son solo unos bártulos para poder grabar maquetas medianamente decentes y guardarlas sin sentir vergüenza. Solo eso.

Loli asiente conforme.

—Eres autodidacta. Y lo haces muy bien. La maqueta sonaba de maravilla, Kira. Espero que te guste lo que hemos hecho con ella. ¿Tienes más canciones? —está interesada de verdad. O eso creo notarle. Tal vez solo sea peloteo. Aunque no lo parece.

—Tiene muchas. Es una excelente compositora —añade Andrés—. Soy su

mayor fan.

—Tengo —le corto abruptamente—. Pero bajo llave. Y no van a salir —digo sin más.

Sé que la respuesta ha sorprendido a Loli, que la pobre no tiene culpa de la situación que hay ahora entre Andrés y yo, pero me da igual. No quiero que se adelante y vea que también puede hacer negocio con mis demás canciones. Porque sé cómo es este mundo.

Y sé que, a Andrés, cuando algo le sale bien y funciona, inmediatamente quiere más, hasta explotarlo. No sabe parar y no voy a permitir que haga eso conmigo. Porque a mí me debe un amor y un respeto. No soy solo uno de sus negocios. Aunque ahora mismo le brillen los ojos como si lo fuera.

—Venga, pasad.

Loli abre la última puerta y nos mete de lleno en uno de los estudios de grabación más increíbles que he tenido la suerte de ver.

La sala de control está acristalada, insonorizada, como las demás salas de captaciones. Una central, como si fuera un escenario general, y tres alrededor para determinados instrumentos. Sabía que había estudios así. Pero me maravilla igualmente verlo.

Los equipos de grabación son sublimes. Las mesas de mezclas son bestiales. Las multipistas, los *racks* de proceso, monitores, ordenadores... todo de última generación y las mejores marcas.

Todas las salas insonorizadas mediante absorbentes y cámaras de aire.

—Sentáos ahí —nos dice Loli señalándonos un sofá de piel esquinero—. ¿Queréis tomar algo?

—Yo un Martini —dice Andrés con naturalidad.

Lo miro de reojo y dejo salir el aire entre los dientes.

—Perfecto —Loli asiente como si estuviera acostumbrada a que le pidieran incluso cosas más fuertes—. ¿Y tú, Kira?

—Un agua con gas y limón, por favor.

—¿No quieres nada más?

—No. Tengo el estómago un poco revuelto.

—Oh... Bien. Ahora mismo nos lo traerán todo —anuncia mientras escribe nuestro pedido a alguien por whatsapp. Guarda el móvil en su americana negra y mira al frente con una sonrisa de orgullo y satisfacción—. Vamos a esperar a que venga Golum, y cuando él esté aquí, empezamos.

—Pues ya estoy aquí, querida —dice un tío moreno abriendo la puerta

como si fuera el dueño del lugar.

De hecho, lo es. Porque conozco a los Casademunt, porque son populares, y sé que él es Esteban Casademunt, el hijo del dueño de la discográfica.

Loli lo ha mirado como el que ve a un mosquito y él, simplemente, la ignora.

Uy... no tengo sentido arácnido ni nada que se le parezca, pero ahí saltan chispas.

Esteban tiene el pelo negro y muy espeso. Es de esos guapos que, seguramente, no se esfuerzan en serlo, pero viste como un modelo canalla y seductor, y tiene una actitud chulesca que a muchas chicas les hace gracia. A mí no me apasiona demasiado su actitud. Su cuerpo y su cara sí.

Debo reconocer que es una alegría para la vista. Con esa mandíbula cuadrada, y ese torso tan marcado debajo de la camisa blanca y entallada que lleva...

—Eres Kira, supongo —Esteban se acerca a mí y me da la mano.

La estrecha con seguridad y, no sé por qué, me da confianza. Loli también me cae bien. Ninguno de los dos parecen personas de esas que te vayan a vender o a traicionar de un momento a otro, como ha hecho Andrés.

—Soy Esteban Casademunt. Es un placer conocerte al fin —después mira a Andrés y le choca la mano como a un colega—. Hemos hablado tantas veces de ti que parece que te conozca de toda la vida.

—¿Ah sí? —interfiero con interés sibilino—. ¿Cuántas veces habéis hablado de mí?

—Hace un mes y medio que estamos en contacto desde que entregó la maqueta a mi padre. Y un mes desde que firmamos el contrato de colaboración. Ha dado para muchas cenas, ¿verdad, colega?

Me quedo en blanco. Imagino que las guerras, las grandes, las más épicas, se urden en momentos de decepción como este. Cuando el único honor que a uno le queda es la venganza.

Se supone que la persona en la que más confío y creo, nunca me apuñalaría por la espalda, nunca me vendería y nunca me ocultaría cosas. Pero todas esas suposiciones se han ido al traste al darme cuenta de que tengo a un completo desconocido sentado a mi lado, e incómodo porque acaban de desenmascararlo. Lo peor de todo es que sé que no está mal por lo mucho que puedan dolerme sus intrigas y sus negocios extraños... si está mal en este momento es porque tiene miedo de que le destruya la paradita y aplaste de un

plumazo todas sus aspiraciones de meterse en el mundillo y en el faranduleo. Deseos que yo conocía, pero que nunca fueron los míos.

Estoy ya preparando mi plan, mi venganza, y dispuesta a morder como un dragón de komodo, pero entonces oigo una voz al otro lado. Una voz de chica, femenina y rasgada, que viene de la cabina de captación de micros.

Veó una silueta recortada en la parcial oscuridad. No la reconozco. No sé quién es, pero me es familiar.

—Chicos, ya estoy lista. Cuando queráis.

—Vamos allá. ¿Estás preparada para ver quién va a cantar «Comerte el corazón», Kira? —dice Esteban encendiendo la sala y poniendo la música.

Yo frunzo el ceño, enfadada y sumida en la oscuridad en la que Andrés me ha envuelto.

Pero entonces, la luz de la sala de captación se enciende y yo no soy capaz de entrar a valorar nada sobre ese habitáculo lujoso y perfecto. En otro momento lo habría hecho. Pero no en ese.

Me quedo con la mirada fija en la mujer que va a ser la intérprete de mi canción. No soy capaz de mover un solo músculo de mi cuerpo.

Ella me mira a través del cristal y me sonrío, como si me conociera, como si supiera quién soy. Y eso no es posible. Así que me cortocircuito.

Los primeros acordes de la canción, es decir, de mi canción, empiezan a sonar.

Se sujeta los cascos contra su increíble melena larga, abundante, de tonos y reflejos leonados, cierra sus ojos oscuros y profundamente pardos y empieza a cantar.

Y cuando su voz pronuncia los primeros versos de mi tema, no soy capaz ni de parpadear. Creo que por un momento, hasta me olvido de respirar, si eso es posible. Y cuando vuelvo a hacerlo, no soy consciente de ello. Su voz, parecida a la de Miriam Bryant, se me cuele bajo la piel y me eriza el vello de la nuca.

Me ha absorbido. Porque para mí es totalmente imposible que alguien de su categoría vaya a cantar mi tema.

Joder, y porque es ella. No una cualquiera.

Queen.

Queen Bee. Apodada por los fans así, haciendo un acertado juego de palabras.

La abeja reina en persona.

Así que lo único que me sale por la boca, mientras ella canta «Si te digo que tengo ganas de comerte el corazón», es en voz muy baja:

—Me cago en la puta.

Espero estoicamente a escuchar la versión que me ofrece Neón Music y Queen Bee. Y lo único que sé mientras Andrés me toma de la mano, es que no noto su contacto, no lo siento a él, porque estoy invadida por la música tan potente que arrolla el lugar, y por el rostro espectacular y salvaje de esa mujer que transmite como nadie cada palabra como si fuera verdad.

No sé. De repente, siento que todo es demasiado.

No estoy preparada para eso.

Entro en bucle. En un agujero negro. O en una dimensión paralela. No sé qué coño me pasa. Pero tengo tantas ganas de llorar, estoy tan emocionada y sobrepasada, que me levanto como un resorte cuando acaba la canción. Y sin despedirme de nadie, abro la puerta del estudio, y me voy.

—Perdón, pero tengo que tomar el aire... salir de aquí —es lo único que se me ocurre.

Las caras de Esteban, Loli y Andrés serían cómicas si la situación tuviera un mínimo ápice de gracia. Pero no la tiene.

No soy capaz de mirar a la artista en cuestión que ha hecho una interpretación increíble y no se le ha ido ninguna nota. Joder, lo ha hecho perfecto.

Pero eso ya no importa. Huyo despavorida de aquella realidad que no quiero, corriendo escaleras abajo, porque no me da ni para pensar que hay ascensor.

Lo primordial para mí es salir de ahí. Escapar.

Tengo mucho que asimilar.

Y muchas decisiones que tomar.

Sabía que mi querido Andrés era ambicioso, pero no hasta ese punto.

Pero hay algo que me deja más en fuera de juego que lo de Andrés.

¿Cómo va a ser que una artista reconocida internacionalmente haya cantado una canción tan personal, privada y preciada para mí como si la historia fuera suya?

Eso sí me ha dejado muy tocada. Porque al oírla, me recuerda a la persona que ya no está conmigo y a la que siempre se la he cantado. La hicimos para mi primo Ricky. La escribimos juntas, porque a ella le gustaba ayudarme de vez en cuando. Pero, sobre todo, era una canción nuestra.

Y jamás, desde que se fue, la había vuelto a cantar, ni siquiera a escuchar.
Hasta hoy.

Ya no hay rastro de la balada que una vez había sido.

Ahora es una canción demoledora. Con una fuerza extraordinaria.

Tanta, que ha sacudido mi mundo hasta hacer temblar la tierra bajo mis
pies.

Capítulo 2

@BeellaBeeciosa: «Pero ¿no se barajaba que fueran dos cantantes a Eurovisión? Las demás propuestas quedan oficialmente eliminadas si se presenta Queen Bee. Es un regalo para todos. Que se preparen porque no hay panales suficientes para tanta miel.»

Sé que he cometido muchas imprudencias. La primera ha sido irme de Neón Music de esa manera. Como una puta loca desquiciada. Ahora mismo siento vergüenza pero creo que sigo teniendo mis motivos.

Y la segunda: conducir con la moto bajo la lluvia. Tenía el depósito lleno y para cuando me di cuenta, volvía del Montseny, bajo la tormenta, con el aviso del depósito en rojo y en intermitente. He llegado a mi casa de puro milagro.

Si os digo la verdad, desde que me escapé del universo aparte que encontré en la discográfica, no he hecho más que pulular sobre mi caballo de dos ruedas y meditar.

Meditar sobre lo que me estaba pasando desde que salí de casa para encontrarme con Andrés. Y cada maldito pensamiento que cruzaba mi mente tenía una banda sonora en mi cabeza: mi canción, con el nuevo ritmo y la fuerza de Queen Bee tan clara y arrolladora.

Y no se me va.

Ni siquiera ahora, que ya estoy en la seguridad de mi pequeño ático en el Born.

Me he dado una ducha, y después de secarme el pelo y ponerme ropa cómoda de estar por casa, sigo tumbada en mi sofá, mirando el techo acristalado de la planta superior de mi piso.

Con el móvil apagado, sí.

Adoro cómo cae la lluvia sobre las ventanas superiores y las cubre como si fueran un río.

No os creáis que es una mansión, porque no lo es. Pero es precioso. Y cuqui. Y puedo decir bien orgullosa que es mío.

Mi yaya me lo dejó en herencia ¿sabéis? Sé que soy una privilegiada por ello, porque hoy en día es muy complicado que los padres o los familiares leguen sus propiedades para darlas, más que nada, porque a veces, aún las siguen pagando incluso muertos. Y porque es un regalo que, estando la vida como está, a mí me den una casa. Lo agradezco todos los días.

Pero mi yaya Lou dejó su pisito para mí. Vivo en él desde los diecinueve. Al principio me lo alquiló, porque hicimos un trato entre las dos. Uno de responsabilidad. Entonces, ella ya se lo había alquilado anteriormente a mi primo de Madrid, que vino a trabajar una temporada larga a Barcelona. Mi yaya no estaba para subir y bajar escaleras, y como es un dúplex de ochenta metros, le era incómodo. Así que casi nunca tocaba la buhardilla abierta de arriba.

Por eso se fue a vivir al centro de la ciudad, donde tendría a mis padres de vecinos para encargarse de cualquier cosa que necesitara. Ella era muy autosuficiente, y aunque se lo ofrecieron, nunca quiso vivir con nadie. Cuando ella me ofreció vivir en el ático del Born, lo hice con la condición de darle un alquiler al mes, lo que podía, mientras me sacaba la carrera y trabajaba a turno partido en una cafetería.

Y ella no quería, pero yo insistí mucho. Y así lo hicimos.

El dúplex tiene luz y grandes ventanales por todas partes. En la primera planta hay dos terracitas con espacio para poner una mesita con un par de sillas. En ella hay un baño general, una *suite*, la cocina americana que conecta con el diáfano salón, que se ve desde la baranda de la segunda planta, donde está mi estudio y una segunda habitación con un baño. Es decir, otra suite.

Las paredes son mitad blancas y mitad de ladrillos de obra vista. Mi abuela pagó a un decorador hace ocho años, con la idea de poner el piso en alquiler. Y lo hizo con un gusto moderno que entrara por los ojos a inquilinos jóvenes y pudientes, que de verdad pudieran pagar y no dejarla tirada. Así que es un precioso dúplex con buhardilla en plena Rambleta del Born. Adoro este paseo. Hay edificios del siglo dieciséis que conviven con los más modernos, la avenida se llena de ocio y luz por las mañanas, los balcones rebosan flores, y posee una de las vidas nocturnas más sanas y bohemias de Barcelona.

La yaya estaba enamorada de este barrio. Y yo también.

Lamentablemente, ella murió hace tres años, por una neumonía, a la edad

de noventa. Murió viejita y rodeada de las personas que más la queríamos. Como yo, que la quería a más no poder. La pérdida de una abuela amorosa es irreparable en el alma. Porque yaya Lou era maestra, mamá y protectora de los suyos.

Mi único consuelo es que para mí no está muerta. Uno no muere cuando su corazón se detiene, uno se va cuando los recuerdos ya no existen. Y yo siempre la recordaré.

Era a ella a quien le cantaba la canción que Andrés ha vendido a Neón Music. Esa canción es de ella. Y mía. ¿Sabéis por qué? Porque siempre me decía que me quería tanto que me iba a comer el corazón. Inventé la canción con ella, la hice con connotaciones románticas, porque la yaya Lou adoraba las historias de amor y las baladas. Y la creé en su honor y con su ayuda. Siempre que iba a verla a su casita del centro, me pedía que me trajera la guitarra para cantársela o usábamos el piano del yayo, que ya había fallecido quince años atrás. Porque ella era y será mi mayor fan. Y después de invitarme a comer o a merendar con su famoso bizcocho, esperaba ansiosa a que sacara mi Corb roja electroacústica y le regalase los oídos con esa melodía.

Mi yaya me hacía sentir como si fuera una artista de verdad. Y yo me esforcé mucho en hacerle ver que yo no era artista, sino que ella era mi musa llena de amor y luz, la que me inspiraba.

¿Sabéis lo que hizo? El dinero que yo le daba de alquiler, lo guardó en una hucha en forma de cerdo rosa con alas, que guardaba en su casa. Y antes de morir me dijo que lo invirtiera en un buen equipo para mi estudio. Que yo valía para hacer música, y que la música debía darme lo que me debía.

Era un ángel, mi niña de pelo blanco.

Estoy pensando en yaya Lou ahora y se me llenan los ojos de lágrimas de amor y añoranza. Cada noche le repito cuánto la echo de menos, y le doy las gracias por regalarme ese pedazo de ella, porque en ocasiones, la siento por los hermosos recovecos de este hogar. Porque aunque lo remodeló y yo le haya dado mi toque, no ha perdido su esencia. Y sigue teniendo esa caricia que mi abuela daba a las cosas, como si con solo mirarlas las convirtiese en joyas. Esta casa es mi joya.

¿Entendéis ahora por qué me he puesto como me he puesto con Andrés?

¿Por qué me ofende que haya hecho eso con esta canción?

Es como si hubiese vulnerado algo sagrado entre mi yaya y yo.

Quiero a Andrés. Lo quiero muchísimo. Es divertido, amable, generoso, te

lo da todo. Pero que lo quiera no significa que me ponga una venda en los ojos y no vea lo malo que tiene y que yo he aceptado en el pack.

Andrés lo ha tenido todo en su vida. Las carreras que ha dejado a medias, por hacer algo y mantenerse ocupado, se las ha pagado su familia. Y creo que nunca se ha esforzado ni ha peleado por nada que realmente le hiciera ilusión. Porque él viene de una familia que no intenta cumplir sueños, los compra con todo el dinero que tienen.

A él lo que de verdad le gusta es la buena prensa y la popularidad. Sabe que el apellido de su padre le pesa, porque vive a su sombra. Le he dicho mil veces que al único a quien debe demostrarle algo es a sí mismo, no a su padre. Por eso me duele tanto lo que ha hecho. Porque ha usado mi secreto, mi canción, para salir de ese anonimato, de esa zona de confort que le da su apellido y para demostrar que él también tiene ojo para hacer buenos negocios. Y no lo dudo, porque es encantador y un tío muy inteligente que consigue casi todo con esa labia que tiene y ese aspecto de niño malo y atractivo. Pero lo ha hecho a mi consta. Sabiendo que sus metas y las mías no son las mismas, y a pesar de ello, me las ha impuesto.

Ding dong.

Me levanto del sofá y por enésima vez, me seco las lágrimas con el antebrazo. Arrastro mis pies con mis zapatillas de unicornio y miro la cámara del interfono.

Es él. Es Andrés.

No me sorprende. Está cabizbajo y tiene los ojos brillantes y enrojecidos. Me apiado de su gesto triste y arrepentido y sin decirle nada, le abro la puerta de abajo para que suba a casa.

Tenemos que hablar. Quiero darle la oportunidad de que se defienda y que pueda cambiar mi opinión sobre él.

Un minuto después, lo veo llegar al salir del ascensor, y le abro la puerta de casa, sin decirle absolutamente nada, solo censurándolo con la mirada.

Él hace una mueca con la boca, y entra como si la vida le pesara una barbaridad.

Cierro la puerta blanca de mi casa, me apoyo en ella y me cruzo de brazos esperando a que él hable.

Me retiro el no flequillo e intento mirarlo sin juzgarlo, pero la decepción que siento es tan evidente que sé que se me nota, que para mí ha cambiado todo.

Andrés se da la vuelta y me encara. Está afligido, pero en el brillo de sus ojos azules y claros veo frustración. Como si tuviese derecho a estar enfadado.

—Antes de que me digas nada —me dice—, quiero ser sincero contigo como no he sido en mucho tiempo.

Aquello no lo espero, pero permanezco quieta como una estatua. Cruzo un pie delante del otro y me mantengo en mi posición tanto física como emocional.

—Habla —le ordeno.

—Sé cómo te sientes, Kira.

—¿Ah, sí?

—Sí —asiente con la cara más seria y de circunstancias que le he visto nunca.

Yo continúo mirándolo esperando más información que tal vez me he perdido por el camino.

—Sé lo que piensas de mí ahora mismo. Que me he aprovechado de tu confianza y que te he traicionado. Y puede que tengas razón. Pero la verdad es... —traga saliva y sacude la cabeza cariacontecido—. La verdad es que llevo una temporada sin sentir lo que tengo que sentir estando contigo. Me encuentro apagado, hemos caído en la monotonía y he intentado por todos los medios sacar esto adelante, porque son ya algunos años juntos y porque, como te he dicho en la discográfica, eres la persona que más quiero en toda mi vida.

Le estoy escuchando y lo entiendo menos que el *Nido Rotterdam* de Benjamin Verdonck.

Mis párpados se han olvidado de su función esencial, y como no parpadeo, me pican, me escuecen y se me humedecen. O puede que, para mi desdicha, esté llorando cuando él no se lo merece.

¿Pero de qué mierda me habla ahora? ¿Que está mal conmigo, dice? ¿Y en qué le exige eso de lo que ha hecho?

—Por eso pensé que, si hacía eso y salía bien, si ellos veían lo increíblemente buena que eres y eligiesen tu canción, tú estarías feliz conmigo, yo estaría orgulloso también, y esta nueva aventura nos daría la chispa que se nos ha perdido por el camino, sin darnos cuenta. Lo que he hecho lo he hecho por ti y por mí. Para sentir algo más que nos una y nos devuelva lo que éramos. Pero ya veo que salvarnos es imposible.

Me aparto de la puerta y camino hacia él, tan dolida por lo que oigo que el dolor no me deja pensar con claridad. Pero no puedo ni estallar. ¿Cuándo se

ha girado la tortilla de esta manera?

—¿En qué momento me ibas a decir que estabas mal conmigo, Andrés? Porque te recuerdo que hace dos noches estábamos haciendo el perrito y tú gritabas que era la mujer de tu vida. Y que el lunes, sin ir más lejos, estábamos pensando en irnos a vivir juntos. Así que dime, ¿qué mierda me he perdido?! —le grito reaccionando. Oír mis propias palabras me despierta y también provoco que Andrés se sienta más inseguro, como si el plan para convencerme se le estuviera yendo de las manos—. ¿Quieres ponerme esa excusa? ¿De verdad quieres decirme que no sientes lo que tienes que sentir por mí y que por eso has hecho lo que has hecho? ¿Para darle vidilla a lo nuestro, que según tú, estaba muerto? Pero... —aprieto los puños y lo juzgo desengañada, y tan rabiosa que tengo ganas de pegarle—. ¿En serio, Andrés? ¿Qué tipo de miserable egoísta eres tú? ¡Has vendido algo que era de mi abuela y mío, niñato de mierda! ¿Y quieres excusarte con eso para que encima me sienta mal cuando tú estás haciendo negocios con mis sentimientos? —Lo agarro de la solapa de la cazadora y lo zarandeo levemente—. ¿De qué vas?! —ya he dejado de llorar. La furia me da una valentía y una fuerza que erradica las lágrimas y las transforma en cólera.

—Kira... no te pongas así. Yo...

—Antes de ser mi novio, eres mi amigo —le recuerdo alzando el dedo—. Y antes de ser mi amigo se supone que eres buena persona. Ahora ya... —le dirijo una mirada llena de desprecio, de arriba abajo. Y lo suelto, porque no soporto tocarlo—. Ya no sé ni lo que eres. No te reconozco.

—Sigo siendo yo.

—¿Sí? Pues quítamelo, te lo pido por favor.

Él frunce el ceño y sus cejas castañas claras dibujan una gaviota.

—¿Que te quite el qué?

—El puñal que tengo en la espalda. Lárgate de mi casa, mentiroso —le señalo la puerta—. Que tengas que decirme todas estas cosas para no admitir que lo has hecho porque eres ambicioso y porque sabías que así tenías una puerta abierta para el mundo del famoseo que tanto te gusta, me demuestra el tipo de persona con la que he estado y que me ha engañado todo este tiempo. Eres un hombre gato. Te gusta comer peces y buscarte la vida pero sin mojar te los pies. Y lo acabas de hacer a mi consta.

—Tú ganarás mucho dinero también, Kira. Es la canción de Eurovisión. No va a haber concurso de selección. Que Queen haya accedido siendo la

artista que es, la hace la elegida. Y es la caña. Lo vas a reventar como compositora.

—¿Desde cuándo me importa el dinero, Andrés? No soy una desconocida. Soy yo, joder. ¿Es que no me conoces?

—A todos nos gusta el dinero. Tú te llevas la mayor parte, así lo he negociado. Yo solo me llevo una comisión por representarte.

—Sin mi permiso, claro. Podría demandarte por lo que has hecho.

—No lo he hecho con mala intención —me asegura nervioso—. Pero ya no lo puedo deshacer. Están todos los contratos firmados. Que nos echemos atrás, nos obliga a pagar una multa que ni tú ni yo tenemos. Hablo de mucho dinero —me advierte.

Niego con la cabeza y me masajeo las sienes.

—Has hurdido este plan desde hace más de un mes, a mis espaldas. Y te has asegurado de que no sepa nada para que no pueda echarlo atrás. Eras muy consciente de lo que estabas haciendo y lo has hecho con mucha premeditación. No me vengas ahora con la pena. Tu padre es millonario. Que él se haga cargo de las cagadas de su hijo.

Él deja caer la cabeza y pone los brazos en jarras.

—Pensaba que te animarías a hacerlo. Pensaba que te alegraría ver que vales para la música.

—Había tantas maneras de hacérmelo ver, Andrés —admito desanimada—. Tantas. Pero así no.

—Por favor, no te eches atrás —me ruega con los ojos llorosos.

Esto es increíble. Va a llorar por el miedo que le provoca fracasar a ojos de su padre, pero no por lo mucho que me ha defraudado ni por haber roto una historia que yo siempre consideré que era bonita y especial. No llora por mí ni por perderme. Qué fuerte me parece todo.

—Kira... te lo suplico —con lo alto que es, se pone de rodillas y me ruega como alguien que clamase piedad por su vida. Sin embargo, capto su desesperación y también su vergüenza—. No me hagas esto. No rechaces nada de esto. Confía en mí. Todo irá bien.

Dejo ir el aire por la boca. Asiento, y me fuerzo a creer que todo se ha ido al traste. Menos la canción, claro, lo único que hay de verdad en todo eso, pienso con acidez. La canción tiene que seguir adelante. Y solo yo entiendo de verdad por qué no puedo enterrarla ahora.

—Deja de humillarte —le pido derrotada—. Está bien. Voy a aceptar que

mi exnovio prefiera Eurovisión a mí. Que no me quieres y que dudo que me hayas querido como yo a ti. Y voy a permitir que esa canción se lleve al concurso. Pero nada de esto lo hago por ti. Ni siquiera lo hago por mí —la voz se me rompe cuando soy plenamente consciente de que dejo mucho atrás a partir de ese momento—. Lo hago por mi yaya. Porque ella no merece que se la lleve a juicios y a demandas que tú sí te mereces. Esa canción es luz, y no la mierda en la que la has querido meter.

—Pero yo te quiero, Kira —repite angustiado—. No es todo malo.

—¿Tú? No. Tú no me quieres —insisto riéndome de sus palabras—. Tú solo te quieres a ti mismo.

—Tal vez haya estado confundido. Debí decirte cómo me sentía. Desde luego, no me esperaba que esto pasase así... Pero que no te quiera como mi pareja no quiere decir que no te adore y no te quiera como mi amiga. Quiero seguir siendo tu amigo, por favor, no me apartes de tu vida... Nos vamos a seguir viendo. Está estipulado así en las cláusulas que he firmado.

Alzo la mano y detengo todo lo que él tenga que decirme.

—Quiero que te calles ya. Y que me des los contactos de Loli y Esteban. A partir de ahora, yo hablaré con ellos en todo lo que se refiere a la canción. Tú negocia lo que te dé la gana por tu lado. Me da igual. Tendremos un trato cordial y tal vez, cuando pase el tiempo y yo te identifique en mis recuerdos como alguien que alguna vez fue mi amigo, entonces, podamos volver a hablar. Mientras tanto, no quiero saber nada de ti. Ya sabes dónde tienes la puerta.

Andrés parece más tranquilo. Se levanta del suelo y se pone a un palmo de mi cuerpo.

Su cercanía me tensa y vuelvo a clavarme las uñas en las palmas de las manos.

Él me da un beso en la frente, y yo lo aparto y le gruño:

—Que te largues.

Él murmura un «sí» acongojado y en voz baja añade:

—Gracias por no dejarme tirado.

Cuando cierra la puerta de mi casa, me encuentro en un momento lleno de revelación. Y de tristeza.

Tantos años juntos y compartiendo momentos maravillosos, para que me haga esto ahora.

Me dejo caer en el suelo, sola en el salón, envuelta únicamente por la melodía acústica de la lluvia golpeando las ventanas y la buhardilla, y la única

claridad que entra de la calle y que alumbra la lámpara de pie que hay al lado del sofá.

Me cubro el rostro con ambas manos y me echo a llorar.

Porque no sé qué me duele más.

Vulnerar el recuerdo de mi tía para compartirlo con todo el mundo.

Permitir que esa canción la cante otra.

O perder al hombre con el que quería compartir mi vida y todos mis sueños.

Sin duda alguna, Andrés tenía razón cuando me ha llamado esta mañana.

Hoy ha cambiado mi vida.

Al día siguiente

Ya os lo he dicho. Soy de las optimistas.

Ayer por la noche mi novio me da la hostia más inesperada de mi vida, pero me levanto de la cama creyendo que nada puede ser tan malo y que, al menos, sigo viva.

Sin embargo, es poner los pies sobre la alfombra blanca que hay bajo mi cama, de ese pelo parecido al de un oso, y que no lo es, porque no tengo nada de piel animal, y de repente, tengo un recuerdo de Andrés y yo haciéndolo como locos sobre ella, para estrenarla.

Qué desastre.

No va a ser fácil.

Llevo casi seis años con él. Mi vida estaba hecha a sus necesidades y a las mías. La de los dos. Creía de verdad en mi futuro a su lado. Y de la noche a la mañana ha pasado a ser solo mi futuro. Y él no sale en la ecuación, al menos, no sale como mi pareja. Por ahora tampoco lo veo como mi amigo. Es Freddy Krugger, el tío que se mete en tus sueños y los convierte en pesadillas.

En eso ha convertido mi vida.

Y luego está el tema de mi canción y de Eurovisión. Alargo el brazo y cojo el móvil de encima de la mesita de noche. Hay dos mensajes de Andrés. En uno está el contacto de Loli. En el otro me ha escrito algo de muchas líneas que no pienso leer.

Estoy muy cabreada para leer nada suyo.

Guardo el contacto de Loli en mi agenda, y pienso que tengo que empezar a reaccionar. Ya me he pasado toda la noche llorando, y aunque me duela, tengo que controlar la situación un poco.

Mi canción está en manos de Neón Music, quiero saber qué tipo de contrato han firmado con Andrés, cuánto me pertenece por la autoría y conocer la hoja de ruta desde que vayan a presentar el *single* hasta que participe en la final de Eurovisión.

Yo tengo mi vida. Mis responsabilidades. Y necesito tener esa agenda a mano para ver dónde podré asistir como autora y dónde no.

Y no solo eso. Quiero volver a escuchar la canción en boca de Queen y comprobar que de verdad me puede afectar tanto y es tan buena como sentí ayer que lo era.

Me voy a la ducha. Es domingo. Los domingos suelo comer con mis padres.

Mi plan es comer con ellos, decirles lo que ha hecho su exyerno, darles la noticia de que han seleccionado mi canción para Eurovisión y después, citarme con Dolores, o sea, Loli.

Quiero poder justificarme por la estampida de ayer.

Mis padres, Verónica y Juanjo, viven en un piso bastante amplio de la calle Valencia, tocando Paseo de Gracia. Como os he dicho, muy en el centro. Donde vivía mi yaya.

Los dos son reposteros y son dueños de la panadería-cafetería más famosa del barrio de Gracia. Hacen las mejores *muffins* de la ciudad, doy fe de ello. Ellos son los responsables de mi adicción a lo dulce y al azúcar, aunque intento no abusar mucho de ello.

No sé por qué, pero a mí siempre me reconforta llegar a casa de mi madre y oler la comida que ha preparado. Son aromas sanadores, que te recuerdan al amor más sincero y al cuidado más dedicado.

Aunque sé que no me va a hacer olvidar a Andrés, porque eso no lo va a conseguir nada, sí hace que me sienta mejor, más mimada. Y necesito muchos mimos. En serio.

Me quedo enganchada a mi padre como un koala, porque es él quien me abre la puerta. Soy muy cariñosa. Mucho. Mi vida sin cariños no tiene

excesivo sentido. Pero mi padre me conoce muy bien. Así que es el primero que me retira el pelo de la cara y me pregunta:

—¿Y esa carita? A ti te pasa algo.

Mi padre es grandote, tiene los ojos marrones y una nariz grande. Su pelo es castaño y canoso y tiene bastantes entradas. Mi madre tiene el pelo del color del vino tinto y unos ojos a veces verdes y otras azules, muy claros. Supongo que mis ojos son una mezcla de ambos. Y mis rasgos... no son los de mi padre, desde luego. Aunque tampoco los de mi madre. Tengo la forma de sus ojos, hacia arriba y grandes, y su manera de sonreír. Y de mi padre, tengo su color de piel, y unos hoyuelos extraños en las comisuras de los labios, que salen cuando me río o cuando lloro. Él los llama, «hoyuelos emocionales».

Hundo mi cara en su pecho e inhalo profundamente. Adoro el olor de su cardigan. Adoro cómo huele él.

Me abrazo más fuerte a su cuerpo y noto los ojos de investigador de mi madre sobre mí, que aparece por el salón limpiándose las manos con un trapo.

—¿Qué pasa? —pregunta con esa voz cantarina que tiene.

Los dos me acompañan al salón, me sientan en la mesa y cada uno toma la silla a mi lado. Estoy rodeada.

No sé cómo, pero al final les cuento todo como puedo. Y al contarlo en voz alta y oírme a mí misma, me convengo de que lo mejor que me podía pasar era que Andrés me dejase así. Para darme cuenta de la verdad. Y abrir los ojos.

Sin embargo, en mi fuero interno, lo que más rabia me da es saber que mi intención era dejarlo yo por su traición y no al revés. Pero él se adelantó, y de paso, me dejó fría y descolocada.

Mi padre se frota los ojos con la punta del pulgar y el índice y niega con la cabeza.

Mi madre, agacha la cabeza y me mira por encima de la montura de sus gafas metálicas.

—No tienes que preocuparte. Vais a volver. Esto es solo una pelea de enamorados. Andrés es un buen chico y siempre ha mirado mucho por ti. Te ha consentido todo. No te va a hacer esto ahora, justo cuando consigue la locura maravillosa de Eurovisión —dice emocionada—. Mi hija ha compuesto la canción de Eurovisión —repite llevándose las manos a las mejillas—. Es... increíble.

Mi padre, en cambio, la mira como si se hubiese vuelto loca.

—Verónica, por Dios. Lo de Eurovisión es una noticia excelente. Y de eso

vamos a hablar ahora en más profundidad —aclara mirándome fijamente—. Pero ese muchacho se merece una colleja. Nunca tuvo ni oficio ni beneficio, ya te lo dije —me recuerda mi padre—. Solo tira de la fama de su familia y chupa de eso —aprieta el puño y golpea la mesa con fuerza—. Además, sus padres siempre se han sentido incómodos con unos panaderos como nosotros. Cuando vea a ese chico le estrujaré los huevos y...

—Papá, por favor —pido alarmada por su visceralidad—. No seas tan intenso. No hay que estrujar nada. Somos una pareja más que ha roto. Soy una chica más —recuerdo— a la que han dejado y han traicionado. No hay que dramatizar más de la cuenta —sorbo por la nariz y me seco los moquillos con un pañuelo de papel—. Estoy así porque ha sido muy inesperado y porque no entendía lo que él me contaba. Esta noche he pensado mucho y he asimilado mi nueva situación. Lo que llevo mal es la felonía de Andrés.

—Pero, cariño —mi madre apoya su mano en la mía—. Andrés no lo ha hecho bien, estamos de acuerdo. ¿Acaso tú no has notado distanciamiento entre vosotros en este tiempo? ¿No notabas que él estaba mal? Esas cosas no pasan inadvertidas para las mujeres. Cambian muchas cosas en un hombre cuando ya no siente interés y...

Yo niego con la cabeza. Si mi madre supiera las guarradas que estábamos haciendo dos días atrás, le da una apoplejía ahí mismo.

—No. Él ha estado igual siempre —contesto—. Esta semana estábamos decidiendo adónde nos íbamos a ir de vacaciones —es que es de locos—. Queríamos irnos a vivir juntos. Decir que estaba mal conmigo ha sido su excusa fácil para no sentirse culpable y para no admitir que ha vendido mi canción porque es un egoísta. Eso es todo. Todo lo demás que diga o deje de decir es paja.

—Bueno —ella me mira comprensiva, pero sé que en el fondo cree que es solo una riña. A ella siempre le ha gustado Andrés y le ha caído muy bien. Supongo que también le cuesta aceptar que lo nuestro se ha roto—. Sigo pensando que esto pasará y que volveréis. Tómatelo con calma, cielo —sujeta mi mano y besa mi dorso—. Lloro cuando tengas que llorar. Disfruta de tu soltería, relájate, sal con Ágata, haz lo que te dé la gana... Si tenéis que volver, volveréis —se encoge de hombros con una sonrisa.

Yo la miro fascinada. Ella es una mujer muy positiva, por supuesto. De algún sitio he tenido que coger yo esa faceta de mi personalidad. Pero además, es muy espiritual. Le encanta leer libros de Deepak Chopra. Su

comportamiento ante la vida es muy relativo. Saca hierro a las cosas y no las hace tan trascendentales como hace la mayor parte de la humanidad. Y eso me encanta de ella. Porque me ayuda a ver cualquier circunstancia desde el punto de vista de alguien feliz y emporrado.

Sé que alguna vez mis padres han fumado porros. Son muy *hippies* ellos.

—Mira, he preparado una sopa de pollo para el alma, y de segundo pechugas rebozadas de las que te gustan. Les he puesto semillas. Y he comprado tu salsa teriyaki —arquea sus cejas caoba y sonríe—. Cariño, eres una chica preciosa. Mírate —me sujeta de la barbilla y la levanta—. Tienes tu propia casa, tienes trabajo... ahora no tienes novio —aclara poniendo cara de circunstancias—. Pero va bien estar una temporada sola. Además, dices que en todo esto de la aventura Eurovisiva, tú podrás formar parte de ello ¿verdad? Y Andrés también.

—Sí.

—Pues nunca se sabe —augura.

Si mi madre estuviera en mi interior y sintiera el desazón que siento, sabría que no hay ninguna posibilidad de que él y yo volvamos a estar juntos como pareja. Tal vez podamos ser amigos de nuevo. Pero pareja, jamás.

—Mama, no quiero estar sola una temporada. Ahora mismo no quiero saber nada de relaciones. Seré una viejita con gatos o con perros. Lo tengo decidido —asumo intentando mostrarles mi mejor cara.

Ella se echa a reír y niega la cabeza.

—No. Tú estás hecha para compartir las cosas con alguien. Porque te encanta escuchar, hablar y abrazar y querer —dice risueña—. Y besar. Como a tu madre. Y como al pesado de tu padre. Somos Furbys.

Yo dejo ir una carcajada. Es verdad. Nos llamamos así.

Somos muy expresivos y dados a expresar nuestros sentimientos.

Esta es mi familia.

De repente, en la televisión encendida del salón, en un programa de cotilleos, anuncian la localización en Barcelona de Queen Bee.

Mi padre se gira para mirar la televisión y mi madre, que se acababa de poner de pie, también se detiene para observar la pantalla.

Todos somos conscientes de que esa mujer que sale en pantalla será la que ponga voz a mi canción y que nos va a representar en el concurso de música más importante de Europa.

Lleva unas gafas de sol de Louis Vuitton y una gorra oscura que le cubre

parte del rostro. Pero es de esas personas que por mucho que lo intenten, no pueden pasar desapercibidas. Hay algo en ella que le obliga a uno a girar la cabeza para mirarla mejor.

Está acompañada por Loli, que la intenta resguardar como puede hasta el coche de alta gama negro que las espera en la calle. Por lo visto, se hospeda en el The Corner Hotel, el que queda tan cerca de la Casa Batlló. Un hotel de cinco estrellas, por supuesto.

Los *paparazzis* le están preguntando sobre Eurovisión y sobre su antigua relación con otra cantante que salió tiempo después del mismo concurso que ella y de otra edición. Una relación que se hizo viral internacionalmente.

Ella sonríe pero no contesta nada. Excepto a una pregunta sobre la canción en cuestión. Entonces Queen mira a la cámara y responde:

—Es una canción muy especial. Y vamos a ganar —asegura.

La cara de Loli es de pasmo tras ella. Seguro que de esa imagen harán un meme.

Yo alzo la comisura de mi labio y medio sonrío.

—Te lo debían ¿verdad, Queen? —insiste el periodista—. Ganaste el concurso pero entonces, cuando elegían todavía la canción para Eurovisión entre vosotros, no fuiste seleccionada. Ahora vas por decisión de la cadena y de la discográfica y por una decisión masiva de televotos. Te quieren a ti. El país entero cree en ti. ¿Qué crees que va a sentir la gente cuando oiga tu canción?

Ella lo mira sin perder el gesto sonriente en sus labios y contesta condescendiente.

—La canción no es mía —replica—. Yo solo tengo el honor de interpretarla. Y espero comeros el corazón.

Dicho esto, Loli mete a Queen en el coche, y tras un aluvión de flashes y de preguntas sin responder, el BMW desaparece de la imagen.

Me quedo pensativa y aceptando, asumiendo, que esa artista tan conocida, va a cantar mi canción. Me sorprenden sus palabras tan vehementes. Soy yo la que debería estar orgullosa de que ella la cante, no al revés. Y eso hace que lo de Andrés me duela menos, porque me lleno de ilusión y de expectativas. Y también de muchos nervios.

—Esta chica es tan guapa que turba verla —dice mi padre encantado de la vida.

Mi madre se gira y hace una mueca.

—Tu padre tiene comportamientos de viejo verde —espeta—. Pero la verdad es que yo siempre dije que su cara era impresionante. Cuando salía en el programa era mi favorita. Ella y el morenazo de metro ochenta con todo tan bien puesto. El mulato...

—Y luego el viejo verde soy yo —murmura mi padre.

—Cariño —mi madre se gira para mirarme entusiasmada—. ¿Entiendes lo que te está pasando? ¡Te vas a codear con una estrella! ¿Has visto cómo ha dicho que la canción no era suya y que tiene el honor de cantarla? ¿Has hablado con ella? ¿Qué tal es? Vamos a poner la mesa entre los tres y me cuentas.

Yo me levanto todavía con la imagen de la televisión fija en mi mente.

¿Que qué tal es? No tengo ni idea. ¡Si me fui de la discográfica como si fuera presa de una descomposición! Qué humillación.

Cada vez que lo pienso, me siento peor y me da más vergüenza.

Tengo que hablar con Loli para disculparme.

Hay que poner en orden todo lo antes posible.

Capítulo 3

Al día siguiente

Hoy he dormido mejor que ayer. Posiblemente, porque estaba cansada por la falta de sueño y la tristeza. Pero he dormido bien.

Ayer no hice nada en especial. Me pasé todo el día con mis padres. Mi mejor amiga Ágata estaba haciendo ruta de montaña y no pude quedar con ella. No sabe nada de lo que me ha pasado. Pero hoy sí la veré. En el trabajo.

Dormir hace que me levante con más ganas y con algo más de energía. Lo primero que hago es cargarme un buen café en mi Nespresso Krups Expert. No os penséis que tengo nada con George Clooney porque no, pero me la traje de casa de mis padres porque a ellos les sobraba una.

Me ducho, me visto y cojo mi moto para ir a la escuela. Tengo un buen horario en *El Petit Món*. Todas las clases de música se dan por la mañana, así que después de las dos, que es cuando doy las últimas clases con los más grandes, yo ya estoy libre. Eso sí, desde las ocho que entro para nuestro *briefing* con todos los profesores no paro.

Ágata es profesora de ciencias. Entré en esta escuela, en parte, gracias a ella. Ella me avisó de la vacante, yo me presenté y les gusté.

Es una escuela que también incluye secundaria. Tiene dos edificios separados. Uno para los de primaria. Y el otro para los más mayores.

Trabajar en el centro me gusta mucho, porque me gusta Barcelona, sus gentes y el hecho de que sea una escuela donde entienden la pedagogía de otro modo. Con cada clase que tengo, doy una hora de musicoterapia a la semana. Y de una a dos horas de música normal.

Así que después de mi jornada laboral de hoy, de hacer coros, cantar canciones, leer partitura y tocar la flauta, quedo con Ágata para comer en el

Gótico. Allí tenemos un restaurante fijo, donde vamos a comer juntas una vez a la semana. En el Bliss.

Ágata es una mulata preciosa, hija de padre nigeriano y madre catalana. Tiene un pelo largo y afro que me entusiasma. Además, ella siempre se hace todo tipo de peinados que le favorecen y que hacen que cada día parezca una persona distinta. Yo en cambio solo me sé hacer alguna que otra trenza, y un moño mal hecho. Pero casi siempre lo llevo suelto.

A Ágata la conozco desde el instituto. Nos hicimos inseparables. Es gente guay, molona, como se suele decir. Tiene un estilo muy desenfadado, pero se ponga lo que se ponga parece que tenga delante a una modelo de ébano. Es alta y de proporciones delicadas. Y aunque tiene un rostro dulce y bonito, lo que más llama la atención de ella, es que puede hablar como una máquina de insultos argentinos. En el instituto se comporta, obvio. Pero en la calle... Ágata es una taladradora de hablar mal. Y esa es otra cosa que me gusta de ella. Porque hay un estudio que dice que las personas que dicen muchos tacos son más sinceras, porque no usan filtros sociales. Dicen lo que piensan, sobre todo con los más allegados. Por eso sé que ella siempre es honesta conmigo.

Cuando le cuento lo que me ha pasado, me convengo de que no vale la pena sentir tanto dolor. Y sé que voy a superarlo.

Ella, en cambio, deja de comer. Es como si se le cortara el apetito. Sus ojos verdes se oscurecen, y sus labios mullidos forman una mueca de desprecio y rabia ante lo que oye.

No me deja ni acabar.

—Qué. Hijo. Del. Demonio —niega con la cabeza—. No me lo puedo creer. ¿Te dije o no que no te fiaras de los que son tan guapos? —me señala como si yo tuviera culpa de algo. Sé que es su manera de preocuparse por mí—. Con los guapos solo revolcones. Nada más. Porque no están hechos para ser buenos.

—Nunca he tenido ningún problema con Andrés hasta ahora.

—Pues menos mal. Porque la que te ha hecho es bien gorda. Saco de pulgas con hemorroides... Polla infestada.

Yo me echo a reír. Esa es nueva. Ya empieza. Tengo que pararla.

—¿Tú cómo estás? —me pregunta empatizando conmigo—. Me imagino que es inesperado. Pero escucha: vender algo tan privado es imperdonable. ¿Cómo puede seguir teniendo cabeza?

—No todos vamos arrancándolas como tú.

—Eso es de tu abuela y tuyo. Y ahora es una canción que va a cantar todo el mundo —se queda callada unos segundos, y cuando es consciente de lo que dice, sus labios se alzan en una sonrisa franca—. Hostia. Que tengo una amiga famosa.

—Que no. Que yo no soy famosa ni lo voy a ser.

—Y tanto. Joder, te vas a codear con la mismísima Queen Bee. Tu canción va a ser hiperconocida. Además, a ti te encanta componer. ¿Y si tu carrera despega con esto?

No quiero pensar en ello. Demasiado nerviosa estoy ya.

—Eso es muy difícil.

—Eurovisión sí es difícil y tú estás en ella.

—Yo no la voy a cantar. ¿Te ha quedado claro eso?

—Da igual —sacude la mano—, como si lo hicieras tú. ¿Qué tal es la versión que han hecho? ¿Y ella? ¿Cómo es ella? —mira al horizonte y pone ojos de conspirar—. A mí me pone esa tía —espeta con su honestidad inmascarable.

Yo dejo ir una carcajada.

—Ágata, en serio... a ti te pone todo, ya. Pero más los hombres, de toda la vida. Como a mí.

—Sí, pero no me importaría acostarme con algunas mujeres más. Todas las heteros liberales o lo que sea que sea yo, porque ya sabes que odio las etiquetas, o sea, las que somos abiertas de mente, tenemos mujeres que nos calientan, incluso sin proponérselo. Además, no sería la primera vez...

—Borracha no cuenta. Las de Ibiza no suman.

—Mis orgasmos sí cuentan —asegura sonriente—. Y los tuve... ¿Sabes cuando te comen el...?

—Demasiados detalles, en serio —la detengo con cara de asco.

—Eres una floja —me reprende tirándome una miga de pan.

—No lo soy. Me gusta el sexo como a ti. Pero no hace falta que me digas nada más. Tú te emocionas demasiado.

—Bah... Eso es porque nadie te ha girado la piel en la cama, guapa. Ni siquiera Andrés.

—¿Eso es algún tipo de argot porno?

—No. Esa es la Biblia de la Pasión, querida. Si subestimas el sexo es porque nadie te ha tocado la patata de verdad.

—Yo también tengo orgasmos —le recuerdo—. Y los he tenido con Andrés

y con mi anterior ex, y con todos los tíos con los que me he acostado. Que no son tantos como tú —indico—. Pero siempre me he quedado satisfecha. El sexo es básico y es el mismo para todos. O tocas las teclas correctas o no las tocas.

Ágata mira al techo del restaurante y pone cara de no creerse nada de lo que digo.

—Todos sabemos cómo se hace. Pero pocos ponen lo que hay que poner para darlo todo. Ya sabemos que yo soy más abierta que tú. Y tú eres de las que te cuesta dar pasos atrevidos. Ya sabes que a mí me encanta probar y que no me encasillo con nada —se encoge de hombros y entrecierra los ojos como si se imaginase a sí misma haciendo alguna marranada—. Pero es que el mercado da tanta pena... Sin embargo, ella... la Reina Abeja ¿no la llaman así? Con esa mirada que tiene de «no sé si perdonarte la vida o meterte en mi cama» —se sacude como si se estremeciese. Es tan peliculera—. Pues sí. Yo creo que me la tiraría. ¿Por qué no? —me regala una sonrisa abierta y empieza a picotear de las patatas bravas que nos han puesto—. Esta salsa brava está riquísima.

—Estás fatal —resoplo bebiendo de mi refresco sin azúcar—. No sé cómo es ella. No he tenido la oportunidad de hablarle. Pero desde el otro lado de la cabina —reconozco— me pareció muy intimidante.

Y no digo ninguna mentira.

A través del cristal de la salita de control Queen lo absorbía todo, como un agujero negro. Joder, es que ella es una súper estrella internacional. ¿Cómo no me va a dar respeto?

—Normal. ¿Es alta?

—Un par de dedos más que yo creo.

Ella me mira la parte superior de la cabeza.

—Bueno, tú mides uno setenta. Yo soy cinco centímetros más alta que tú. Así que soy más alta que ella —asume—. En la televisión y en los videoclips parece que tenga más estatura.

Yo sonrío mientras me llevo el macarrón a la boca. He pedido macarrones gratinados.

—Es por el calzado —contesto—. Por los tacones y esas cosas... ¿Qué pasa? ¿No te gustan altas? —le insisto.

—Al contrario. Me gustan altos y altas. Me gustan las personas grandes, que no tengan miedo a estrujarme y que sean fuertes para hacer conmigo lo que

quieran —arquea sus cejas negras—. ¿Tiene ese pelazo que se le ve en la televisión o son extensiones?

—Tiene un melenón. Es una melena larga, abundante, tipo escalada, con las puntas rubias y las partes medias y de la raíz de color castaño oscuro.

—¿Y sus ojos se ven rojos como parece?

—Son pardos y tienen un extraño color tinto —recuerdo. Es verdad. Ágata me hace pensar en ello. Queen tiene unos ojos enormes y unas pestañas súper largas y hacinadas—. Pero creo que es un efecto de la iluminación.

—¿Y sus tattoos? Tiene tattoos en las manos ¿verdad?

—No me he fijado tan en profundidad —le aclaro—. No sé cómo son. Estaba en trance al escuchar la canción y no vi mucho más. No le hice un escáner.

—Qué poco observadora eres... Bueno, entonces, ¿cuándo me la vas a presentar? ¿Podré acompañarte algún día? Me has dicho que hoy ibas a ir a la discográfica, ¿no? Si quieres te acompaño.

La miro de reojo.

—Mejor no. Pero no descarto que vengas conmigo algún día. Loli me ha pasado un calendario de eventos a los que me han invitado y puedo llevar acompañante. No creo que pueda asistir a todos pero seguro que a los que vaya contigo será más divertido.

Ella deja ir una carcajada, tamborilea los pies contra el suelo y aplaude como una niña pequeña.

—Es que eres un chollo de amiga —me pellizca el moflete—. Te quiero tanto...

—Eres una pelota.

—Es la verdad —me guiña un ojo—. ¿Y con Andrés qué harás? Él no se va a perder ningún evento ¿lo sabes, no? Está deseando codearse con toda esa gente.

—Lo sé —asumo sin muchas ganas. Más que nada, porque verle ahí, en su salsa, hará que sea más consciente de la verdad que he acarreado sobre mis espaldas sin darme cuenta: ese es su mundo y siempre lo quiso, mucho más que a mí—. Pero soy muy educada. Y quiero tener un trato cordial, ya sabes que no me gusta llamar la atención.

—Sí. Pero él es tu representante, ¿no?

—Solo me ha representado en los derechos de esta canción. Nada más. No obstante, eso ya le da potestad a estar donde yo esté, porque así lo estipuló en

los contratos.

—Caray... guapo y avisado.

—Y ambicioso —decimos las dos a la vez.

—Lo tiene todo, papi.

—No me importa lo que tenga o deje de tener. Solo quiero intentar disfrutar del lío en el que me ha metido. Si lo veo en perspectiva, es una oportunidad única. Es música. Me encanta la música. Y me aterra y estoy cagada de miedo, Ágata —reconozco frotándome la garganta sin querer. Lo suelo hacer cuando me pongo muy nerviosa. Eso y apretar los dientes—. Pero es mi canción. Nadie me la podrá devolver y nunca sonará como sonaba antes. Pero voy a luchar por ella.

—¿Por la yaya? —Ágata alza su copa de vino.

—Por supuesto. Por la yaya —yo alzo mi vaso de refresco con hielo y limón y brindamos.

—Pues a disfrutarlo. *Chín chín*.

—¡*Afflelou!*

Espero con ese trago poder tragarme también todo lo que venga a partir de hoy y no perder los nervios en ningún momento.

No será fácil.

Pero me lo debo a mí misma. Por eso, estoy deseando que sean las seis de la tarde para ir a Neón Music y dar las explicaciones pertinentes a Loli. Y espero que me disculpe también ante Queen. No sé qué impresión se habrá llevado de mí. Seguro que cree que necesito medicarme o algo así.

En realidad, no lo necesito tanto como les haya podido parecer.

Por la tarde recibo un mensaje de Loli. Me dice que quedemos en el The Corner.

Al parecer, Loli quiere que conozca a Queen. Y quiere que estemos las tres a solas. Los paparazzis no dejan de asolar Neón Music y persiguen a la cantante por todas partes. Así que Loli está con ella en el hotel y ahora me esperan las dos, porque han decidido que será mejor mantener estas reuniones en privacidad y sin la tensión de los flashes alrededor.

Yo ni siquiera me cambio. Voy en moto hacia allá. Lo mejor para ir por Barcelona es la moto. Lo tengo clarísimo. Las caravanas que se hacen por los papis que van a buscar a los niños a los colegios es atroz.

Así que me planto en menos de quince minutos en el The Corner.

Nunca había entrado en él. Y la verdad es que es hermoso. Es un hotel *boutique* de diseño urbano. El edificio centenario está totalmente rehabilitado aunque mantiene muchos detalles de su época. Es elegante. La fachada es blanca y de color tierra. Toda de piedra. Tiene unos balcones de puertas altas y anchas, como las de antes. El interior es moderno, combina la madera, los ladrillos y el cristal con colores blancos y terrosos.

Efectivamente, cuando llego, me encuentro con un grupo de fotógrafos a un lado de la entrada. Supongo que les habrán llamado la atención y les habrán pedido que se aparten para que los clientes puedan entrar y salir con normalidad.

Yo sigo las instrucciones que me ha dado la *manager*. Voy hacia recepción y digo que me espera Dolores Navarro. Me indican la habitación superior en la que ella está y yo voy directa hacia el ascensor.

Me dirijo a la última planta y me imagino el tipo de habitación en el que Queen se hospeda. Posiblemente, Barcelona tenga hoteles muchos más caros y más indicados para estrellas como ella, sin embargo, ha decidido elegir el del Eixample. Lo que dice de ella es que le gusta el bullicio de sentirse en el corazón de la ciudad y que prefiere el urbanismo y la comodidad a los excesivos grandes lujos.

Cuando llego ante su puerta, dejo mi mano suspendida en el aire.

Estoy nerviosa. El corazón me va a mil por hora. No sé si me entendéis. Voy a conocerla, después del ridículo que hice en la discográfica. Debe pensar que soy lerda.

Carraspeo, me armo de valor, echo los hombros hacia atrás y golpeo la puerta con los nudillos.

Inmediatamente, Loli me abre, con una sonrisa de par en par, y el dedo índice alzado. Está hablando por teléfono, tiene el móvil pegado a la oreja, y me indica que entre sin cortar la conversación. El tono que usa con la persona al otro lado no es nada amistoso.

Sus ojos azules y acerados sonrían para hacerme sentir bienvenida aunque, prácticamente, esté enviando a la mierda a la otra persona.

—A ver cómo te lo digo, Esteban —pronuncia su nombre con bastante inquina—. Que me quites a los paparazzis de aquí. La muchacha no tiene que aguantar esto y siempre estamos igual. Nosotros nos encargamos de ella en todos los aspectos, ha firmado con nuestro sello y debemos ofrecerle garantías

de todo tipo, no solo musicales. Queen no quiere moverse. Y tiene todo su derecho a disfrutar de esto. Por ese motivo no ha elegido el Sofía o el Arts. Alguien de este hotel ha dado el chivatazo o, de lo contrario, no lo podemos entender. Y eso no lo podemos tolerar.

Loli se aparta para que vea a Queen mientras ella sigue dando la bronca a su víctima.

Y entonces, la veo sentada en la butaca marrón jaspeada, de curvas envolventes y respaldo liso y mullido. Está mirando a través de las puertas blancas del balcón, hacia la calle.

Queen tuerce la cabeza en mi dirección y da la vuelta a la butaca, sin levantarse.

Caramba. Sí que impacta.

Lleva un pantalón roto por todas partes y pegado a la piel, unas zapatillas altas Calvin Klein de color rojo, y una camiseta blanca con un mensaje en inglés: «*No rules. No prejudices*».

Sin reglas. Sin prejuicios.

Tiene el pelo suelto con un montón de volumen y le brilla mucho. Las puntas de la melena le acarician los brazos, y sí. Tiene tatuajes. Pero no voy a mirarla demasiado porque no quiero parecer más cotilla.

Va maquillada, pero no en exceso. Creo que solo lleva los ojos pintados y un poco de brillo de labios. Lo demás, para mi sorpresa y mi envidia... es natural. Qué cabrona.

—Hola —me saluda y sigue sin levantarse, pero alarga la mano, cuyas uñas cortas tienen la manicura francesa.

Juro que nunca me había sentido tan turbada ni tan cohibida.

—Hola —me quedo tiesa pero acepto su mano. Y entonces, ella me da un pequeño tirón y me obliga a agacharme para darme dos besos en las mejillas. Como la típica persona que te pide que le des la mano para salir de la piscina y a cambio te tira al agua.

Pues así me siento. Como si me estuvieran empujando a una piscina.

Cuando me aparto, creo que estoy roja chili. Pero chili chili.

—No tuve ocasión de saludarte el otro día —dice mirándome fijamente—. Como te fuiste corriendo —medio sonrío poniéndome a prueba.

Yo trago saliva. Mierda, me siento incómoda. Parece una entrevista de trabajo, como si tuviera que pelear por un puesto. Me quiero ir de aquí y esconderme debajo de una piedra o de la rueda de un camión.

—Lo siento —sacudo la cabeza y por fin reacciono.

—¿Tan mal lo hice?

—¿Qué? —¿Me toma el pelo? Abro los ojos de par en par—. ¡No, no! ¡¿Cómo lo vas a hacer mal tú?! Es solo que... bueno, nada, cuestiones personales —quiero cortar esa conversación ya—. No tuvo nada que ver contigo ni con la canción. Solo son cosas mías. No podía quedarme ahí, fue demasiado... Fue de muy mala educación. Lo siento.

Queen asiente como si no le importase mucho. Aunque parece divertida. Oye, qué bien que alguien se lo esté pasando bien. Porque Loli está a punto de cometer un homicidio verbal, yo estoy cagada de miedo y Queen parece en su salsa.

—Eh... Quiero que sepas que estoy muy orgullosa de que una artista tan reconocida como tú cante mi canción. Es muy especial para mí y estoy feliz de poder oírla con tu voz. Aún estoy flipando por todo lo que está pasando... —digo con más ánimo.

Dios. ¿He dicho flipando? Qué mal.

Queen se levanta de la silla y se rasca la oreja derecha. Tiene tres piercings, y uno de ellos, el tragus, es una abeja con una corona. Está pendiente de lo que habla Loli y se ha desconectado de todos mis halagos, como si no le importasen. Supongo que está harta de oírlos. Y yo aquí, como una fan loca.

Entonces me vuelve a mirar a los ojos, levanta la mano y me acuna la cara.

Yo en plan Thalía: ¿Hola? ¿Me sienten? ¿Me escuchan?

Pasa el dedo pulgar por el extremo de mi ojo izquierdo y dice:

—Tienes la línea del ojo corrida.

Parpadeo un par de veces, procesando la información y me aparto para solucionarlo yo misma. Gracias por todo, pienso. Me miro en el reflejo de la pantalla plana que está apagada y lo froto con delicadeza.

Veo por el rabillo del ojo que ella agacha la cabeza un momento, y cuando vuelve a alzarla, todavía se ríe.

Creo que le gusta poner a la gente nerviosa.

En ese momento, Loli cuelga con un «solúcionámelo ya», y lanza el móvil sobre la cama King cubierta con una colcha blanca.

Yo me giro, todavía algo insegura y nerviosa y me apoyo en la mesa alargada de madera que hace de escritorio.

Loli se acerca a mí con cara confidente.

—Hola, Kira. Perdona que te haya recibido así. Es que los fotógrafos nos tienen hartas.

—El precio de la popularidad, supongo —asumo.

Queen se sienta en la cama, como Pedro por su casa y Loli hace un mohín.

—Tememos que alguien se ha ido de la lengua. En los hoteles exigimos máxima confidencialidad con personalidades como la menda —la señala con el pulgar—, pero ha habido un chivatazo.

La menda. Que le hable así me hace comprender que se llevan muy bien. Que son amigas, y que no es solo una relación donde ambas se hacen millonarias la una a costa de la otra.

—Tata, ¿me lo has solucionado o no? —exige saber Queen ansiosa—. Quiero poder salir. No quiero quedarme encerrada aquí.

—Estif —así es como llama a Esteban. O Esteban también— está en ello. Vamos a esperar —la tranquiliza—. ¿Y tú, Kira? ¿Ya estás bien?

—¿Eh? —arqueo las cejas sorprendida.

—De tu descomposición. Nos dijo Andrés que de los nervios de todo el día ibas... indispuesta —se señala la barriga y mueve la mano sobre ella como si fuera un ascensor.

—Te hiciste caca —añade Queen dándole antes más atención a sus uñas que a mí—. ¿No es eso? —cuando me mira por debajo de sus pestañas, capto inmediatamente que se está riendo de mí, otra vez.

¿Sabes cuando idealizas a alguien tanto que cuando la conoces se te cae al suelo? Pues más o menos me está pasando eso con la Reina. No me daba esa impresión. Pensaba que era más sociable y que llevaba a las personas de otra manera. Creo que me he equivocado por completo. O eso, o es que yo no le caigo muy bien.

Pero ambas están mal informadas. Andrés les ha mentado, porque es mejor decir que tengo diarrea a que, en el fondo, me he cagado mucho en él. Que son conceptos bien distintos.

—No me hice caca. Y no me fui por eso —contesto muy seria.

Loli y ella se miran conspirando. Queen se cruza de brazos y le dice.

—Te lo dije, Loli —entonces busca confirmación de su suposición en mí—. ¿Entonces? Te fuiste porque no te gustó lo que oíste —asume Queen—. ¿Esperabas otra cosa?

Me doy cuenta de que, para ser una estrella, tiene mucha inseguridad respecto a su trabajo.

Yo niego con la cabeza.

—No. Son cosas mías. Solo eso —contesto sin más—. Y lo que os quería decir a las dos es que lo siento mucho. Ya me he disculpado con Queen. Pero también quería pedirte perdón a ti —le aseguro a Loli—. Para mí es un honor que hayáis elegido mi canción. Es solo que me siento un poco sobrepasada. Todo esto es totalmente inesperado.

—Tienes que estar tranquila, cariño —me dice Loli compasiva—. Mandaste la canción con esa idea. Podía pasar. Además, tu novio lo tiene todo bajo control y...

Yo no mandé nada. No debo olvidarme de que ellas no tienen ni idea. Ni idea de lo que ha pasado.

—Él no es mi novio —la corto abruptamente—. Ya no.

La agente rubia mira de reojo a Queen con cara de satisfacción absoluta. Alarga la mano y la deja boca arriba frente a la cara de la cantante. Sacude los dedos de uñas rojas.

Queen se mete una mano en el bolsillo del tejano y saca un billete de veinte euros, para dárselo de mala gana.

No me lo puedo creer. Se han apostado dinero para adivinar qué me pasaba.

—¿Habéis hecho una apuesta conmigo? Una descomposición —enumero—, una pataleta de compositora —le digo a Queen— y una riña de enamorados. ¿Esas eran las tres opciones?

—Síp. Y ha ganado mi riña, sin lugar a dudas —celebra cerrando el puño—. Lo siento por ti, eh. Pero me encanta ganar a esa de ahí —señala a Queen sin respeto—. Casi siempre pierdo. Y esta es la primera vez que mi intuición no me falla.

Bueno, no es que lo haya acertado de pleno. No quiero hablarles de lo que ha hecho Andrés, porque no quiero dejarle a la altura del betún.

—Como te he dicho por whatsapp —le informo a Loli—, me gustaría estar al tanto de todo. Del contrato firmado y del calendario. Andrés es mi agente, pero quiero saber lo que voy a poder hacer o no con vosotras de antemano.

—Uy... —murmura Loli—. Pues sí que habéis debido tener una bronca fuerte.

—Son diferencias irreconciliables.

—He oído eso muchas veces —dice Queen mirándome de arriba abajo—. Y al final siempre hay concilio. A las personas les gusta tropezar con la misma

piedra una y otra vez.

—¿Lo dices por experiencia? —le insinúa.

Ojalá me pudiera morder la lengua. Pero los escrutinios no me gustan. Y menos me gusta el ser juzgada o prejuizada. Solo quiero una relación laboral con ellas. No mucho más. No es mi mundo y me siento como Nemo en el agua. Muy perdida.

Loli pone cara de sorpresa y después se ríe por debajo de la nariz. Entonces, musita sin dejar de mirar su móvil:

—Queen, la chica tiene razón. Tú y Barb siempre habéis estado en el ojo del huracán y siempre os ha gustado tropezar la una con la otra. No creo que seas la más indicada para hablar de las relaciones de los otros.

—Yo solo señalo algo obvio —me mira fijamente. Sus ojos brillan y sus labios dibujan una semisonrisa soberbia—. Volver después de haceros daño nunca es lo mismo. Solo sirve para hacer la herida más grande. Pero eso es lo de menos. Lo importante aquí es saber si te gustaron los arreglos y los retoques de la canción. Eres la compositora. Es tu obra. No quiero cantar algo que no te guste.

Yo asiento todavía incómoda.

—Me encanta. Me quedé impactada al oírla. Y con tu voz... es... es...

—¿Es qué? —dice ella con curiosidad.

—Es muy guay.

Pero es que soy una pedorra, en serio. ¿Por qué me salen estas expresiones de niñata, por Dios, con la de vocabulario que tengo?

Veo cómo juega con el piercing de su lengua, sin dejar de inspeccionarme. Es como si no estuviese segura de si creerme o no.

Es muy violento para mí. Ella debería ser más empática y comprender que si ya intimidada de por sí, debería relajar su actitud. O tal vez soy yo, que no sé llevarlo.

Queen se levanta de la cama y camina de nuevo hacia las puertas del balcón.

—Me encanta este lugar, pero esperaba más intimidad. No quiero tener a esa gente de ahí abajo pegada a mi culo todo el día.

—Te he dicho que encontraré una solución —le recuerda Loli—. Kira, te voy a enviar el *planning* de todo lo que tenemos que hacer y a lo que puedes venir. De hecho, puedes venir a todo con nuestro equipo. Pero tú decides si acompañarnos o no, no queremos obligarte —se acerca a mí y me enseña la

pantalla de su teléfono—. También te envió una copia del contrato de los derechos de la canción, etcétera.

—Sí —digo concentrándome en ella.

—Y... bueno, Andrés ya nos ha pasado tu número de cuenta, para los ingresos que vengan de canones, regalías mecánicas, y demás que ya hemos emitido. En el contrato lo explico todo. Y si no odias en exceso a Andrés, como yo no trago a Estif —me revela sorprendentemente—, podrás quedar con él para que te lo explique mejor. Porque el chico sabe. Está preparado. Ya sabes, hay hombres que nos amargan la existencia, pero los necesitamos en algunos aspectos.

—Bueno... algo bueno tiene —contesto sin más.

No tengo mucha idea sobre porcentajes ni sobre lo que paga una discográfica. Tal vez sí tenga que hablar con él. Pero ahora no. Ahora me da igual todo, solo quería hablar con ellas, y demostrarles que no era una cagada. Aunque lo pensarán en el sentido literal y figurado.

—Hoy no me quiero quedar confinada aquí —insiste Queen con algo de tristeza.

—¿Por qué no la sacas de este hotel y le buscas otro? —digo de repente, queriendo ayudar. Ahí lo más importante, al parecer, es que la Reina está agobiada. Y quiere salir de ese lugar. Y todos revolotean a su alrededor intentando ayudarla sin éxito.

—En eso estamos, cariño —contesta Loli.

—No hablo de un cinco estrellas ni de uno popular. Si quieres anonimato, métete en un hostelito que esté bien y mézclate —le digo a Queen—. Ponte bien a la vista. Ir de incógnito provoca justo lo contrario.

Queen se da la vuelta, con los brazos cruzados y alza una de sus cejas de forma perfecta y alargada. No hace falta que diga nada para que me dé cuenta de que piensa que soy mema.

—¿Conoces tú un hostelito? —el modo en que dice hostelito es hasta insultante.

—Pues sí —contesto—. En el Born.

Loli la mira y rebufa.

—No —le deja claro—. No lo vas a hacer. Tú necesitas estar vigilada y tener seguridad. Y también necesitas comodidad.

—Yo solo quiero libertad y no sentirme como una zorra en un día de caza —contesta—. ¿El hostelito tiene cama, televisión y baño? —me vuelve a

preguntar.

—Sí —contesto—. Y hasta techo y puertas —asiento con todo mi sarcasmo—. ¿Increíble, no? —le sorprende mi ironía pero yo continúo—. Tengo moto —le muestro el casco MOMO negro y rojo—. Si sales del hotel con casco nadie te va a reconocer. Solo haría falta un casco más —señalo con cara de circunstancia.

Lo está meditando muy en serio. Así de importante es la privacidad para ella. Y la comprendo. Yo no podría vivir como vive ella.

—Puede salir bien —dice en voz alta.

—¿Estáis locas? —Loli se quiere cortar las venas.

—Tata, consígueme un casco. Que me lo suban a la habitación —ordena Queen mejorando su humor—. Tú te encargas de llevar mis cosas al hostel del Born que dice Kari.

—Kira —le recuerdo hablando entre dientes.

Queen se ríe. Lo veo. Aunque no lo exprese. Lo hace a propósito. Es muy penca.

—Sí, perdona —se disculpa sin sentirlo.

—No hace falta. El hostel es de unos conocidos —les explico—. Si queréis hablo en vuestro nombre y lo preparamos todo. Vas a estar muy bien —le digo—. Está al lado de la plaza de l'Antic Teatre. ¿Sabes dónde...?

—Nunca he ido pero he oído hablar.

—Es un lugar muy concurrido y lleno de vida pero... el hostel está bien aislado del ruido. No oirás nada. Nadie se imaginará que te hospedas ahí. Porque nadie lo conoce.

—¿Cómo que nadie lo conoce? —dice Queen—. ¿Me vas a meter en un tugurio?

—No —replico ofendida—. No lo conocen porque El Refugio no está dado de alta como hostel oficial.

—¿Trabajan en negro? —Loli parece entretenida con esa información.

—Más o menos —les explico—. Ellos solo van por el boca oreja, y ofrecen su casa y sus habitaciones, además de que dan un servicio exquisito a la clientela. Será el último sitio en el que busquen. Además, los dueños del hostel son muy discretos. De hecho, creo que no sabrán ni quién eres.

Queen da un respingo y después emite una leve carcajada.

—A ver, mujer, que estamos hablando de una estrella —me intenta corregir Loli. Yo creo que lo hace por el bien del ego de Queen.

—No. Lo digo en serio. Tienen setenta años. No ven la televisión. Solo escuchan a Serrat y a Peret. Solo se dedican a su hostel y a los clientes que les traen. Podrían estar jubilados ya. Porque tienen una casa en Cerdanyola y han vivido muy bien toda su vida. Pero son de esas personas que aman lo que hacen y que no saben dejar de trabajar. Por eso no lo dejan.

Queen se echa todo el pelo hacia atrás y deja caer su mirada parda en Loli durante unos segundos. Está tan ansiosa de salir, que le da igual dónde la lleven con tal de escapar de los periodistas. Quiere que le diga que sí. Y creo que ya la ha convencido.

—Que alguien me pegue un tiro —murmura Loli mirando al techo—. Una cosa te voy a decir —le dice—: Lo vamos a hacer. Pero haz el favor de portarte bien y de pasar inadvertida. Ya sé que Barcelona hace que enloquezcas, y que te encanta salir porque tienes a muchos conocidos por aquí. Pero recuerda que el miércoles tenemos la presentación oficial de la canción en la cadena uno, en el programa que te dio la fama. Estamos a lunes. A partir del miércoles empieza todo el ajetreo eurovisivo, de promos, entrevistas y demás. Y va a ser muy intenso porque, como sabes, la elección del tema ha sido totalmente atípico y tenemos a la gente muy loca. Soy responsable de que estés bien y perfecta en todas tus intervenciones. No me lo pongas difícil.

—Nunca lo he hecho. No te he dado problemas.

—No me hagas hablar. Tengo diez años más que tú, más experiencia y me sube la leche más rápido —sus ojos azules están llenos de advertencias—. ... Vamos a estar casi un mes juntas. Pónmelo fácil, tata.

Queen dibuja una sonrisa de oreja a oreja, yo me sonrío porque se nota que ha ganado, y Loli se ríe porque sabe que no puede negarle nada. La Reina la abraza y le besa la mejilla con fuerza.

—Eres la mejor.

—Recuérdalo, bandida —le da una cachetada en el culo y entonces Loli pone su atención en mí—. A ver, prenda, tú me has metido en esto y tú nos vas a sacar.

—Eh... vale. ¿Qué hago?

—Primero: espero que conduzcas bien porque llevas un paquete que vale millones de euros.

—Qué bien. Sin presión —musito pasando mi mano por mi nuca.

—Y segundo: a esta mujer hay que sacarla ya de aquí o se va a tirar por el balcón. ¿Dónde conseguimos un puto casco?

Capítulo 4

@BeellaBeeciosa: deseos estamos de escuchar el tema en directo de la Reina. ¿Cómo de fuerte será su picadura?

Es y ha sido surrealista. Que Loli ha mandado a uno de sus «lacayos» a comprar un casco M para Queen. Uno cualquiera. Que se lo han traído en menos de quince minutos y que, hemos salido por la puerta, con los cascos puestos, como si nada.

El rostro de Loli estaba descompuesto cuando hemos dejado la habitación. Cree que voy a tener un accidente o algo. Pero conduzco bien. En serio.

Y no ha habido ningún problema.

Si alguien me dice hace una semana que voy a llevar de paquete a una estrella internacional de la música, le hubiese dicho que me diera de la droga que se estaba tomando porque yo también quería. Sin embargo, Queen va sujeta a los agarres traseros de mi Benelli. Le he dicho que me agarrase o que se sujetara a mi chaqueta, pero no le ha hecho gracia. Se siente más segura, supongo, amarrándose a los reposamanos metálicos que hay en los costados del asiento.

No hemos hablado de nada. Ni siquiera he cruzado una palabra aparte de «vámonos» y «no te han reconocido». ¿Y ella? Pues nada, como si estuviese sorda.

Hemos llegado en nada al hostel de los amigos de mis padres, los Peral. El Refugio.

Cuando aparco la moto y bajamos de ella, Queen no se saca el casco. Yo miro a todos lados y me saco el mío.

—No hay moros en la costa —le informo—. Aquí la gente va a su rollo, no están mirando a ver si se cruzan con la Reina Abeja.

Ella me lanza una mirada velada a través de la visera.

—Entremos —me contesta.

Asiento sin más. Hemos aparcado justo en la puerta del edificio que a simple vista es una fachada normal y corriente. Le doy al timbrillo metálico y me contesta la señora Carmen.

—Carmen, hola. Soy la hija de los Soler. Hemos hablado hace un rato.

—Ah, sí, Kira. Sube, guapa.

Abre la puerta desde arriba, y nosotras entramos en la escalera y subimos una planta andando. No hay ascensor. Pero no importa, porque es solo un primer piso.

La puerta del Refugio, que es como la de una vivienda normal, se abre y nos muestra a la señora Carmen. Una mujer adorable que aparenta una década menos de la edad que tiene. Es chiquitina, tiene el pelo blanco y corto, los ojos oscuros, gafas de gata de pasta negra y unos pendientes dorados y circulares del tamaño de un céntimo que le cuelgan de los lóbulos de las orejas. Viste con una camiseta de manga corta de color rojo, un pantalón negro y unas victorias negras de señora mayor. Me sonrío, porque a mi abuela también le gustaban mucho.

—¿Kira?

Carmen me da la bienvenida acunando mi cara y sonriéndome con cariño.

—Madre mía, *nena*, estás guapísima —me da dos besos y se aparta para verme bien, de arriba abajo—. No te veía desde el fin de semana que viniste con tu novio y...

—Eh, sí, muy bien —la corto rápidamente—. Ya no es mi novio.

—¿El chico ese alto y morenote, tan guapo, no es tu novio ya?

—Eh, no, ese no era mi novio. Y era negro —me río—. Morenote es mi padre cuando toma el sol.

La señora Carmen se echa a reír y me da una palmadita en la mano.

—Sigues igual de loquita. Entonces, ¿no era tu novio?

—No lo fue nunca —sonrío con nervios—. Solo era un amigo —mierda. Carmen sabe perfectamente que ese chico era solo un ligue, pero le encanta bromear. Tiene un espíritu muy joven. Utilicé El Refugio una vez para acostarme con un chico de intercambio del instituto... Sí, fue un maldito error de cálculo. Menos mal que los Peral son discretos de verdad.

Queen se saca el casco y veo que está muy entretenida con la conversación.

Entonces, la señora Carmen atiende a Queen y cuando la mira a la cara no puede evitar decir:

—Oh, qué chica más bonita... *Mare meva*. Hola, soy Carmen —la saluda amistosamente.

Para mi sorpresa, la diva le dirige una sonrisa de esas que provocan adoración en las abuelitas dulces como Carmen y le da dos besos.

—Hola, señora Carmen. Le agradezco mucho que me ofrezca una habitación. Soy Bibi.

¿Bibi?, pienso desconcertada.

—Oh, no tienes que agradecerme nada, bonita. Eres amiga de Kira, ¿verdad? —lo dice de manera afirmativa.

—Sí, mucho —Queen le sigue el juego y me mira de reojo.

—Entonces esa es la mejor garantía de todas. Pasad. Te voy a enseñar el hostel.

Mientras entramos, yo espero a que Queen siga a la hostelera.

—Te vas a quedar con la buhardilla. La planta de abajo es nuestro garaje y tenemos un patio de naranjos y limoneros, pero solo accedemos nosotros. El hostel tiene tres plantas. En la última planta solo estarás tú. ¿Vienes a pasar unos días en Barcelona? —pregunta Carmen con toda naturalidad.

—Sí, unas semanitas.

—¿Por trabajo?

—Sí.

Queen acaricia las paredes con mimo, con la punta de sus dedos. Creo que le gusta este sitio. Es normal, tiene un encanto especial. Es como una casita de cuento de hadas en medio de la ciudad. Algo que nunca se imaginaría encontrar en una fachada tan urbanista y también antigua.

Cuando llegamos a la buhardilla, y entramos en ella, Queen toma aire por la nariz y lo suelta por la boca poco a poco. Estoy convencida de que en su cabeza oye la música de Harry Potter.

—Aquí estarás muy tranquila —le asegura la mujer toda emocionada.

Ella lo está mirando todo. Las vigas de madera del techo, las dos ventanas superiores de la buhardilla, las lamas de parqué del suelo. La cama es grande, tiene dos mesitas de noche y está cubierta por una colcha a rayas blancas y grises. La estancia es amplia, tendrá uno cuarenta metros y está completamente abierta, excepto por el baño. Hay una pequeñita zona a parte que parece una sala de estar donde hay un sofá, una alfombra y una mesita de centro. En las paredes hay colladas tres lámparas que cubren el habitáculo de una luz ténue.

—Tienes el baño ahí. Con bañera —se encoge de hombros—. Es muy

bonita, la restauramos hace unos años. Es una reliquia, pero bella y muy limpia. Y los armarios son empotrados. Podrás guardar toda tu ropa aquí —echa un vistazo por encima del hombro de Queen—. No has traído maletas.

—No, en un rato me las traerán. Hemos venido en moto —le enseña el casco rosa chicle AGV.

—Ah, claro... no, entonces, maletas no que con moto no se puede. ¿Te gusta?

Queen se sienta sobre la cama y mira al frente. Las puertas del balcón dejan entrar mucha luz, y aunque no hay mucho espacio en él, sí hay el suficiente para que hayan flores. Acaricia la colcha con la palma de la mano y finalmente contesta:

—Me encanta, Carmen. Es un lugar muy especial y muy coqueto. Me gusta. Yo me quedo muy satisfecha al oír eso. Al menos, la he podido ayudar.

—Bueno, dejo que mires lo que necesites —le informa la señora— y cuanto quieras, si quieres quedarte aquí...

—Sí, sí me quedo —se reafirma.

—Bien —lo celebra Carmen—. Bueno, pues cuando quieras, estoy abajo y te informo sobre horarios y demás. Y ya hacemos todas las gestiones.

—Muchas gracias —se lo agradece Queen.

—Venga, cariño, ahora nos vemos —me dice Carmen sujetando mi mano y apretándola con mimo—. Explícale cómo funciona esto —me anima lanzándome una mirada velada y mafiosa que me saca una carcajada.

La señora Carmen me deja ese encargo antes de salir y dejarnos a solas.

Queen cruza una pierna sobre la otra y se reclina sobre la cama, apoyándose en los codos.

—Así que trajiste a un ligue aquí para hacer guarradas porque en casa de los papis no podías.

No sé por qué, pero sabía que se había quedado con ese detalle.

—Claro. Por eso y porque los portales tampoco nos servían —le contesto.

—¿Un mulato o negro tizón?

—Mulato —asiento.

Ella levanta una ceja.

—¿Y era guapo?

—Mucho —contesto abriendo un armario empotrado para ver cómo es su interior—. ¿Por qué has dado el nombre de Bibi? Ya te he dicho que no saben quién eres y si lo supieran callarían.

—Porque es mi segundo nombre. Me llamo Queen «Bi», no por la gracia de la Reina de las Abejas. Que también. Pero es por mi madre. Que se llamaba Bibiana. De ahí mi nombre artístico.

—Un juego de palabras.

—Sí, lleno de miel —contesta sarcástica.

—Da para mucho, si sabes inglés —respondo mirando la profundidad de los estantes interiores.

—Sin duda. Da para Reina de las Abejas. La Reina Bibiana. Ser Reina. Y la Reina bisexual.

Joder, claro. En eso no había caído. Queen tiene seguidores de todo tipo. Heteros, bisexuales, pansexuales y toda esa locura de etiquetas que hay hoy en día... pero su mayor legión son las seguidoras enamoradas de su música y de ella. Hasta el punto de tatuarse abejas con coronas en su honor. Se hacen llamar «bees», abejas. Y ahora comprendo que también puede referirse a su orientación sexual. Coño, parece que haya nacido ayer.

—¿Te puedes creer que nunca había pensado en eso? —cuando voy a cerrar las puertas, y me doy la vuelta con cara de revelación y pasmo, la tengo frente a mí. Ella es un dedo o dos más alta que yo. Tiene una presencia muy poderosa.

Cierro la puerta del armario con un portazo.

—Carmen dice que me cuentes cómo funciona esto —suelta sin más—. ¿Hay algún tipo de regla? ¿Puedo traer a alguna abejita a mi adorable buhardilla?

Que me hable así, tan directamente y sin tapujos, me divierte y al mismo tiempo me descoloca.

—Puedes —contesto—. Las reglas son fáciles —digo buscando un poco mi espacio—. No menciones este lugar. Si alguien te pregunta, te hospedas en casa de unos amigos. Y punto. Ellos te darán un juego de llaves, de la portería y de tu habitación. Los desayunos son de siete de la mañana a diez y media. Las comidas de una a cuatro. Y las cenas de ocho de la tarde a diez y media de la noche.

—¿Y dónde se sirven?

—En el comedor. Obvio. Abajo. En la primera planta. O puedes pedir que te lo suban aquí.

Ella inclina la cabeza a un lado, se queda callada durante un instante y alzando la comisura de su labio espeta:

—Muchas gracias por ayudarme, Kara.

—Sí, Jor-El —digo irónicamente—. ¿No te aprendes bien mi nombre por alguna razón?

—Soy un poco olvidadiza con los nombres —sonríe fingiendo una disculpa—. Pero, en serio, no me imaginaba poder encontrar un sitio así por aquí —me dice con honestidad.

Bueno, tiene la retención de Dori para mi nombre, pero al menos no tiene ese aire tan instigador de antes.

—Sé que ya has estado en Barcelona muchas veces, sobre todo cuando estuviste en el concurso... Pero no todas las personas conocen estos lugares. Tienes que ser de los barrios de alrededor para que veas la ciudad con otros ojos. Y te enseñen cosas especiales.

—Eso pasa pocas veces.

—¿El qué? ¿Descubrir cosas especiales?

—Sí —asegura—. Pero en una semana me he encontrado con dos. Debo de ser muy afortunada —alza la mano y la coloca tras de mí, a la altura de mi sien. Está raspando algo con la uña en la superficie de la puerta del armario.

—¿Sí? Pues qué bien —mascullo.

Queen se ríe con disimulo. No contaba con mi respuesta.

—¿No quieres saber qué cosas son? —esta vez apoya la mano de lleno en la madera. Y me siento como en una escena de cortejo.

—Ah, pues... si me las quieres decir... —pongo cara de sorpresa.

Es que es una tensión muy extraña esta que siento. Y no soy una mojigata, sé muy bien lo que creo que es. Porque me ha pasado otras veces cuando percibo algún tipo de coqueteo.

Sí. Coqueteo. Y porque sé que a Queen le gusta gustar, provocar y jugar, porque de lo contrario, creería que me está, como se dice coloquialmente, roneando.

—Tu canción y este refugio —me revela—. Son especiales. Gracias por eso.

Ella deja caer los párpados y me mira a través de sus pestañas. Está muy cerca, y al instante, en un suspiro se aparta y vuelve a la zona abierta de la buhardilla.

Me ha quedado claro que le gusta mi canción. Me halaga mucho pero no es ninguna novedad.

—Me alegra saber que te gusta tanto —digo apartándome la camiseta de

detrás de la espalda. Qué calor. Parece que la tengo pegada—. Bueno, no sé si puedo ayudarte en algo más —murmuro—, pero supongo que querrás instalarte bien y esperar a que te traigan tus cosas y eso... Y yo tengo cosas que hacer —le miento. No tengo cosas que hacer. Pero me quiero ir—. ¿Necesitas que te ayude en algo?

Queen se sienta en la cama y se empieza a sacar el calzado.

—Me voy a meter en la bañera. ¿Quieres frotarme la espalda?

Pagaría por ver mi propia cara de alucinada en este momento. Pero procuro cerrar la boca bien.

Queen deja ir una carcajada. Se está riendo de mí, la perra.

—Es una broma, Kira. Relájate. Vete si te tienes que ir —contesta—. Ya tengo a Loli de niñera —bromea.

Yo sonrío. Ella va a estar bien ahí.

—Bueno... pues entonces, *chao* —alzo la mano para despedirme.

—Hasta el miércoles —me dice.

—¿El miércoles?

—Sí —me mira con obviedad descalzándose la otra zapatilla. Su larga melena se vuelca hacia un lado mientras me mira—. Presentamos la canción a nivel internacional en la cadena. Tienes que ir. Empieza la maratón.

—¿Tengo que ir? ¿No puedo elegir yo dónde ir y dónde no...?

—Tú eres la autora —me reivindica—. Yo solo tengo la suerte de cantar tu temazo. Te tienes que dar a conocer. Como Brisa Fenoy hizo con «Lo Malo». A los autores os olvidan rápido, y eso tiene que cambiar porque los cantantes os quitan todo el protagonismo. ¿Sabes quién es el autor de Despacito? Erika Ender tiene que ver mucho en su éxito. Y nadie sabe quién es.

—No sé si...

—No va a pasar nada —contesta levantándose y caminando hacia mí—. Tienen que reconocerte el trabajo. Si fuera tú, me aseguraría de que sepan de quién es esa canción. Si no quieres que te entrevisten ni que te graben ni que hablen contigo, páctalo antes con tu... agente —musita sin muchas ganas—. Pero al menos, ven —incluso sin calzado es un pelín más alta que yo—. Tienes que ser parte de esto desde el principio. No seas gallina.

Yo sacudo la cabeza consternada. No soy gallina, pero no sé si quiero eso.

—¿Tan poco te importa lo que has hecho? ¿Qué tipo de músico eres tú?

—Me importa muchísimo —aseguro.

—Genial. Pues que se note —me alza la barbilla—. Escúchame, Kira, voy

a ganar el jodido Eurovisión con esta canción —la verdad con la que lo dice me deja loca—, y quiero que disfrutes del pastel como yo. Es lo justo. Podrías cantarla perfectamente con tu voz y con tu aspecto. Pero creen que yo tengo más números de llevarme el gato al agua, antes que una desconocida. Así es el mundillo. A mí tampoco me gusta. Por eso tienen que reconocer tu labor.

Me aclaro la garganta y al final asiento.

—Me has llamado Kira —empiezo a sonreír—. Dos veces. Cuando quieres lo dices muy bien.

—Ha sido suerte —se encoge de hombros y empieza a quitarse el jersey en mi presencia mientras se dirige al baño—. Cierra la puerta bien cuando te vayas —ordena desapareciendo tras la puerta del servicio.

Es así. Va a bandazos. Un momento la tienes en frente y al otro te está dando la espalda.

—Bueno, pues... ¡Adiós! —le digo.

—¡Te veo el miércoles! —grita desde el interior.

Cuando salgo de la buhardilla y cierro la puerta tras mi espalda, me quedo apoyada en ella, pensando seriamente en lo que me acaba de decir.

Me siento agitada y nerviosa, porque la incitadora de Queen me acaba de lanzar el guante para que dé un paso al frente y muestre quién hay detrás de la autoría de «Comerte el corazón».

Suspiro e intento tranquilizarme.

Mi abuela decía que no tenía que tener miedo a lo que la vida me traía, porque si se cruzaba en mi camino era porque estaba hecho a mi medida.

Quiero creer que voy a poder lidiar con lo que me está pasando y que la aventura eurovisiva no va a cambiar mi vida en nada que yo no quiera que cambie.

Lo voy a anclar bien en mi cabeza.

Al día siguiente

¿Sinceramente?

No sé muy bien qué estoy haciendo. Esa es la verdad.

Cuando llegué ayer a mi casa, estaba tan nerviosa que tuve que salir a correr. No soy una corredora experta, pero cuando me siento enjaulada,

necesito gambetear. Por la noche vi *Pitch Perfect*. Una de mis trilogías favoritas. Aunque vi solo la primera parte, porque la adoro.

Era como si tuviera que hacer cualquier cosa para no pensar en todo lo que se me viene encima. Y pensé en Queen. En lo que creo que piensa de mí. Me temo que cree que no tengo valor y que no confío en lo que hago. Y también tengo la sensación que hay algo de mí que no le gusta, y aún no sé lo que es. Alucina con mi tema. Pero no conmigo, por eso que desconozco.

Pero me da igual. Que piense lo que quiera. Esta noche he tenido mucho en lo que meditar. Si salía por la tele, todos los del barrio me conocerían. Y en la escuela... ¿qué pensarían? ¿Qué dirían los chicos? No quiero ni imaginar la que me liarían si supieran que voy a estar una temporadita acompañando a Queen. Esa chica es el ídolo de muchos de mis alumnos.

Puede que ella tenga razón y sí sea un poco gallina. Si tuviese a Andrés al lado no me daría tanto respeto, porque él acostumbraba a controlarlo todo y a absorber el protagonismo. Pero lo nuestro se ha acabado. Y aunque sé que él va a estar ahí, no será lo mismo.

No obstante, valoro mi privacidad y mi libertad como nada en el mundo. A mí me hacen una foto y soy siempre de las que sale con los ojos cerrados o con una mueca del Longui de Torrente.

Que me graben o que me fotografien puede ser una debacle.

Me fui a dormir con todos esos pensamientos en la cabeza y hoy me he despertado dispuesta a ir al trabajo y con la mente en una nube congestionada.

Me he tomado un ibuprofeno. He dejado la moto en el parquin de la escuela y como siempre llego veinte minutos antes, me he tomado el café y el *bikini* en la cafetería de al lado del Petit Món.

Tienen la tele encendida. El programa de AR. Y hablan justamente de Queen. Me quedo escuchando lo que dicen de ella, de su estancia en el hotel The Corner. Todavía creen que sigue ahí.

Me ha hecho gracia y lo celebro por ella. Nadie merece ese acoso. Los periodistas habían pasado toda la noche esperando a ver salir a la artista y preguntarle sobre cualquier tema relacionado con su vida privada, menos por Eurovisión.

Sin embargo, lo que dicen me intriga. Todos se hicieron eco de la relación de Queen con Bárbara, otra artista reconocidísima del panorama nacional. Llevan meses creo, coleando con todo eso... que si vuelven, que si no vuelven... que si ahora pasan la noche juntas, que si están totalmente

distanciadas... Loli ya se lo echó en cara ayer. Yo no voy a hablar de lo que no conozco, pero siempre me pareció que Barbi, como se la suele llamar, tiene un carácter caprichoso e infantil. Queen no es el colmo de la madurez, por lo que he visto hasta ahora, pero creo que es más profesional y que se toma su trabajo más en serio. Otra cosa es cómo queden juntas para la foto. Y os aseguro que parecen dos tías de revista. A Queen ya la conocéis. Pero Barbi es pelirroja, con una melena rizada y larga y unos ojos súper verdes. Sí, es otra creación de Afrodita. Y es alta. Y, si Queen es coqueta, Barbi es el doble... Es como si vivieran en una eterna competición para ver quién puede más. Al menos, esa es la impresión que, desde fuera, tengo.

No sé, rollos del corazón en los que no me voy a meter.

El periodista que informa de la última hora dice que están todos extrañados porque la joven, con lo propensa que es a salir y a no permanecer confinada en un lugar demasiado tiempo, lleva en el hotel desde ayer por la tarde.

Bebo mi café sonriendo por dentro. Si supieran que no está ahí y que la he escondido... ¿qué pasaría?

—Hola, Kira.

Me doy la vuelta con el café en la mano, muy sorprendida porque no espero oír esa voz en ese lugar a esa hora. Pero entonces caigo en que es martes. Y que los martes siempre tomábamos el desayuno juntos.

Andrés está tan hermoso como siempre. Es como si no sufriera, como si no tuviera ninguna herida que exteriorizar. Luego pienso: ¿por qué iba a hacerlo si es él quien me ha dejado? No obstante, sus ojos azules me miran con tanto cariño, que no lo soporto. Y me da mucha rabia, porque no soy capaz de mostrarle todo el odio que siento.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto.

Él me mira, me va a retirar una migaja del pan de molde que tengo en la barbilla, pero me aparto. Porque no me da la gana. No quiero esas confianzas así porque sí. Él ya no es mi novio. Andrés capta lo que estoy pensando y se sonríe, quitando hierro al asunto.

—¿Es que de verdad vas a desechar todos estos años juntos así? ¿No vas a volverme a hablar?

Se pasa la mano por el pelo rubio y se sienta a mi lado, sin mi permiso.

—Tú no te enteras de cómo funciona esto ¿no? Cuando me dejas y me traicionas, no eres de las personas que me apetecen ver.

Él hace un mohín disconforme.

—¿Cómo estás?

Parpadeo una vez, a ver si así se me pasan las ganas de aplastarle la taza en la cabeza. Pero no. No se me pasa. Andrés es así. Cuando nos peleábamos estando juntos, hacía lo mismo. Se quedaba ahí, como si nada hubiese pasado, insistía e insistía hasta que al final yo cedía por aburrimiento y olvidaba por qué nos habíamos peleado. Pero eso no iba a funcionar ahora. Porque no lo olvidaré nunca.

—Mañana tendremos que ir a los Estudios de Matadepera. ¿Ya tienes lo que te vas a poner?

Resoplo y niego con la cabeza.

—Es que me parece muy fuerte que vengas aquí a hablarme así como así...

—Estoy mirando por ti. Quiero que estés despampanante. Eres una mujer muy bonita, Kira. Todos deberían ver...

—Para ya, Andrés —le pido—. No te preocupes por lo que me voy a poner o no. Es asunto mío.

—Soy tu agente. La imagen vende también. Si ven que la compositora de esta canción es un pibón, a lo mejor, les interesa invitarte a cantar algún día.

—¿Por qué eres tan superficial?

—Porque este mundo funciona así. Una mujer guapa y atractiva provoca más interés. Tal vez te pidan más canciones...

—¡Y a ti qué te importa cómo vaya a ir! —exploto, bajando la voz de inmediato—. Tú no eres mi agente, que se te meta en la cabeza. Has vendido solo mi canción. No me has comprado a mí.

Él me mira como si le doliese el estómago.

—Ya sé que no te he comprado a ti. No seas borde. Que lo hayamos dejado no significa...

—Que me hayas dejado —le dejo claro— de la noche a la mañana, significan muchas cosas para mí.

—Kira, solo quiero que te den lo que te mereces.

—¿Y lo dices tú? ¿Me merezco lo que me has hecho? —Andrés está bueno incluso cuando parece triste. Pero no me va a afectar. Él ha sido mi mayor decepción.

—Quiero que seas mi amiga. No quiero que nos dejemos de ver. Yo te necesito en mi vida. Te quiero...

—¡Para! —le ordeno muy nerviosa—. No es fácil para mí. ¿No lo

entiendes?

Él se pasa la mano por su mandíbula cuadrada y su rostro cincelado.

—Tenemos que superar esto. Tú y yo somos más que una pareja. Tú para mí eres mucho más que mi ex. Podemos conseguir muchas cosas juntos, Kira.

—Andrés, lárgate ya —le pido desanimada, dejando lo que me queda del sándwich encima del plato, de mala gana. No me entra ni un bocado más—. Todo por el dinero y la fama ¿verdad?

—Todo para que los dos vivamos bien.

—Separados —le deajo claro.

—Sí.

Me levanto de la mesa y tiro la servilleta sobre el plato.

—Me pides una relación imposible. No soy capaz de ser tu amiga.

—Inténtalo al menos —me pide sujetando mi mano—. Nos vamos a ver mucho. Mañana, por ejemplo. Nos sentaremos juntos. Veremos a Queen en directo cantar tu canción. No me puedes negar que, aunque lo he hecho mal, es algo que te gusta.

A mí se me llenan los ojos de lágrimas en cuanto siento su contacto. Joder. Esto es insoportable. Es demasiado pronto. No le estoy diciendo que no eternamente. Lo que le intento decir es que, ahora, no puedo ser su amiga y hacer como si nada.

—Dame espacio, Andrés. No me importa verte en esos eventos, porque lo que has conseguido lo has conseguido tú. Sin mi permiso, sí —le deajo claro—, pero esto es algo que has sacado tú de la nada.

—Gracias a tu talento. Esto es tuyo también.

—Lo que tú digas. Lo único que te pido es que me des tiempo y margen para comportarme como me dé la gana, para hablarte mal si me apetece y desahogarme cuando y cómo quiera... y, si después de soportar todas esas cosas, aún quieres ser mi amigo, a lo mejor lo seamos. Pero no me sale estar a tu lado y fingir. Así que, te lo repito: vernos nos veremos. Pero si sientes frío a mi lado, espero que lo comprendas.

—Lo entiendo, Kira. Pero quiero que sepas que yo estaré para lo que me necesites. Y ya sé que me vas a dejar aquí tirado —insinúa al verme coger mi bolso y mi casco—, así que vete tranquila, que yo te invito.

—Qué bien. Genial. Muchas gracias, es todo un detalle —digo amargamente.

Dicho esto, me voy de ahí con mi desayuno a medias.

Seguramente, Andrés se esté acabando el sándwich y mi café. Porque es lo que hace siempre. Roer todos los platos.

Que se lo tome y ojalá le empache.

Me comprenderéis si os digo que las clases de hoy las he hecho con piloto automático. No me sienta bien ver a Andrés. No sé cómo voy a sacar adelante esto, pero lo voy a hacer.

Además, para colmo, me ha puesto nerviosa con esto del vestido. Tengo ropa de noche y vestidos de boda que podría utilizar, pero no sé si es apropiado para una gala de presentación basada en Eurovisión. Como sea, Ágata se ha prestado a acompañarme en caso de que tenga que adquirir un nuevo vestido. Aunque lo que de verdad quiere es saber si la voy a invitar y de paso que lo cuente todo sobre Queen. Está deseosa de saber más sobre esa chica.

Queen atrae sin más. Es como miel para las abejas, nunca mejor dicho.

Como hoy no podemos comer juntas, me voy para casa. Y mientras me estoy preparando la comida, recibo un mensaje de móvil.

Estoy pasando el salmón a la plancha, con un poco de limón y pimienta negra. Y ya me he preparado la ensalada.

Atiendo el mensaje, y me quedo sorprendida al ver que Loli ha creado un grupo entre Queen, ella y yo llamado «Eurobeesivas». Qué ocurrente es la tía.

En ese grupo, escribe:

De LoliPop: Hola, chicas. Vamos a aprovechar este grupo para hablar de los eventos a los que vamos a asistir. Aquí podemos compartir muchas cosas, desde la ropa que vamos a llevar, hasta lo que vamos a decir y cómo nos debemos comportar.

Leo y contesto:

De Kira: Hola. Me parece bien.

De LoliPop: Kira, guapa, ven esta tarde si puedes al estudio. Tengo cosas que darte para que me firmes y algo que comentarte.

De Kira: ¿A qué hora?

De LoliPop: Cuando te vaya bien a ti. Voy a estar toda la tarde en la discográfica.

De Kira: Vale. Me pasaré por ahí antes de las siete.

De LoliPop: Genial. Te veo después.

De LoliPop: La Reina Abeja no sé dónde se ha metido. Pero espero que fiche lo antes posible hoy y que no se acueste muy tarde. ¿Me oyes, Queen?

Silencio absoluto en la línea. No sé si lo ha leído, pero me la imagino pululando por los garitos de Barcelona que ella conoce al dedillo. Entretenida con sus amigos y sus abejas. Pasando del móvil y de los nervios de Loli.

Esa mañana había estado a punto de escribirle para preguntarle qué tal había pasado la noche y si estaba todo bien en El Refugio. Pero no quería propasarme ni agobiarla en exceso, y por vergüenza, al final no le he preguntado nada. Seguro que pasaría de mí como pasa de Loli.

Dejo mi teléfono sobre la islita de la cocina, y sigo concentrada en la vitro. ¿Qué me querrá comentar la directora de Neón Music?

Capítulo 5

@BeellaBeeciosa: Las fans de Barbi, las Barbitúricas, están organizándose para exigir una votación a favor de la participación de su ídolo en el Festival. Me sé de una que va a estar muy rabiosa si no la meten en la colmena Eurobeesiva. ¿Qué pensáis?

La Diagonal Neón Music

Llego unos veinte minutos antes a la discográfica. No he encontrado mucho tráfico y cuando eso sucede es como patinar sin gente.

El de seguridad me manda al despacho de Loli, en la quinta planta, pero me dice que tendré que esperar, porque ella está al llegar.

Así que cuando entro a su despacho, me quedo de pie mirando la cantidad de discos de platino, oro y diamante que penden de su pared. Ella ha trabajado con todos esos artistas. Los ha llevado, los ha orientado y dirigido. Muchos de esos discos son de Queen. Sus portadas son todas maravillosas y tienen un logo distintivo. Un panal de abeja en forma de hexágono y un vector de abeja reina estampada en su interior. Cualquier persona que ve ese logo y sabe de música lo identifica inmediatamente con ella.

Salió del concurso televisivo como ganadora y la convirtieron en una estrella internacional, aunque ella ya llevase el talento de fábrica. Era imposible que esa chica no triunfase. Su actitud y su voz eran incuestionables. Toda ella era un producto vendible.

De hecho, lo sigue siendo. Aunque me pregunto algo: ¿por qué una estrella de su talla quiere arriesgarse a quedar en mala posición en Eurovisión? Porque a ver: somos España. No nos vamos a engañar. Hace muchísimo que

los «eurovisioners» votan como el culo. Es posible que desde la discográfica entiendan que con Queen no hay posibilidades de perder, pero creo que es jugarse mucho la reputación. Yo no sé si lo haría.

Con esa pregunta en mente, oigo la voz de Loli al final del pasillo. Me quedo de pie frente a la mesa de su despacho, esperándola, pero de repente suelta:

—Mira, me tienes hasta las narices, Esteban. Date prisa porque Kira aún no ha llegado. ¿Qué mierda quieres?

—¿Tú estás hasta las narices? ¿Tú?

Madre mía, es una discusión en toda regla, y nadie cuenta con que yo esté ahí escuchándolo todo. No sé qué es, tal vez es mi instinto de supervivencia o mis pocas ganas de estar donde no me llaman, pero hago una estupidez. No quiero que me vean, así que doy dos zancadas y me escondo detrás del sofá Chester que hay frente a la estantería. Soy idiota, lo sé. No debería estar aquí, pero tengo el don de la ubicuidad. Como Dios, pero a lo cutre. Así soy yo.

Entran en el despacho y cierran la puerta. No hay nadie en esa planta, supongo que es la de los jefazos, y Esteban y Dolores son los tiburones ahí.

—¿Cuándo piensas hablar conmigo de lo que pasó? —le pregunta Esteban muy enfadado.

—Estif, no tengo nada de qué hablar contigo. Nuestra relación está rota y acabada. ¿Qué es lo que no entiendes?

Soy una *voyeur*. Una maldita *voyeur*. Me asomo un poquito por el brazo del chester, y los veo enzarzados.

Dos ejecutivos peleando por ver quién la tiene más grande. Eso parecen.

Estif está muy bueno. Es muy moreno, tiene unos ojos oscuros, una espalda ancha y una voz rota a lo Duque que es muy atractiva. Todo él es un pack increíble. Viste como un ejecutivo a la moda y es más alto que Dolores.

De Dolores solo puedo decir que cuanto más la veo más troyana me parece, a lo Helena, ¿me entendéis? Tan rubia, con ese pelo largo y lacio, sus ojos súper grandes y claros, lo esbelta que es y lo estilizada que está... pues sí, es que hacen muy buena pareja. No les he preguntado la edad, pero creo que rondarán la misma década.

Parece evidente que se odian.

Estif da un paso adelante, la acorrala hasta hacerla chocar contra la mesa y la señala con un dedo, rabioso, como si no supiera cómo hacerla entrar en razón.

—¿Cómo puedes ser tan injusta?

—¿Yo? ¿Yo injusta? —se señala incrédulamente—. ¿Qué pasa, que todo gira en torno a los Casademunt? Vosotros nunca hacéis nada ¿no? Sois la *creme de la creme*, y los demás tenemos que inclinarnos. No, Estif. Ya he tenido suficiente de tu madre y de tu padre. ¿Qué os pasa? Soy de Madrid, de Lavapiés. Y estoy muy orgullosa de ello. Tengo mi carrera, me he ganado mi posición laboral y estoy muy orgullosa de cómo llevo a mis artistas y de las campañas que monto a su alrededor. Tú serás todo lo bueno que quieras en la producción, con los arreglos y demás, pero yo soy válida en lo mío —dice apasionada—. Y estoy hasta aquí —se señala por encima de las cejas— de que en tu casa me miren como si fuera una oportunista o una cazahombres. De que crean que voy detrás de tu fortuna. ¿Cuándo has dado la cara por mí?

Vale. Pues no. No pelean por poder. Están peleando por amor. No entiendo nada. ¿Es que han sido pareja?

—Loli, tienes que dejar que me explique.

—No, gracias, ya lo dejaron muy claro hace dos semanas. Y tú también al no defenderme. Te dio vergüenza de que nos vieran juntos. Tuve que tragarme las palabras de tu madre diciéndome que no me hiciera ilusiones, que solo era un pasatiempo para ti, porque tú tenías otras aspiraciones, como si yo fuese una mierda. ¡Y llevamos tres malditos años juntos a escondidas! Te lo he pasado todo. Pero ni una más.

La voz le tiembla y me parece súper digna y al mismo tiempo muy vulnerable.

—Yo te quiero a ti —le dice él sujetándola por la cara—. Dime que tú no me quieres.

—No puedo querer a un hombre que no da la cara por mí —retira el rostro bruscamente—. Eres un niño, un Peter Pan malcriado. No me mereces, y no quiero saber nada más de ti.

—¿Ah, no?

—No. Vete con Mariona, esa mujercita educada de Pedralbes que sí tiene pedigrí suficiente. A mí no me vas a catar más.

—No te creo.

—Créetelo. Llevamos dos semanas sin vernos. Yo puedo vivir sin ti. Será cuestión de tiempo que otro ocupe mi cama, Estif. Total, tú solo me querías por el sexo, ¿no? ¿Que fue lo que le dijiste a tu madre? Que no éramos nada serio, ¿verdad?

—Te he pedido perdón mil veces por eso. He hablado con mi madre y...

—Que me da igual. Que no lo quiero saber. Si quieres defenderme, hazlo al momento y no días después.

—No vas a encontrar a nadie que te dé todo lo que yo te doy.

Ella deja ir una risita maligna.

—Ponme a prueba.

—Eres una bruja... —gruñe.

—Una bruja con el par que a ti te faltan.

Y de repente, no sé cómo, él se lanza a comerle la boca. Loli pelea contra él, pero al final, le rodea el cuello con los brazos y le devuelve el beso.

Y yo me pongo roja como un tomate.

Madre mía. Que la está subiendo encima del escritorio. Le arremanga la falda, se coloca entre sus piernas y cubre toda su entrepierna con su manaza morena. Loli lleva braguitas rosa palo.

Él se baja la cremallera del pantalón de pinzas.

—No me creo nada de lo que me dices. Tú me quieres. Como yo a ti —le dice él.

¡Zas! ¡Y se saca el pene ahí mismo! ¡¿Qué hago?! ¡Mamá, me quiero ir de aquí!

Me cubro los oídos porque no quiero oír nada de lo que se digan, pero no puedo dejar de mirarlos. Eso es puro fuego.

Estif le muerde el labio inferior y después le baja las braguitas.

—Cómo te odio... —susurra Loli agarrando su pene—. Esto es lo único que nos queda.

—Y una mierda —espetta Estif.

¿Y por qué lo estoy oyendo? Inconscientemente me he destapado los oídos otra vez. ¿Y si me voy? Solo puedo arrastrarme como un gusano y salir de ahí, pero han cerrado la puerta.

No.

Kira, quédate donde estás. No me voy a mover.

Estif la alza por las nalgas, solo lo veo de espaldas y las largas piernas de Loli rodeándole el culo. Se ha bajado los pantalones. Madre del amor hermoso, vaya nalgas más musculosas tiene.

Y entonces, impulsa las nalgas hacia adelante y entiendo que la penetra, porque ella deja ir un gemido de satisfacción bastante evidente.

Ella le sujeta la cabeza y le pasa los dedos por el pelo corto y negro, veo

sus uñas rojas moviéndose a través del parietal y del occipital. Tiene la parte de arriba del pelo más larga y es ondulado.

Se están besando como dos salvajes. Eso no es hacer el amor. Eso es castigarse el uno al otro. Yo nunca he tenido relaciones sexuales tan efusivas. Es asombroso.

El escritorio se bambolea con fuerza de un lado al otro. Se cae el lapicero y la lámpara de mesa.

Estif es un portento todopoderoso, de eso no hay duda. Creo oír que le dice al oído:

—Me echas de menos tanto como yo a ti.

—Es solo mi cuerpo —contesta ella recibiendo sus embestidas—. Lo que él quiera no tiene nada que ver con cómo me siento.

La respuesta no le gusta al hombre, pero sonrío altivo, la vuelve a besar y entonces la sacude con más fuerza y más velocidad.

Debe de ser como tener una batidora entre las piernas. Me imagino a Loli andando después como Lucky Luke.

No lo soporto más. Me tapo las orejas otra vez, cierro los ojos y me oculto por completo detrás del sofá. Ya pararán.

Y lo hacen al cabo de unos diez minutos.

Loli empieza a gimotear de verdad, y él le suelta:

—Córrete, cariño. Te quiero oír.

Pero en vez de eso, Loli se corre en un silencio sepulcral, casi mordiéndose el interior de los carrillos para no ceder al deseo de su expareja. Porque yo no la he oído. Y si yo no lo he hecho, él tampoco.

Después de eso, no percibo que se intercambien ninguna palabra. Excepto el sonido de las ropas, eso sí lo oigo. Se están vistiendo y aquí paz y luego gloria.

Loli sorbe por la nariz, como si estuviera llorando. Sigue sentada en el escritorio, y Estif la mira fijamente. La quiere abrazar y ella lo aparta de un empujón.

—Por favor, cariño —le ruega él—. Son tres años. No los tires por la borda.

Ella niega con la cabeza. Se le ha corrido el rímel.

—Los tiraste tú al no reconocermé, Esteban. No quiero saber nada más de ti ni de tu familia.

—Pero trabajamos juntos. Y yo... —dice nervioso— me muero si te veo y

no puedo tocarte. ¿Por qué no podemos arreglarlo como si no hubiera cambiado nada?

—Porque ha cambiado todo para mí. Lo último que pienso hacer por este sello es acompañar a Queen a Eurovisión. Cuando acabe su aventura, también acabaré la mía contigo —deja claro.

Él está tan frustrado que da una patada a la papelera, que sale volando. Está vacía.

—¿Estás enfadado? —dice ella provocándolo—. Ya se te pasará.

—No he hecho nada con Mariona. Nada. Te comportas así porque crees que estuve con ella. Porque crees que te he engañado. Pero estás equivocada. Puedo no haberle dicho nada a mis padres de ti y de mí, pero no soy infiel.

Eso destroza la armadura de Loli. Se ve que eso le duele mucho. Así que, supongo que lo del desprecio de los padres de él no le importa tanto como que él la haya traicionado.

—¿Cómo no puedes creerme?

A ella se le caen dos lagrimones enormes por las mejillas y me siento fatal por ver todo eso.

—Por favor, vete —le pide.

—Loli, no me hagas esto —le suplica—. Estás siendo injusta. Desde que te conozco solo he tenido ojos para ti. Solo he querido estar contigo.

Creo que Esteban está muy enamorado de Loli. Creo que la quiere. Pero no sé nada, en el fondo. Sin embargo, lo que veo es un rostro desolado. Un hombre que no siente nada no se pone como él.

—Yo ya no quiero estar contigo —le aclara ella muy seria, clavando sus ojos azules en los negros de él—. Esto no va a volver a pasar —se alisa la blusa azul clara y se acicala el pelo con los dedos—. Se acabó. Seamos profesionales. Nos quedan unas semanas intensas por delante, Esteban.

—No va a quedar así esto —le advierte—. Haré que cambies de parecer.

—No. No puedes. Ya no te quiero.

Oírle decir aquello me dolió hasta a mí. No quiero ni imaginar lo que sintió él al ser el receptor de algo tan triste. Bueno, sí lo imagino. Hace unos días me dijeron más o menos lo mismo.

Él se echó hacia atrás lentamente y marcó espacio entre ellos. Alzó la barbilla y se pellizcó la nariz con el índice y el pulgar. También estaba emocionado.

—Lo dices, pero no te creo —dice él abatido.

—Que me creas o no, me trae sin cuidado. Ahora, déjame trabajar. Kira debe estar al llegar.

Me pongo a rezar en silencio detrás del sofá. «Jesusito de mi vida, que no me vean, por favor»... Oigo como el pobre Estif se va del despacho de Loli e inmediatamente, veo cómo ella se baja de la mesa, la rodea y se sienta en su silla. Y entonces, se cubre el bello rostro con las manos y arranca a llorar. Me quedo en silencio y cierro los ojos consternada.

No debería haber presenciado nada de eso. Es una catastrófica desdicha.

Minutos después, ella se serena. Oigo cómo sorbe por la nariz y se levanta para entrar en el baño. Deja la puerta abierta, pero está concentrada en arreglarse el maquillaje. Hasta que la cierra y la oigo orinar.

¡Es mi oportunidad!

Salgo de detrás del Chester y alcanzo la puerta rápidamente. La cierro y me apoyo en ella, exhalando y sosegándome un poco.

He pasado unos nervios horribles ahí adentro.

Cuento hasta diez segundos, y cuando noto que ya estoy más serena espero a oír la puerta del baño abrirse de nuevo. Cuando escucho a Loli salir del aseo, decido golpear la puerta con los nudillos. No soy buena actriz. Se me nota todo enseguida, porque tengo la mala costumbre de ser muy expresiva y de que mis ojos y mi cara sí sean siempre el reflejo de mi alma.

—Adelante.

Esa es la voz de Loli que me da permiso para entrar.

—Vamos allá —me digo a mí misma.

Tengo que mirarla como si no la hubiese visto en plena fornicación con Estif, y como si no supiera nada de su relación. ¿Sabría Queen que ellos dos estaban juntos?

Menudo papelón.

Cuando salgo de la discográfica, me voy con la sensación de haber sido una cotilla total y absoluta. He disimulado todo lo que he podido y más en mi charla con Loli. He ignorado sus ojos rojos e hinchados y solo le he preguntado una vez si estaba bien. Yo sé la verdad, no hace falta que me diga nada más. Es imposible ayudar a una mujer en esas condiciones, pero me he querido preocupar por ella y como es normal, no se ha querido abrir a mí.

Así que se ha centrado en todo lo que he tenido que firmar. También me ha

hablado del evento de mañana y me ha dicho que cualquier cosa que necesitara que se lo pidiera. Que estuviera tranquila, que iba a estar todo bien y que ella y Esteban estarían conmigo en todo momento, protegiéndome, porque entienden que todo me asusta y que no necesito ni quiero ningún tipo de protagonismo.

Me ha vuelto a preguntar por Andrés y yo le he contado lo mismo que ella me ha contado sobre Esteban. Nada. Porque me cae muy bien, como yo a ella, creo. Pero aún no somos amigas y no soy para nada de las que va contando todo a los demás que estén dispuestos a escuchar. Yo solo me abro con mi gente. Andrés, Ágata, mis padres y mi primo Ricky, que es el gay más masculino y macho de todos los tiempos, y que viaja más que Willy Fog. Y lo digo en serio. Tiene un instagram de viajes y sus fotos son tan conocidas y sus *posts* tan comentados, que las propias agencias le regalan estancias y le pagan por subir información. Así de guapo y chulo es él.

No os imagináis las ganas que tengo de verle y de hablarle en persona sobre todo lo que me está pasando. La canción de Eurovisión la escribí para él, cuando decidió reconocer que le gustaban los hombres oficialmente. Está enterado por whatsapp de algunas cosas, pero no de todas. Recuerdo una vez en la que Andrés y yo nos discutimos muy fuerte, que se lo conté a él. Y mi primo me soltó sin cortarse un pelo con su voz de barítono y su rostro serio y dominante, que se alegraba mucho, porque por fin se lo iba a poder tirar él. No sé lo que dirá cuando sepa lo que ha pasado y se entere de que él me ha dejado a mí.

En fin. Acabo de llegar a mi casa, y justo cuando dejo la moto abajo y pongo el seguro, me empieza a sonar el iPhone pegado a mi culo. Tengo la mala costumbre de llevarlo siempre en el bolsillo trasero del pantalón. Un día lo perderé.

Me cuelgo el casco en el codo y atiendo a la llamada.

Me quedo sorprendida al ver el dibujo de una abeja con una corona. Es el emoticono que le he puesto a Queen. Queen me está llamando. ¿Cómo tiene mi teléfono? Ah, claro. Por el grupo de whatsapp de las *Eurobeesivas*.

—¿Hola?

—Hola, Karo.

Qué cabrona es. Lo hace a propósito, obviamente. Ni siquiera la voy a corregir.

—Perdona que te moleste pero es que he estado pensando algo.

Por el tono que tiene me la imagino tumbada en la cama, jugando con su pelo y clavando sus ojos pardos en el techo, aburrída de la vida.

—¿Qué has pensado?

—¿Tú tienes muchas cosas que hacer por las tardes? ¿Haces alguna actividad fija o algo en lo que inviertas tu tiempo?

Me quedo parada en medio de la calle, mirando las llaves de mi casa con las que juego entre mis dedos. ¿Qué dice?

—Eh... no.

—Entonces ¿las tienes libres?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque creo que me gustó mucho lo de ir en moto con el casco, para que nadie me reconociera —le oigo la sonrisa ladina que dibuja con sus labios en su voz. No sé por qué es tan clara para mí esa imagen, pero es así.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que me gustaría ir a algunos lugares y creo que mi mejor opción eres tú.

—¿Quieres que te lleve?

—Bueno, puedes llevarme sí... pero también puedes acompañarme a esos sitios. Alguien tendrá que devolverme a mi adorable Refugio después.

Vamos, que necesita chófer. Vio lo fácil que fue moverse en moto sin que nadie la reconociera, y quiere más. Y la comprendo, eh. Pero no sé si es buena idea.

—Mi seguro no cubre llevar a paquetes tan caros como tú —digo tirando las llaves al aire y volviéndolas a coger.

—El mío sí. No te imaginas la de partes de mi cuerpo que tengo aseguradas.

Abro la boca anonadada.

—¿Como Jennifer López?

—Yo no tengo su culazo —murmura—, pero sí, más o menos. Bueno, entonces ¿qué? ¿Me echas una mano? Tengo muchas ganas de encontrarme con amigos míos y no quiero salir sola por aquí, arriesgándome a que algún taxista se vaya de la lengua. Además, podría pasarme cualquier cosa... No querrías eso ¿a que no?

—Eh... no, por supuesto que no —digo sin poderme creer que esté hablando con ella de esa manera y que esté haciéndome ese tipo de chantaje—. Pero es que no creo que a Loli le guste que estés yendo en moto por ahí conmigo.

—Loli no tiene por qué enterarse —asume—. Puede ser nuestro secreto. Te puedo pagar, si quieres. Ponme el precio.

Frunzo el ceño horrorizada.

—¿Qué?! ¡No! No quiero dinero.

—Vale, pues gratis, no te voy a insistir —bromea—. Por favor, Kira... —me ruega poniendo vocecita—. Tengo ganas de ver a mi gente.

Me dan ganas de echarme a reír. Debe ser cómica verla. Una mujer tan poderosa poniendo morritos, ¡qué manipuladora es! ¿Qué hago yo con una súper estrella así? Es que es irreal todo esto.

—Está bien —resoplo sabiendo que me estoy metiendo en un súper lío—. Pero yo mañana trabajo. Trabajo todos los días, ¿sabes? Excepto el fin de semana.

—Te prometo que llegarás a casa de tus papis antes de las doce, como la Cenicienta.

—¿Mis padres? ¿Qué tienen que ver mis padres aquí?

—Vives con ellos ¿no?

—No —la corrijo—. Vivo sola. No tengo toque de queda —recalco.

—Pues... qué bien —murmura con un toque de intriga—. No lo imaginaba.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunto algo picada.

—Nada. ¿Me pasas a buscar ya o tengo que rogarte un poco más?

Es la manera que tiene de hablarme, como si nos conociéramos de antes, con atrevimiento y una familiaridad que me deja sin argumentos, porque a mí ella me da mucho respeto, y ella en cambio, me ve como si fuera... no sé, alguien mundano fácil de manipular. Una más que le baila el agua. Tengo esa impresión. Por eso estoy tentada de decirle que no, que se busque otro chófer. Pero entonces pienso en Loli y en el trabajo que le daría Queen si vuelve a ser increpada por los paparazzis.

—¿Quieres irte ya?

—Sí —se ríe—. Ven ya, por favor, y sácame a la calle.

—¿No has salido en todo el día?

—No, he estado haciendo algunas cosas aquí. Pero necesito salir, de verdad.

—De acuerdo —al final cedo por las consecuencias negativas que traería que Queen campara sola por Barcelona con los periodistas siguiendo su rastro como los ratones al queso—. Ahora voy para allá. Dame media hora y te paso a recoger.

—Genial. Aquí te espero.

Miro el reloj. Son las ocho de la tarde. Subiré a mi casa, me arreglaré un poco y pasaré a buscar a la diva, que tiene ganas de pasear.

¿Cuántas oportunidades voy a tener de conocerla? Además, le hago un favor a Loli. Y tampoco tengo nada mejor que hacer. Estando con Andrés habríamos ido a dar una vuelta o a ver series, probablemente. Ahora tengo muchas series a medias y tendría que verlas sola. Para no deprimirme más, decido subir a casa corriendo para cambiarme y ponerme ropa con la que sentirme mejor. No por nada. No, miento. Por muchas razones. La principal, mi ego femenino.

¿Cómo te lo digo?

Queen es demasiado para llevarla al lado. Hace que te sientas como si fueras una niña de párvulos, y todo porque parece muy mujer. No por ser voluptuosa, que no lo es en exceso, aunque sí tiene formas hermosas. Es por su porte de Reina y por el efecto que produce en los demás. Es de esas que abre pasillos como Moisés hacía con los mares. Y lo hace sin esfuerzo.

Sí, da mucha rabia.

Así que me voy a vestir bien para, como mínimo, no parecer el bufón de la corte a su lado, o la hermana pequeña y repelente de la que cuida.

Yo también soy mujer y coqueta.

Voy, pero no sin mi pintalabios.

Capítulo 6

Recapitulemos: mañana trabajo. Y por la noche voy a la cadena Uno a la gala de presentación de la canción de Eurovisión. Debería estar tranquila, en mi sofá, tomándome todos los cambios con calma. Tocando un poco el piano o la guitarra, pintándome las uñas de los pies o dándome un buen baño relajante.

Y en vez de eso ¿qué estoy haciendo? Paso a buscar a Queen para sacarla a pasear y que no se aburra. ¿En qué momento he dejado de tomarme en serio mi vida?

Escribo a la cantante para decirle que estoy esperándola abajo, y va y me dice que suba un momento. Que tiene un problema. Si supiera cuántos tengo yo...

Resoplo como un caballo y miro hacia la buhardilla. Qué *especialita* es la niña.

Subo.

Carmen me abre la puerta con un cuenco de ali oli que no deja de machacar.

—Vengo a ver a Queen.

—Pasa, cariño. Ya sabes dónde es.

Le doy un beso en la mejilla y mientras ella desaparece hasta el salón y se dirige a la cocina machacando el mortero de cerámica amarillo con el mazo de madera, yo subo las escaleras hasta la tercera planta, donde está la buhardilla.

Golpeo la puerta con los nudillos.

—¡*Motofy!* —bromeo.

Oigo la voz de Queen que grita:

—Está abierto. Entra.

Abro la puerta y me la encuentro con las piernas y las braguitas al aire. Tiene el vestido negro sobre la cabeza y alrededor del cuello, como si fuera una bufanda.

Su cuerpo está tonificado y esbelto, y tiene un bra negro que le sujeta el pecho. Nunca había visto a una chica con abdominales y con los oblicuos marcados. Y eso me impresiona bastante. En ella, potencia lo que ya es, no es para nada feo. Luce un piercing en el ombligo con una piedra ámbar, como si fuera miel, y en el lateral de las costillas, sobre la piel, hay algo escrito, que no puedo leer bien. Veo que asoma un ojo por la obertura del cuello del vestido, y este sonrío.

Sus ojos suelen sonreír, hablan alto y claro cuando quieren.

—¿Me estás mirando? —tiene que estar acostumbrada a eso. A que la miren, la piropeen y esas cosas.

—Impresiona verte reducida por un vestido.

—No es para tanto. No te quedes parada ahí y ayúdame —se sienta en la cama.

Llego hasta ella y le pregunto:

—¿Qué te ha hecho el pobre... Gucci? —pregunto advirtiendo la etiqueta.

—El vestido es el puto Bruce Lee. Me ha hecho una llave. Y me queda poco para rendirme.

Me coloco entre sus piernas y busco el origen del problema.

—Tengo el pelo enganchado en la cremallera.

—Ya veo —una de sus largas ebras castañas claras está completamente pillada hasta las puntas rubias. Se lo ha cogido por completo—. Madre mía, menudo lío.

—Corta —me ordena.

—No voy a cortar nada, ¿estás loca? —ni hablar. El pelo es sagrado. Si se puede salvar, se debe salvar. Y el suyo es muy bonito y lo tiene siempre perfecto.

—Es solo un mechón.

—No. No es solo un mechón. ¿A ti no te han hablado nunca del equilibrio del pelo? —trabajo con mis dedos sobre la cremallera, retirando las hebras suavemente, sin tirar demasiado para que no se rompa.

—¿Lo dices por Sansón?

Yo sonrío.

—Más o menos.

—¿Quieres ser mi Dalila?

Sujeto el cuello del vestido y clavo mi atención en su ojo pardo y sombreado, el único que veo a través de la obertura. Le encanta el juego.

—Dalila es una peluquera traicionera, de las que le dices, corta las puntas y acabas con un flequillo a lo Cleopatra —ella se ríe por lo que le he dicho. Y se ríe de verdad—. Además, tienes a un séquito de Dalilas esperando a que les pidas que te cases con ellas y tal...

—Bah —espeta.

—Aunque podría cortarte un mechón y venderlo. Seguro que me forro. No te muevas.

—No puedo aunque quiera —me insinúa—. Me está haciendo daño hasta la raíz.

—Tú déjame a mí. Quieta —le ordeno.

Me hace gracia que me haga caso. Al menos así se calla y deja de soltar comentarios inapropiados.

—¿Nunca te ha pasado? Tienes el pelo largo como yo.

—No. No necesito meterlo en una cremallera para que se me hagan nudos —le quito unas cuantas hebras más—. Además, como lo tengo tan lacio, se me hacen nudos en la nuca, sobre todo cuando llevo chaquetas o en épocas de bufanda... es una tortura. Y cuando salgo a correr también. Tengo que cepillármelo dos veces al día.

—A mí me parece hermosa tu melena. Y ese color tan extraño... que es como un negro tintado de morado muy sutil. Me parece muy bonito.

Siento que cierra las rodillas alrededor de mis muslos, pero lo hace de un modo que parezca no intencionado.

Yo carraspeo.

—Color berenjena —la corrijo—. Mi madre es una psicópata de los colores, y le pone nombre de frutas a casi todo.

—Qué graciosa —murmura con ternura—. Me la imagino llamándote Kiwi.

Me la quedo mirando a través del vestido. Y dejo ir una carcajada. De esas que me salen inesperadamente, como una desquiciada. Me ha hecho mucha gracia.

—No, solo tú me cambias el nombre —le recuerdo.

—No es verdad, Kura.

—Sí, Amén.

Ella se está riendo en silencio. Le tiemblan los hombros y su cuerpo se sacude.

Supongo que aprovecha el hecho de tener la cara cubierta para ser más

accesible. Porque, por lo poco que la conozco, ese tono es inaudito en ella.

Tengo mis pechos casi en su cara. Y de repente caigo.

—¿Ibas a ir en vestido en mi moto? ¿Quieres que te vean hasta la campanilla? —libero otro mechón.

—Voy a ir en vestido. Me pegaré mucho a ti y nadie me verá. Tú estás delante.

—No tienes vergüenza... —susurro—. ¿De verdad que no quieres llamar la atención? No me lo creo. Se va a parar más de un sátiro a decirnos cualquier cosa.

Ella se ríe.

—¿Y qué? Que miren, me da igual. Además, tú llevas lo mismo... A ti se te verá todo el Arco del Triunfo.

—No te muevas o te haré daño sin querer. No voy igual. Llevo pantalones y botines. No son medias.

—Parecen medias negras.

—Ya. Porque son estrechos y finos.

—Y llevas vestido.

—Es un jersey largo de tres cuartos. ¿Todo eso lo has visto con el único ojo que te asoma?

—Sí.

—Espero que nunca seas tuerta —insinúo divertida—. Creo que esto... ya está... a ver... —tiro de la cremallera y, finalmente, libero el puñado de pelo que se había quedado atrapado—. Sí. Libre como el sol cuando amanece.

Queen deja ir un suspiro de satisfacción. Yo le aliso el mechón con los dedos. Tiene la melena muy suave y huele a melocotón. Hostia, huele a melocotón de verdad.

Ella se levanta y me doy cuenta de que los tacones que lleva son más altos que los míos, y que me saca tres dedos o más. Cuela la cabeza por el vestido, esta vez sin engancharse nada.

Sus botas le llegan por las rodillas y son negras. No me quiero ni imaginar lo que le han costado. Entre el límite del vestido y el de las botas se le asoman los muslos, poderosos y entornados.

Cuando le miro a la cara, tiene la melena desparramada alrededor del óvalo de su rostro y pienso que parece una de esas especies bellas y salvajes en extinción.

Entiendo perfectamente que levante tantas pasiones.

—Bonito... pintalabios —dice de repente mirándome la boca.

Yo me los humedezco y continúo pensando en lo mío.

—¿Dónde vamos?

Ella me da un repaso de arriba abajo, sin ningún miramiento. Es de las que se recrea. Si fuera un tío me incomodaría bastante, aunque con un hombre sabría cómo actuar y cómo cortarlo. Con ella no. No tengo ni idea de cómo llevarla.

Se echa la melena hacia atrás, alisando el pelo que se le había quedado alborotado por el enredo, y contesta:

—Vamos al local de mi amigo Bert. Está en... Sitges.

—¿En Sitges?! —exclamo—. ¡¿Sitges, en serio?! —

—Sí, ¿qué pasa?

—Que está a cuarenta minutos, y que es Sitges... y que es martes y yo trabajo mañana —enumero todas las razones por las que Sitges no es una buena idea hoy. Y menos con ella.

—Lo sé. Pero te prometo que no saldremos tarde —pone ojitos—. Vamos, le saludo, comemos algo si te apetece y nos volvemos.

No, por favor. No sé por qué pero lo que dice que va a pasar no va a suceder así. Seguro.

—Y así en moto, cuarenta minutos... —reviso su vestido.

—¿Qué pasa con cómo voy vestida? —se pasa las manos por su vientre plano—. Me gusta vestir así —se encoge de hombros.

—Es normal que te guste porque está muy bien.

Ella arquea una ceja esperando a que me suelte más, pero no le voy a regalar los oídos.

—¿Te gusta cómo voy? —se cruza de brazos toda provocadora.

—Es como si fueras a salir de fiesta o de cena. Vas muy arreglada —le contesto con naturalidad, como si hablara con Ágata.

—Bueno, si lo que te preocupa es si tú vas bien o no, ya te digo que vas muy guapa —asiente dejándolo muy claro—. No vamos a ningún lugar del otro mundo. Créeme. Si no, te lo hubiera advertido.

Yo cedo al final, porque me parece sincera.

—Vale. Está bien —claudico—. Pues ponte una chupa o algo o cogerás frío —le advierto—. Y algún pañuelo para el cuello.

Ella entrecierra sus ojos y sonrío con melosidad.

—Qué mona. Eres muy mami.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada —sonríe y se dirige al armario para ponerse una chupa de cuero negra preciosa y se sube la cremallera hasta el cuello. Y a continuación se cubre un fular negro y brillante a la garganta. Coge su casco rosa chicle y se lo pone y entonces me mira expectante.

—¿Te parece bien así? O ¿consideras que me falta algún complemento más?

Madre mía. La vamos a liar por la autopista. Pero vale.

—Sí. Está bien así —contesto.

Abre la puerta y la mantiene abierta para mí.

—Vámonos. Las berenjenas primero —me suelta.

Yo pongo los ojos en blanco y salgo de ahí. Y siento, perfectamente, su mirada fija en mi trasero y mis piernas.

Creo que de verdad le gusta jugar mucho.

Menuda es la Reina Abeja.

Sitges

Imagináos el panorama. Las horas que son, la caravana hasta Sitges... Nosotras enseñando cachas en moto y pasando entre los coches. La melena de Queen al viento, y la mía recogida bajo el casco.

Los muslos de Queen al aire y ella cogiéndome con una mano por la cintura y con la otra uniendo el vestido entre las piernas para que no se le viera nada. Eso al principio. Después le ha dado igual. En cuanto hemos cogido la autovía, se ha pegado a mí y se ha despreocupado.

Dos mujeres en *motorranca*.

¿Qué os voy a decir que no sepáis? Que parecía que la Selección había ganado el Mundial de tantos cláxones como se oían a nuestro paso.

Doy gracias a Dios por tener casco, porque estaba totalmente avergonzada. Ella no. Ella estaba en su salsa, feliz.

Menos mal que Sitges en un martes laborable está más o menos tranquilo, porque no habría podido soportar un nuevo bochorno. A mí estas cosas me dan un poco de vergüenza. Llamar la atención no me gusta demasiado, supongo.

La ciudad costera de Sitges es preciosa, blanquita y que recuerda a un pueblito ibicenco y medieval, todo a la vez. Tal vez no lo sepáis o no la

conozcáis, pero en la ciudad existe una calle llamada 1 de mayo que es popularmente conocida como la calle del Pecado.

Pues bien. Ahí empieza todo. El infierno, el cielo y el purgatorio, todo junto. Es una calle que une el centro con el paseo marítimo y que durante el día tiene ambiente de pueblecito tranquilo. Pero por la noche los bares, los *pubs*, los restaurantes y las discotecas se abren de par en par y las luces y la música inundan la avenida. Es también la calle de los *pubs* gays, el Coco Rico, el Privilege, el Organic... Archiconocidos en el colectivo.

Pues sí. Queen me ha hecho venir a la calle del Pecado, donde está ubicado el local «Pecadores». Hay ambiente, como siempre, pero para nada lo que uno se suele encontrar a partir del jueves, así que se puede caminar tranquilamente por la calle y pasar desapercibido.

Cuando dejamos la moto justo en la acera de enfrente, me quedo mirando la fachada estucada de distintos tonos de verde, como si fuera un árbol, y tuneada con manzanas rojas de cerámica mordidas, y una serpiente que rodea el marco de la puerta de entrada. Y entonces caigo en la cuenta de que estamos ahí para ver a Bert, Albert, que fue un concursante de la edición de Queen y que, al principio, los *shippearon*. Hasta que Queen decidió decir que si le gustaran los hombres estaría loca por él, y que, aunque no lo descartaba, no estaba en ese momento para amoríos heteros. Y de repente, las carpetas heteros se fueron a la mierda, y en su lugar, aparecieron muchas otras, más fanáticas, con cualquier chica que le hiciera ojitos a Queen en el concurso. Y ninguna fructificó.

Albert era un mulato de ojos verdes despampanante, tan sexi que una no se cansaba de mirarlo. Al menos, yo no me cansaba de ver su cara guapa.

No sabía que ellos dos guardaban tan buena relación después del concurso.

—¿Es el *pub* de Albert? —le pregunto mirando la fachada con curiosidad, sacándome el casco—. ¿Tu compañero de edición?

—Sí.

—¿Os seguís viendo después de salir del programa?

—Por supuesto —se levanta la visera y baja de la moto agarrándose la falda y apoyándose con una mano en mi hombro—. Es mi mejor amigo.

Como era de esperar, no todos los concursantes pudieron labrarse un futuro profesional en el mundo de la música, pero a su vez, el dinero que pudieron ganar al hacerse famosos les ayudó a vivir de sus proyectos o de sus negocios, algunos indirectamente musicales, como el *pub* musical de Bert. Y había oído

que tenía excelentes reseñas en Trip Advisor y gozaba de una sana y merecida popularidad. Pues bien por él.

—¿Te gustaba Albert? —me pregunta plantada a mi lado, estudiando mis reacciones.

—¿A quién no le gustaba? —le digo—. A ti, supongo.

Ella sonrío y niega.

—A mí me gustaba y me gusta como hombre guapo que es, y podría tirármelo si quisiera —me contesta—, pero no podría tener una relación con él —se encoge de hombros—. El sexo con los hombres me gusta. Pero estoy en un momento que para enamorarme y para convivir, prefiero a las mujeres.

Hago un mohín de conformidad, me bajo de la moto, la bloqueo y le digo:

—Pues bien por ti.

Ella me agarra de la mano, y sin sacarse el casco, me lleva al interior del local.

La música de CNCO & Prince Royce «Llegaste tú» está sonando a toda pastilla. Hay chicas y chicos en la barra principal tomando bebidas y charlando animadamente. Algunas parejas están bailando en la zona de baile de la sala. Las paredes del interior lucen repletas de manzanas de cristal iluminadas con leds, y serpientes de cerámica inundan el techo. Hay dos árboles en el interior de la sala central, y una pequeña fuente entre ellos, con un hombre y una mujer desnudos, dándose un beso de tornillo. Es una escenificación del Edén y Adán y Eva.

Y entonces Queen se saca el casco y me lleva directamente a un reservado, unos privados separados por cortinas en pequeñas carpas de madera, con butacas y mesas para cenar y disfrutar de un momento más íntimo.

—¿Dónde vamos?

—Ven —me dice—. Bert está en ese reservado. Me está esperando.

Miro alrededor, por si alguien se ha fijado en el pibón de Queen y en quién es. Pero aunque la miran y se fijan en ella, no les da tiempo a verle la cara, porque la cortina del reservado nos oculta.

Bert está sentado en una butaca blanca, tomándose un cóctel y hablando con dos chicos. Y veo que son conocidos. Mucho. Son dos cantantes muy populares, morenos y de ojos negros.

Me pongo tan nerviosa que me quiero ir de ahí, pero Queen me sujeta fuerte y me lo impide. Bert se levanta cuando la ve, da un salto por encima de la butaca y se funde en un abrazo con ella.

Ambos ríen y se abrazan con un cariño irrefutable. Los demás la miran a ella con sorpresa, como si no esperasen aquella visita, y después me miran a mí con interés.

Tierra trágame.

—¡Pero abeja pendeja! —grita Bert—. ¡¿Cómo estás tan guapa?!

—Hola, macizo.

—¿Y ese bombazo de Eurovisión que presentas mañana? Qué fuerte todo... Madre mía, estás tremenda. ¿Dónde te hospedas? —es una metraladora.

—Estoy en Barcelona, escondida —lo coge de la cara—. ¡Tenía tantas ganas de verte! —le estira los mofletes.

—Ven —le dice—. Venid —me mira Bert y se me olvidan las palabras— ... Soy Bert, por cierto —se presenta con una educación exquisita.

—Hola. Soy Kira. La chófer —digo sin pensarlo demasiado. Con esos ojos verdes claros me deja anonadada y con el riego sanguíneo de una ameba.

Queen eleva las cejas con sorpresa y se echa a reír.

—No es la chófer —corrige—. Es la compositora de la canción de Eurovisión. Y me está haciendo un favor, porque los paparazzis me hacen la vida imposible.

—Vaya —dice Bert con curiosidad mirándome con aprobación—. Compositora... Pues es todo un caramelo —le guiña un ojo a Queen y esta le responde con una caída de ojos llena de advertencias veladas.

—Compórtate —le ordena.

—Pero... ¿eres solo la chófer? —pregunta con un descaro encantador—. ¿O hacéis *patchwork* juntas? —me hace el gesto de las tijeras con los dedos.

Yo frunzo el ceño hasta que cojo el sentido de sus palabras. ¿Está insinuando lo que está insinuando? En el concurso ya se veía que era un caradura, pero verlo en directo me parece muy divertido.

—No hacemos manualidades —le contesto dibujando una sonrisa radiante—. Solo música.

—¿Ah sí? —repite él cogiendo mi mano y acercándose a la butaca de su lado—. Pues me encanta la música a mí también. ¿Nos casamos?

Queen resopla y mira al techo.

—De verdad, qué poco original eres...

Me siento al lado de Bert, y Queen se sienta al otro lado. Los dos cantantes famosos no dejan de mirarla y de echarme miraditas, se van turnando.

—¿Los conoces a estos dos? —Bert señala a los dos cantantes como si no tuvieran mucha importancia—. Van por ahí recibiendo discos de oro con cada *single* que sacan.

—Los conozco —contesto—. Encantada.

Los dos se levantan y me besan las mejillas. Son caballeros y huelen de maravilla. Son un dúo llamado Santibel. Y cantan reggaetón.

Queen me mira con atención y después vuelve a mirar a Bert.

—Nunca habíamos coincidido —dice Santi observando a Queen como si fuera una aparición. Es el más moreno de los dos—. Te admiramos mucho. Eres todo un referente.

—Gracias —dice Queen suavizando el semblante.

—Nos encanta tu música —asegura Bel, que es de Puertorico.

—Y a mí la vuestra.

Que Queen les diga eso hará que los dos cantantes estén llenos de orgullo durante algunas semanas. O tal vez, para toda la vida.

Porque lo que vende Queen no lo vende nadie. Y lo reconocida que es a nivel internacional es muy difícil de conseguir para otros.

Sin embargo, veo en sus ojos y en su pose que lo que ha dicho no lo sentía en el fondo. Aquella es la cara de Queen cuando comparte espacio con gente que no es amiga suya. Es amable y cordial, pero imposible de acceder. Y sabe quedar muy bien.

—La verdad es que nosotros ya nos íbamos —dice Santi mirando a Bert con pena—. Hemos venido a ver a este individuo —lo señala— pero tenemos que coger un avión mañana para viajar a Marbella —Los dos se levantan y se dan un abrazo de colegas con el anfitrión. Se despiden de Queen, que pone cara comprensiva, con dos besos y a mí me dan dos más otra vez. Madre mía, es una fiesta de hormonas.

—Adiós, chicos. Que os vaya bien —les dice ella.

—Ah —les advierte Bert con un dedo—, y no la habéis visto aquí, ¿entendido?

—Por supuesto —Bel me guiña un ojo y me dice—. *Adiosito, bombonsito.*

Es un festival de la alegría para mí. Me acaba de decir bombonsito. Miro a Queen para ver si ha oído lo mismo que yo, pero ella está con la espalda apoyada en la butaca, una pierna cruzada sobre la otra, el pie balanceándose arriba y abajo y un sonrisa ladina no muy agradable.

Santibel sale del reservado y nos quedamos Bert, Queen y yo solos.

A pesar de haber sido un encuentro fugaz me han caído bien.

—Oye, Kira... le has gustado al latino —Bert me da un leve codazo—. ¿Eres ligona?

—Ligo menos que el mayordomo de Batman —contesto.

Bert se echa a reír, y a continuación le pregunta a Queen.

—No sé por qué, no me lo creo. ¿Liga o no liga? —¡y se lo pregunta a ella! ¡¿Y ella qué sabrá?!—

Queen, que continúa cruzada de brazos y de piernas, asiente con aquel gesto de confirmación en su rostro.

—Yo digo que sí. Pero es demasiado humilde para aceptarlo.

—Pues es un halago, de verdad. Pero soy muy torpe. Y si ligo no me doy cuenta.

—¿Cómo puede ser? —dice Bert realmente impresionado.

Claro a él eso no le pasa, porque las mujeres deben meterle las braguitas directamente en los bolsillos de los pantalones.

—No sé —comento con toda la naturalidad del mundo—. O me meten la lengua en la boca o no me entero. Soy así de básica.

Bert se empieza a descojonar de la risa, y Queen oculta una risita y mueve la punta de su bota como si hubiera algo infinitamente más interesante en ella que yo.

Bert llama a una de las chicas de la barra para que pidamos cualquier cosa que queramos para beber y un pisco labis.

Queen se pide un Martini, él una cerveza y yo un Red Bull sin azúcar.

La camarera es rubia y despampanante y tiene una tetas que sirven para apoyar vasos y platos. Dirige una mirada matadora a Queen, y ella le devuelve la mirada, pero sin ser la mitad de intensa. Hay flirteo, fijo. Queen flirtea con todo lo que se menea. En esa reunión de amigos yo no pinto mucho, así que me limito a escuchar y a participar solo si ellos me invitan.

Hablan de todo. De su paso por el concurso, del negocio de Bert, de la situación de Queen en Barcelona por todo el tema de Eurovisión, y él me mira con fascinación a cada detalle que ella le cuenta.

—Entonces, tú eres la compositora y ella te está usando para que la lleves a todas partes, ¿lo he entendido bien?

—A la perfección —contesto—. No lo habría explicado mejor. Le he encontrado un lugar en el que pasar inadvertida y como es de las que le das la mano y se coge hasta el hombro, pues ha pensado en usarme para más cosas.

Sé que a la abeja no le ha gustado mucho esa respuesta, pero no se me ocurre que quiera que la acompañe por nada más.

—Cómo te ha calado —augura Bert entretenido—. Me gusta esta chica.

—Sabía que te gustaría —dice Queen de repente.

—¿Y la vas a usar para algo más?

Ella entrecierra los ojos y le regaña con un gesto.

—No seas bruto.

—¿No? —insiste Bert parpadeando inocentemente.

—Para —le pide Queen.

Es fácil formar parte de la conversación, porque Bert nos habla a las dos y Queen también hace que me sienta parte de ello.

La muchacha trae unas aceitunas, unas patatas panaderas súper finas con salsa romesco y unos pinchos de pollo y verduritas con un rociado de regaliz increíble.

—Hacemos caterings —cuenta Bert mientras ataca al pollo—. Comed, que estáis en edad de alimentaros.

—Te va bien, ¿verdad? —pregunta Queen.

Ahí sí que le veo interés. Ahí consta la Queen amiga, y la que mira directamente a los ojos, relajada, sin perdonarle la vida a nadie. Bert es amigo de verdad, y no de postureo.

—Sí, abejita. Montarme este negocio ha sido lo mejor que he hecho en la vida, después de mi paso por el concurso. Pude sacar provecho de mi popularidad. Como otros compañeros.

—Merecías ganar tanto como yo.

Bert quedó en tercer lugar.

—¿Estás loca? Tú eres una Reina. Los demás somos solo súbditos. Tú tenías la corona y el trono desde el primer momento en que te subiste a ese escenario. Eras un puto imán —le acaricia la mejilla y le da un besazo en los labios. Así sin más.

Yo parpadeo por la sorpresa y Queen se ríe de él.

—Sigues siendo muy besucón.

—Eres la única mujer a quien puedo besar sin que signifique nada más. Además, a ti te encanta besar también —contesta el otro—. Solo que te has hecho más a los labios de esa pelirroja arpía.

—No seas aguafiestas —le pide mientras se come una brocheta de pollo—. No he venido aquí a hablar de ella. Es agua pasada.

Ella se tensa. Y yo también. No sé por qué.

Supongo que es un tema excesivamente personal y no creo que ella lo quiera exponer delante de mí. Me siento como una intrusa en eso.

—¿Agua pasada? Y una mierda —le deja claro Bert—. Es agua que viene con cada tormenta. Y ten por seguro que tarde o temprano la riada volverá a ti, porque lo necesita. Tú no la necesitas a ella. Pero ella a ti sí. Díselo, Kira —me pide como si jugase en su equipo—. Eres la favorita para ganar Eurovisión y eso que Europa aún no ha oído la canción. Barbi volverá a por ti cuando menos te lo esperes. Díselo, Kira —me repite.

—Yo no sé de lo que habláis. No tengo nada que decir.

—Eres muy pesado, Bert —refunfuña Queen manteniendo el control en todo momento. Es como si nunca perdiera los nervios.

—Dile que Barbi no le hace bien —me insiste Bert.

Sí. Sabía que hablaba de la ex de Queen. Aunque no tengo claro si es ex o no, porque cada poco las fotografian juntas y dicen que han vuelto. Pero no me quiero meter. Barbi es una artista también de alto nivel, aunque Queen la supera en mucho.

Queen clava sus ojos pardos en los míos, como si me desafiara a que le dijera algo. Pero soy precavida. No tentaría nunca a una mujer como ella. Podría arrancarme la cabeza de un mordisco.

—¿Qué, *bombonsito*? ¿Tienes algo que decirme? Habla ahora o calla para siempre —impera llevándose una aceituna a la boca.

Yo sello mis labios con una cremallera invisible.

—No diré nada. Me faltan datos para opinar.

—Como quieras —dice Bert bebiendo de su cerveza y mirándome de soslayo—. ¿Tienes novio, Kira?

—No —digo yo.

—Sí —contesta Queen mirando penetrantemente a Bert.

—Estoy confuso —contesta Bert acercándose más a mí—. ¿Tienes novio o no?

—Tenía —respondo más relajada, cogiendo una brocheta—. Pero ya no. Ahora estoy libre como una perdiz.

—¿Y dispuesta? —pregunta Bert fijando sus ojos en mis muslos con disimulo.

Oigo a Queen hablar entre dientes y murmurar para sí misma. Y Bert me pasa el brazo por encima de los hombros y me dice:

—¿Oyes el murmullo? Es el zumbido de la Reina Abeja —me dice al oído—. Está preparada para picar.

Y entonces, una aceituna impacta contra la sien de Bert. Sus ojos verdes se abren de par en par. Y se ríe, aunque no obvio para nada las mudas alertas que se mandan el uno al otro, entre carcajadas y brindis.

Será que a Queen no le gusta que él tontee conmigo. Es normal. Está acostumbrada a tener toda su atención, y yo también soy muy celosa de mis amigos.

Capítulo 7

La verdad es que Bert me cae muy bien. Y si a eso le sumamos que es un caradura y un ligón adulator sin malicia, pues estoy pasando un buen rato. Queen también es divertida y cuando se ríe lo hace mirándome, y de forma muy auténtica.

Ella también me cae bien, pero me da respeto. No me fio.

Bert dice que, aunque no ha triunfado en el mundo de la música, «Pecadores» le ha reportado muchos contactos con gente muy famosa. El caer bien también puede llevarte a la cúspide, y él se vale de su carisma para eso. Ahí, en ese local, ha organizado fiestas privadas para artistas poderosos y de talla internacional.

Los contactos son poder.

Y Queen le acaba de proponer que la fiesta del equipo de todo el programa de Eurovisión se haga ahí.

A Bert le parece bien todo. Llevamos dos horas sentados, han bebido un poquito, sobre todo él. Ella no se pasa de la raya, la verdad, y no ha mezclado en ningún momento. Pero me gusta observarlos y enterarme de sus cosas y sus experiencias. Me tratan como a una más. Y es tan extraño y tan reconfortante.

Pero Bert es mucho más directo y más amable en sus preguntas hacia mí.

—¿Tienes más canciones compuestas, *bombonsito*?

La coletilla me va a perseguir, me temo.

—Sí.

—Pues sabes que las vas a vender todas, ¿verdad? —sus ojos verdes son muy claros y la evidencia con la que afirma esa sentencia me parece hasta demencial.

—No creo —contesto—. Nadie las va a oír, porque son mías y no las enseño.

—¿Como has hecho con «Comerte el corazón»? —suelta Queen, dejando su copa vacía encima de la mesa.

Es el modo en que me mira al hacerme esa pregunta lo que no me gusta del todo. Es como si me juzgara, como si eso no le gustase. No me cree.

—¿Perdón? —respondo un tanto violenta.

—A mí me parece bien —levanta las manos como si se defendiese—, pero una persona tan celosa de lo que hace, no entrega una canción tan personal para que ese tema lo cante toda Europa. Digo —aclara.

Yo me quedo tan cortada que no sé ni qué contestar.

—Bueno... ya está la preservadora de las cosas mágicas y la autenticidad —anuncia Bert para romper la tensión—. Queen es de las que cree que cuando uno tiene un tesoro y posee algo único no lo vende. Para ella, venderlo es venderse a sí mismo —me explica Bert a modo de confidencia—. Pero no comprende que el alma es de uno, no del Diablo ni de Dios.

No obstante, a pesar de su defensa, yo me siento mal por cómo me ha reprobado con ese comentario. Ella no sabe nada de lo que ha pasado. Ni se imagina por qué la canción llegó a sus manos. Si hubiese sido por mí, nunca, bajo ningún concepto, la hubiese sacado del cajón.

Estoy tensa ahora mismo.

—Es algo que no entiendo —continúa ella con la lengua afilada. Parece que tenía ganas de decirme esto—. Eres contradictoria, chica. Pareces muy íntegra, muy sensible y una creadora de cosas especiales. Pero llega esa canción a mis manos, tan hermosa, tan personal... y entonces pienso que el dinero no debería poder comprar a las personas así, como te compró a ti. Era perfecta. No era vendible. No tenía precio. Y ahora es un producto excelente y potente. Pero un producto.

Bert se pone serio y se posiciona a mi lado.

—Ese producto, como dices, va a hacer que España gane Eurovisión después de décadas de no hacerlo. Y eres tan afortunada que no has tenido ni que pelear por él. Ha caído en las manos adecuadas, y la buena de Dolores, que te adora, decidió pensar en ti automáticamente para que lo interpretases. No seas una abeja tan desagradecida. Y tú —me sacude un poco el brazo—, defiéndete o esta se te subirá a las barbas.

Pero lo cierto es que no quiero ni contestar. Me ha afectado lo que me ha dicho. Porque, para mi frustración, yo pienso igual. Pero no pude hacer nada, actuaron a mis espaldas y los contratos ya estaban firmados y con multas considerables en caso de dar marcha atrás.

Sin embargo, me da rabia que me lo diga ella, que es alguien a quien

musicalmente admiro, que es la persona que se va a encargar de interpretarla y que la debería sentir como lo más bonito del mundo y no como algo superficial, comercial o un mero producto.

Y entonces comprendo algo más. Queen me habla a veces como si me riñera, como si algo en mí no estuviera bien... soy muy sensitiva y capto esas cosas, a pesar de la relación que podemos desarrollar. Y lo que para ella no está bien es que parece decepcionada por haber permitido que compraran mi esencia así. Me toma por una materialista y una vendida sin valores.

Qué mal.

—Es su opinión —digo sin más—. La Reina es soberana, así que si ella lo dice, ¿quién soy yo para discutirlo?

Retiro mi mirada de la de Queen, y a partir de entonces, dejo de participar en la interlocución con ellos. Me ofende que una persona como Queen, que es una artista consagrada, crea que soy así.

Bert empatiza conmigo y está regañando a Queen con la mirada. ¿Sinceramente? Me da igual. Lo único que siento ahora es rabia por no haber ni siquiera sospechado lo que Andrés hacía con mi canción. Y más rabia me da que Queen, que la va a cantar, la trate así o me trate a mí de esa manera, porque ni se imagina lo que me ha costado asumir lo que está pasando. Ella se piensa que llevo un mes y medio sabiéndolo, y que todo está preparado, que es lo que quiero y que nada me viene de nuevo. Pero solo llevo cinco días. Y en esos cinco días, todo está yendo muy deprisa.

Miro a mi alrededor y me siento desubicada. ¿Qué hago yo aquí, en este lugar, con dos personas como ellos que están fuera de mi rango y de mi alcance?

—No creo que debas acusar a nadie por querer tener éxito y probar a cumplir su sueño —Bert continúa de mi lado—. Si el sueño de Kira era que su canción se hiciera popular y que ganase un concurso europeo, no eres nadie para echárselo en cara. Entonces, ¿todos los cantautores son unos vendidos? Si no pueden cantarlas, tendrán que hacer que otras las canten, digo yo.

—Pero ella sí puede cantarlas. No es una compositora sin voz —refuta Queen—. Además, no se trata de eso —se excusa buscando mi mirada—. Yo solo digo que no me cuadra. Tú no la has oído cantar, Bert —le aclara enfadada. Y encima, de verdad que parece enfadada—. Yo oí la maqueta original. Simplemente digo que para mí no tiene sentido lo que ha hecho, entregar algo tan de ella... en algo tan politizado como es Eurovisión, no sé —

busca las palabras certeras—, es como un pecado. Te pierdes un poco el respeto a ti mismo haciendo eso. Pero, por mi parte, se lo agradezco —sentencia—. La convertiré en un súper *hit*. Eso es lo que quieres, ¿no? —Odio cómo me mira y el tono tan despectivo que usa conmigo—. Eso es lo que pasa cuando vendes algo así, Kira, que deja de ser tuyo, para ser de millones de personas que nunca la valorarán como tú lo hiciste.

Quiero irme.

Miro fijamente a las cortinas, ignorando lo que dice ella. Pero no me puedo marchar hasta que Queen tome la decisión. Y lo peor... lo peor de todo es que se me están enrojeciendo los ojos y que me duele la garganta por aguantar las lágrimas. ¿Por qué me ofende tanto lo que comenta cuando sé que no es verdad?

Cómo me odio en este momento. No quiero debilitarme así, pero me afecta. Porque que hable así de mi canción es como si hablase mal de mi yaya. No os lo sé explicar...

Solo sé que tengo un pronto muy malo y que solo me nace cuando me hacen daño y tocan lo que no quiero que nadie toque. Es un pequeño demonio que salta cuando ya no puedo más.

Me levanto de la silla, en completo silencio. Agarro mi cazadora y mi casco, y lo hago con calma. Bert se levanta un poco nervioso y compungido, y a mí cada vez me cae mejor. Es un amor.

A la que no quiero ni mirar es a Queen. Le va a hacer de chófer quien yo me sé.

—¿Qué haces? —me pregunta Bert un poco perdido.

—¿Tú tienes coche? —le pregunto.

Él mira a Queen, que también se levanta, más nerviosa de la cuenta. Y esa es la primera vez que la veo un pelín incómoda, porque hasta hace el amago de coger su casco chicle. Pero cae en la cuenta de que ella es quien manda y quien decide cuándo nos vamos, no yo.

Aunque yo ya he tomado mi decisión. Y es irrevocable.

—Sí, claro —contesta Bert poniéndome una mano calmante sobre el hombro—. Pero siéntate. Vamos a tranquilizarnos.

—Entonces, tú te haces cargo de ella —me tiembla la voz y la señalo con la barbilla—. Pero yo me voy. Tengo ganas de volver a casa, estoy cansada —explico sin más—. Y mañana madrugo para trabajar.

Ella hace el intento de detenerme, pero después retrae la mano y cambia de

opinión.

—Pero, Kira... espera —me ruega Bert yendo detrás de mí.

Yo lo escucharía y cedería en otra ocasión. Pero no en esa. Porque me siento muy humillada. Me ha hablado como si no valiera la pena, como si fuera una traidora.

—No pasa nada, Bert, de verdad —le digo deteniéndome antes de cruzar la cortina—. Tienes un *pub* increíble y tú eres fantástico. Pero no me apetece pasar más rato aquí, aguantando acusaciones ridículas que no merezco. Porque ella no tiene ni idea.

—No tienes que dar explicaciones.

—No, pero es que no te las doy —me defiendo—. Es la verdad. No tiene ni idea. Nadie sabe nada sobre mí.

Él me limpia una lagrimita de la comisura del ojo y me mira compasivo.

—No llores. Qué sensible eres... Aunque la veas así de dura, por dentro se siente mal. Queen es muy sincera, pero cuando se dé cuenta de que lo ha hecho mal, seguro que te pedirá perdón. Quédate.

No quiero perdón de nadie ni de nada. Simplemente, todo esto está mal y equivocado. Y estoy fuera de mi lugar y de mi hábitat.

—Ya me has avisado de la picadura de la abeja —recalco colocándome la chaqueta y subiéndome la cremallera—. Avisada estaba. Ahora voy a ponerme algún ungüento.

Queen está sentada en su banco y nos mira altiva. Se fuerza en serlo. Es una diva, no siente remordimientos por nada. Me extraña que se sienta mal, como dice Bert.

Él sonríe y sacude la cabeza lentamente.

—No me refería a este tipo de aguijonazo —me aclara—. No suele ser... es la primera vez que la veo así. Solo se pone así por cosas que le importan —se frota la nuca desconcertado.

—Da igual, no me importa como sea o haya sido antes. Me da igual. No sé ni por qué he accedido a esto —reconozco un tanto frustrada—. No es mi mundo ni tiene por qué serlo. No tengo por qué tener contacto con ella. Ni involucrarme. Solo soy la autora de una canción, una chica que mañana se levantará a las siete para ir a trabajar a su escuela y enseñar música a los críos. No soy amiga de divas ni de reinas del Pop y no sé por qué he creído que podría serlo.

—Mi amiga tiene ese efecto en los demás. Los demás suelen hacer lo que

ella quiere y ni siquiera tiene que esforzarse —me cuenta sonriendo como si yo le diera pena. Me acaricia el rostro y entonces cede finalmente—. Mira, hagamos una cosa, vete tranquila. Yo la devolveré sana y salva a su cueva.

—¿Seguro? Loli no sabe que está conmigo y que yo la llevo en moto. No sabe ni que hemos salido y eso que nos pide que le digamos, o sea, que ella le diga lo que hace y con quién está. Me sabe mal molestarte.

Es que encima me siento responsable. No tendría por qué, pero he accedido a hacerle ese favor de llevarla y traerla y ahora estoy rompiendo el trato. Pero no me importa, porque si piensa como piensa de mí, tampoco me asusta que pueda pensar peor.

—No me molestas —asegura pasándome la mano por el pelo—. Me caes bien, Kira. Tranquila, porque la devolveré a Barcelona. Te doy mi palabra. Ahora vete que yo la regañaré un poco.

—No quiero que la regañes ni que le des importancia a algo que no la tiene.

—Pero sí es importante. Queen no va acompañada a ningún sitio. Le gusta ir sola. Si te ha elegido a ti es por algún motivo.

—Sí, el de hacerme sentir bienvenida y a gusto, para después humillarme cuando menos me lo espero.

Bert lamenta oír eso, pero yo no me arrepiento de decirlo.

—No es así de retorcida.

—Que me da igual. Me voy. Adiós —me acerco a él, le doy dos besos y sin mirar ni una vez a Queen me largo de ahí.

De lo único que me arrepiento es de no tener los ojos más abiertos y de tomar malas decisiones. Por lo que a mí respecta, Queen solo canta una canción. Mi canción.

Punto y final.

Con esa idea, salgo del reservado y del *pub* «Pecadores». En Sitges sigue habiendo vida y movimiento en la calle más emblemática.

Y mi vida sigue también adelante.

Aunque me vuelva sola y muy decepcionada.

Miércoles

Me duele la cabeza.

Estoy en una de mis clases con los chicos de sexto. En nada saldré a desayunar y tengo a Ágata muy emocionada deseando que llegue la hora.

Lo de ayer me dejó bastante desencantada. Porque me ha hecho pensar en cosas.

Si Queen piensa eso de mí, también pensará lo mismo Loli, y no me gusta la sensación de sentirme juzgada por nadie, y menos por ellas, que están haciendo con mi canción lo que les dá la gana. Así que he decidido que Ágata se venga conmigo esta noche a la presentación del tema eurovisivo. Porque quiero a alguien amigo, y a Andrés, aunque esté por ahí cerca, no lo percibo todavía como una persona a quien quiera tener cerca. Aún me molesta todo mucho.

Al menos, en mis clases puedo centrarme en otra cosa que no sea el vuelco que mi vida está dando sin control. Me concentro en mis alumnos y escucho lo que me quieren decir. La música les gusta, pero no el tipo de música que enseñan en las escuelas. Así que procuro tenerlos motivados con otros temas. Me curro las partituras, las melodías y si tenemos que leerlas y que cantar, acompañados de algún instrumento básico como la flauta, el triángulo o la armónica, elijo las que le gustan y sean melódicas. Quiero que se lo pasen bien y que no sientan que mi asignatura es otro tostón más. Así que están cantando una versión de *Super Trouper* de los A Teens, una versión del tema original de Abba... y están con todo el *hype*. Me parto de la risa con ellos, porque lo viven mucho y todo lo que sea fiesta lo compran. Les pido que afinen y los separo por voces, pero ellos hacen lo que pueden. Aunque hay un chico, Rohal, que la verdad es que tiene muy buena voz. Es pelirrojo, con muchas pecas y es un fan empedernido de James Arthur. Si estudia música, y creo que lo va a hacer porque hemos hablado de ello muchas veces, puede hacer cosas muy buenas. Además, sabe tocar muchos instrumentos.

El timbre del recreo suena. Y tal y como lo oyen, dejan de cantar, cogen sus cosas y después de soltarme un «adiós, profe», desaparecen de la sala en estampida. Ya estoy acostumbrada. La asignatura de música no está mal, pero el recreo es el paraíso.

Me dirijo a la sala de profesores, donde están también nuestras taquillas. Abro la mía y cojo mi cartera del bolso. Y a la que me giro, ya tengo a Ágata abrazándome por la espalda y dando saltitos como una niña pequeña.

La directora, Marta Ezquerro, una mujer a la que le quedan siete años para jubilarse, sonrío y pone los ojos en blanco. Ágata y yo somos las más jóvenes

del profesorado y nos comportamos a veces como estudiantes. Pero a ella eso le da igual. Lo que quiere es que seamos responsables, rindamos y que alumnos y padres estén contentos con nosotras. Y en eso cumplimos.

Como seamos de puertas para afuera, ya es otro cantar.

—Gracias, gracias, gracias...

—*Chist* —le digo.

Nadie sabe que esta noche mi canción se desvirga ante toda España. Y no quiero que nadie lo sepa. Que sea una sorpresa y que se lo encuentren.

—Sí, me callo —me dice poniendo cara de niña buena—. Pero es que estoy tan emocionada... ¿Tú no?

Asiento, aunque aún me dura el jarro de agua fría de ayer noche.

—No tienes cara de estar contenta —me dice analizándome. Maldita Freud.

—Debe ser que hasta que no estemos en los estudios no me lo creeré.

—Pues tienes que creértelo ya, eh, despierta —chasquea los dedos en mi cara.

—Salgamos a tomar un café que no quiero que nadie nos oiga.

Ágata sonrío, enlaza su brazo con el mío y me dice:

—Contigo al fin del mundo.

Vamos a nuestra cafetería de siempre, y allí, Ágata empieza a acribillarme a preguntas. Que qué vestido voy a llevar, si voy a llevar vestido o no, qué zapatos me voy a poner, ¿y mi pelo? ¿Qué me haré en el pelo?

Son tantas preguntas en las que no he pensado, que me doy cuenta de que no tengo nada preparado. Pero puedo salir del apuro.

Me pondré alguno de los vestidos de boda que tengo, y me maquillaré bien y...

Entonces me suena el teléfono. Es Loli.

Se lo cojo al momento.

—¿Sí?

—Hola, guapa.

—Hola, Loli.

—¿Estás preparada?

Miro a Ágata y contesto:

—Más o menos.

—¿Dónde estás ahora?

—En el trabajo.

—Vale, bueno, al grano. ¿Va a acompañarte alguien esta noche?

—Sí. Una amiga —vuelvo a mirar a Ágata.

—Bien, pásame su nombre y su DNI. Lo necesitamos para el control de entrada.

—De acuerdo, te lo paso ahora por whatsapp.

—Qué más... —se dice a sí misma—. Sí... a las siete te pasaremos a recoger a ti y a tu acompañante en tu casa. ¿Te parece bien?

—¿Quiénes?

—Enviaremos un Cabify de alta gama. Dime cómo quieres que sean.

—¿El qué? ¿Los coches?

—No. Los chóferes.

—¿En qué sentido?

—Que os hablen, que no os hablen, que pongan música, que os abran a la puerta, que os traten de señorita, que tengan alguna bebida preparada para vosotras...

—No sé, Loli —resoplo cada vez más agobiada.

—Bueno, eso déjame a mí. Y por último... ¿Necesitas algo de última hora? ¿Peluquero? ¿Maquillador? ¿Ropa? ¿Vestido? Hoy te va a ver medio país. Tienes que estar espectacular y lucirte, que tú puedes.

Frunzo el ceño. Sé que todo este trato hacia mí está en las cláusulas que Andrés hizo firmar por la venta de los derechos de la canción. Pero yo no he pensado en esos detalles.

Estoy tentada de decir que sí, pero la verdad es que tengo el orgullo un poco dañado por culpa de Queen y quiero demostrar que no les necesito. Que sus «privilegios» me son indiferentes y que no los quiero para nada.

Voy a seguir siendo yo.

—No, gracias. Ya lo tengo todo preparado. Tú envía al chófer y que nos lleve donde tú digas.

—Muy bien, guapa. ¿Estás agradecida y emocionada como Lina Morgan? ¿O tus sensaciones son más de vomitar?

Me lo pregunta con interés y como si realmente le importara, y eso hace que me sienta un poco mejor.

—Por ahora estoy bien —medio sonrío—. Solo tengo nervios. Pero son buenos.

—Perfecto. Esta noche va a ser maravillosa, Kira. Tú no te preocupes por nada que nos encargaremos de ti, ¿vale? Queen está más nerviosa que tú,

mucho más. Tiene muchas ganas de cantar tu tema.

Yo asiento en silencio.

—¿Has hablado con ella hoy?

—Sí, hace un rato. Está con sus infusiones de miel para suavizar la garganta, en El Refugio. Ha sido todo un acierto ese sitio. Muchas gracias.

—No hay de qué —contesto sin estar muy convencida. Al menos, sé que está bien y que Bert la trajo de vuelta a su hostel.

—Bueno, te dejo que tengo mucho que coordinar todavía. Un besazo y nos vemos en plató.

—Vale. Adiós, un beso.

Cuando cuelgo, Ágata está con tantas expectativas que en lo primero que pienso es en su vestido y en que no vaya demasiado extremada.

—Dime que tienes un vestido que no enseñe medio culo, por favor.

—La duda ofende —se lleva la mano al pecho.

—Nena, no hablo de los que te pones para salir en verano.

—Tengo uno precioso con volantes, de cuando tenía seis años que...

Yo le tiro la servilleta a la cara.

—Estoy hablando en serio.

Ágata se ríe y me agarra de la mano con fuerza.

—Kira, haz el favor de respirar y tranquilizarte porque estás mutando a pitufa. Te diré lo que va a pasar: vamos a aparecer en el *photocall* a lo Kardashian y vamos a salir en todas las revistas porque vamos a estar tremendas —hace un movimiento con la mano muy del Bronx y de las series norteamericanas.

—Eh... no —digo muerta de vergüenza—. Va a ser rápido todo y discreto, ¿vale?

Ella se zampa el último bocado de bocadillo que le queda, y mientras traga, suelta:

—Cómo me gusta ponerte nerviosa.

He acordado con Ágata que se venga a casa a las 17h. Yo acabo de salir de la peluquería y queda media hora para que ella llegue.

Cada vez me siento más inestable. Como un flan, vamos.

La hora se acerca, y mi canción va a ser una sorpresa para todos mis conocidos que, sin saberlo, van a ver el programa esta noche.

Mañana será otro día y espero que mi vida no cambie en exceso, porque me gusta cómo es y cómo está.

Esta noche veré a Andrés. Me ha escrito todo tipo de mensajes diciéndome: «que no esté nerviosa», «que todo va a salir bien», «que mi talento por fin va a ser reconocido»... Ya ves, como si alguna vez hubiese querido que nadie me reconociera nada. No lo necesito. Si soy buena o no, solo lo sé yo. Y no todos tenemos los mismos objetivos de vida, por mucho que él crea lo contrario.

Cuando entro en casa, y dejo el casco, la mochila, el bolso y la chaqueta en el colgador suena el interfono de abajo. Extrañada, me doy la vuelta para atender quién es. Y me encuentro con un mensajero que dice que tiene algo para mí.

Yo estoy esperando unas púas que compré por Amazon, así que supongo que será eso.

Espero en la puerta pacientemente, y la abro antes de que el chico dé al timbre.

—Hola, ¿Kira Soler?

—Sí.

Me entrega una caja grande, que no pesa demasiado.

—¿Qué es esto? Yo no he pedido nada...

—No lo sé. Yo solo soy el mensajero. Firme aquí —me pide.

Me entrega el boli y yo firmo para quedarme con la caja.

Cuando se va, cierro la puerta, y llevo la caja al salón. La dejo encima de la mesa y me arrodillo sobre la alfombra para abrirla como si fuera una cría pequeña.

En el interior de la caja hay otra un poco más pequeña. Y pone Gucci.

Yo no entiendo nada. Se me acelera el corazón, no porque sea de Gucci sino porque no sé quién se ha atrevido a comprarme nada así. Ha debido haber un error.

Cuando abro la tapa de la exquisita caja, me encuentro un vestido negro, de punto elástico con el típico adorno tribanda del diseñador y el lazo que pende del cuello; además, las mangas están fruncidas ligeramente igual que el adorno del pecho, y tiene una cremallera integral delantera de arriba abajo. Es muy bonito. Muy chic. Ideal para no ir extremadamente emperifollada pero sí para destacar con sencillez. Y me gusta. Me gusta mucho, aunque no sé ni lo que cuesta ni quién lo ha podido comprar para mí. Además, casa con unos zapatos

que tengo de tacón fino descubiertos que rodean el tobillo con una tira negra de piel. Son los típicos de arreglar que me pongo solo en eventos especiales.

Rebusco en la caja, y al retirar los envoltorios de seda me doy cuenta de que hay algo más por ahí escondido. Parece un sobre. Y sí, es un sobre con una cartita de cartón marrón claro. En él hay un mensaje impreso:

«No conozco a nadie con más estilo para que le quede bien este vestido. No te enfades conmigo, por favor. Y pónitelo esta noche. Vas a estar guapísima».

Sé que es de Andrés. Su familia tiene mucho dinero, y él recibe un sueldo sobrevalorado por trabajar con su padre. Solo él puede hacer estas locuras. No es la primera vez que me regala cosas así de caras. Y sé que no lo está haciendo con maldad ni para comprarme. En realidad, Andrés tiene buen gusto y nunca le importó hacerme estos detalles, aunque muchos no fueran conmigo. A él le encantan las marcas y a mí, no tanto. Pero tengo que reconocer que el vestido me fascina.

Sigo muy enfadada, no se me va a pasar por esto. Y él sabe perfectamente que no se me puede comprar. Pero, por otro lado, pienso que, si hay un dinero que quiero que se gaste en mí por primera vez, es el que ha sacado con la venta traicionera de mi canción. A esto no le voy a decir que no.

Esta noche quiero ir bien de verdad y al menos, no desentonar con Loli, que va a ser la que va a estar conmigo en todo momento. Con Queen ya sé que no puedo ni compararme.

Cojo el vestido y me voy a mi habitación, dispuesta a acabar de organizarme. Ágata estará al llegar y sé cómo son nuestros preeventos. Hay que tomárselo con calma.

Miro el móvil por última vez. ¿Debo escribir a Andrés y decirle que acepto el vestido? No. Mejor que no. Si nos encontramos, ya me verá en plató.

Queen no me ha escrito nada desde ayer noche. ¿Qué esperaba?

La abeja reina no cede y no pide disculpas nunca.

Lección aprendida.

Capítulo 8

Estudios de Cadena Uno *Matadepera*

Pensar que voy a estar en el escenario que tantas veces vi por televisión, me llena de emoción. Siempre tuve curiosidad por ir a una de las galas del *Talent Show* musical, pero la lista de espera era larguísima y aunque Andrés tenía muchas posibilidades de conseguir entradas, al final, siempre teníamos algo mejor que hacer, porque el concurso acababa muy tarde y no nos apetecía estar tantas horas ahí metidos.

Pero siempre se me quedó la espinita por no haber ido.

Ahora voy en calidad de otra persona distinta. No soy ni simpatizante ni fan. Soy la autora del tema Eurovisivo.

El canal está volcado con la competición europea y es un evento muy señalado. Te guste Eurovisión o no, sabes que es algo de lo que todos hablan al menos durante el tiempo que duran las promociones, hasta que llega el día señalado.

Quedan menos de cuatro semanas. Este año, todo se hizo distinto. No hubo gala de selección de canciones ni tampoco se eligió al representante por el programa. El canal pactó con algunas discográficas para que les propusieran un cantante dispuesto a jugársela y un temazo ganador.

Neón Music salió vencedor. Tenían a Queen, y con ella no podían perder.

Ha sido toda una sorpresa que la Reina accediera a participar y a cargar con tremendo papelón. Aunque a ella se la vea ilusionada y segura de sus posibilidades. Pero en este concurso europeo todo puede suceder. Las votaciones son las que son entre países y ya sabemos que el *Spain 1 point*, se puede oír más de una vez. Y con todo y con eso ha accedido. Es valiente. Eso nadie se lo puede negar.

—¿Tú sabes lo que cuesta el vestido que llevas? —me pregunta Ágata sentada a mi lado.

Todo bien con Cabify. Vino un señor trajeado y muy fuerte. Nos abrió la puerta del coche y nos llamó señoritas. Nos ofreció un Vichy con sabor a fresa y nos puso música de la Reina Abeja, así, nada más empezar, para entrar en situación. Por mucho que yo no le caiga bien o que ella sea insolente, no dejará de gustarme cómo canta. Hay cosas que solo responden a la emoción y a mí ella me emociona al cantar. Es como el chocolate con leche con todos sus sabores y condimentos. Todos sabemos que es malo y que engorda, pero nos lo seguimos comiendo porque el placer es exquisito.

—No, negra. No lo sé.

—¿Quieres que te lo diga? —está mirando la pantalla de su teléfono. Creo que ya lo ha encontrado.

—No, gracias.

Ella resopla y me mira de arriba abajo.

—Vas monísima. Tu maquillaje, tu cola alta, incluso las pulseritas estas finas que llevas —coge entre sus dedos una de ellas—. Estás preciosa, Kira, de verdad. Andrés debería darse cabezazos contra la pared.

—Tú también vas muy guapa —reconozco. Lleva un sencillo vestido negro holgado de media manga y por encima de las rodillas. Se ha recogido el pelo en un moño precioso y se le ven sus hermosos rasgos a la perfección. Ágata tiene un cutis delicado y sin imperfecciones. Y es alta, y con sus zapatos de tacón, aún más. Es la diosa mestiza, como ella se hace llamar en broma.

—Creo que voy muy tapada —se mira el imperceptible escote.

—Vas perfecta para la ocasión. No quiero que los cámaras se vuelvan muy locos. Nosotras estaremos sentadas donde todo el equipo de Neón Music. Nos enfocarán de vez en cuando. Y tú te vuelves inestable con una cámara de por medio.

—Odio que me conozcas tan bien.

Me río, porque es una verdad como una casa.

—¿Podrás presentarme a Queen? —pregunta con los ojos brillantes de emoción.

Dibujo una línea con mis labios. No sé cómo va a estar la diva hoy. No quiero ir detrás de ella para que me haga ningún favor. Pero Ágata quiere una foto con ella. Y yo quiero complacerla, porque es mi mejor amiga.

—Sí. Esperemos que tenga un hueco...

—Qué ilusión —junta sus manos y aplaude sin despegar las palmas.

Está tan feliz que no le podría negar nada en este momento.

—No sé si te lo he dicho, pero estoy muy orgullosa de ti, Kira. Eres la mejor —me abraza y yo me dejo, porque lo necesito y me reconforta—. Y quiero que sepas —me dice al oído— que voy a ser una borde con Andrés. No quiero que te coja por sorpresa.

—Sé arisca, pero no borde. Ya sabes cómo es él... Seguro que también está nervioso.

—No pienses en él ahora, eh —me regaña—. Céntrate en ti, en lo que sientes, en disfrutar de tu gran noche y de ver a la Reina cantando sobre el escenario, volviéndonos a todos bisexuales perdidos.

—Habla por ti —le digo entre risas.

—¿Tú crees que yo podría gustarle?

—Seguro que sí —asiento sin haber pensado en ello demasiado—. Tú gustas a todo el mundo.

—¡Vamos! —aprieta el puño a lo Rafa Nadal.

A mí me da la risa, porque cada vez estoy más histérica. Es obvio. Y cuando estoy muy nerviosa me da por reírme y por gritar mucho al hablar.

Así, de buen humor, entramos en los estudios de Matadepera. El chófer le muestra un pase con el móvil al de seguridad, y de repente, nos lleva por otro lugar distinto al del resto de la gente que se repliega en el exterior. Hay periodistas por todas partes, alfombra roja para los artistas invitados a cantar en esa gala especial, cantantes de otras Eurovisiones... me quedo un tanto impresionada. Desde el coche, vemos el *photocall* al fondo.

—Es aquí, señoritas —dice el señor.

Ágata me agarra la mano con fuerza y yo trago saliva.

Y en ese momento, viene Loli vestida con un traje pantalón chaqueta negro, unas gafas de aviador de cristal transparente, el pelo rubio suelto, unos botines negros y una libreta en la mano.

—Eh, ¿esa no es la de *Sin tetas no hay Paraíso*? —suelta Ágata.

—¿Qué dices, tarada? Es Dolores.

—Bah, se parece mucho. ¿Seguro que no es? —dice alucinada.

—Que no.

El chófer nos abre la puerta, nos ayuda a salir y Loli viene y me recibe con una sonrisa y un abrazo cálido y cariñoso.

—Madre mía, qué guapa estás —me felicita.

—Gracias. Y tú estás muy... jefa.

—Claro. Todos tiene que saber quién manda —me guiña un ojo—. ¿Tú eres Ágata?

Mi amiga asiente y contesta:

—¿Y tú eres Cata? Oh, Cata... —pone voz del Duque.

No sé por qué motivo pero nos parece ridículamente cómica y nos pegamos unas carcajadas ahí en medio que llaman la atención de todos.

Yo creo que me río de los nervios y de pensar que haya sido capaz de soltarle algo así a la encargada de los éxitos de Neón Music. Pero a Loli le cae en gracia, se lo noto.

—¡No es la primera vez que me lo dicen! —exclama sorprendida—. Venga, que os acompaño.

Mientras nos dirigimos al *photocall*, Loli nos cuenta lo que vamos a hacer y lo que va a pasar.

—Lo primero es la foto de rigor. Me preguntarán quién eres. Y yo responderé que eres la autora del tema. Tendréis que pasar la pasarela roja y allí, a lo mejor, te hacen alguna pregunta que tú, como eres educadísima y muy simpática, contestarás sin problema. La gente de prensa que hay son de las revistas digitales en papel, de programas rosas y amarillos, blogs, de las radios y de las televisiones. O sea, de todos los sectores —se ríe nerviosa.

Ágata y yo continuamos detrás de ella, hasta que se detiene en el lateral del *photocall*.

—Esta gala es atípica. Como el público no ha tenido que interceder en su elección y como se hace una presentación oficial por todo lo alto, está repleto de fans de Queen que se quedarán en el foso, y de personalidades mediáticas en las butacas que quieren asistir al estreno. Es como una *premiere*.

No hay duda de ello. Hay tantos flashes, tanta gente guapa, tanto famoso... Roberto Leal, que presentará la gala, acaba de irse del *photocall*, y ahora entran los Javis con Aida Doménech y Alba Paul.

—Vais detrás de ellos —me explica—. Cuando crucéis la pasarela, una vez en el interior del edificio, estaréis en manos de Esteban. Él os llevará a la sala del *Meet and Great*. Podréis comer lo que queráis. Allí ya está Andrés, relacionándose —comenta mirándome de reojo—. Hay un pica pica para todos los VIP. Después yo pasaré a recogeros y nos iremos a nuestra grada, ¿de acuerdo?

—Sí —decimos Ágata y yo a la vez.

—Pues venga, que os toca —Loli me da una palmadita en el culo.

Yo me quedo bloqueada. De repente tengo miedo. Ágata, en cambio, se recoloca los pechos detrás del vestido.

—Kira, pasa —me repite Loli.

—Kira, muévete —me dice Ágata.

—Ayuda —digo entre dientes.

Dicho y hecho. Loli nos da un empujón y Ágata y yo irrumpimos en el photocall de golpe. La cola alta de mi cabeza se va hacia adelante y me da un latigazo en toda la cara. Me empieza a llover el ojo, pero yo aguanto estoica. Ágata y yo nos cogemos, y veo que mi amiga empieza a posar. A posar de verdad, como si tuviera una pistola en las manos, o como si fuera una profesional. Y yo me quedo quieta, con la pose de maceta, sonriente y mirando al frente.

Debemos estar haciendo el ridículo. Pero entonces escucho como Loli dice: «es Kira Soler, la autora del tema». ¿Y qué es lo que pasa? Que todo Dios dirige los focos a Ágata, porque claro, ella es la que parece profesional y yo la que acaba de llegar de la Comarca.

Loli incide de nuevo y suelta:

—La blanquita —así, por lo bajini.

¡Yzas!

Todos los focos hacia mí. Hacia las dos.

No sé cuántas fotos nos están echando. ¿Cien? ¿Doscientas?

—¡Aquí, Kira!

—¡Aquí!

—Mira aquí.

—¡Al frente!

—¡A tu derecha!

Salgo del photocall viendo menos que Pepe Leches. Y doy gracias de que Ágata me lleve de la mano por la pasarela. Ahí me detiene un periodista. Ágata se aparta y se coloca detrás de mí, como si fuera mi guardaespaldas. Lo primero que escucho es:

—Hola, Kira.

—Hola —veo un manchurrón negro por culpa de los flashes. Es muy incómodo. Ágata me coge de los hombros y me dirige en la dirección correcta. Como no veo no sé a quién estoy hablando. Al parecer no miraba a nadie.

—¿Qué sientes al saber que tu tema ha sido elegido para Eurovisión?

—Pues muy feliz y orgullosa, la verdad.

—¿Y qué te parece que una artista como Queen la cante?

—¿Que qué me parece? —repito frunciendo los ojos para enfocar mejor

—. Es maravilloso. Creo que Queen está hecha para comerle el corazón a cualquiera.

El periodista se sonríe y sé que se ha tomado el comentario por dónde no es. Mierda, soy una novata en esto.

De repente me encuentro otra alcachofa en la boca, en forma de corazón. Uy, malo.

—Kira, ¿has podido conocer a Queen estos días desde que eligieron tu canción?

—Eh, no... bueno, sí —el foco de su cámara me vuelve a cegar y pongo la mano para protegerme. Creo que voy a salir en todas las fotos con la mirada de Melania Trump.

—¿Sí?

—No. Solo profesionalmente.

—¿Ha ido a algún ensayo Barbi?

—Sí, con su novio Ken —contesto sonriente.

Está claro que no estoy hecha para esto. Oigo ese nombre y me viene la muñeca de Mattel a la cabeza. Está claro que se refiere a la ex de Queen, pero no sé por qué mi cerebro va tan rápido y mi boca suelta lo primero que se me cruza por la mente. Es un despropósito.

La chica también se ríe.

—¿Pero ha ido o no?

—Eh, no lo sé. Pregúntaselo a ella.

—¿Se encuentra bien Queen? No hace mucho que ellas dos rompieron...

—No conozco a Queen lo suficiente como para tener información de ese tipo.

—¿Qué tipo de relación tenéis tú y ella?

—Yo solo soy la autora de la canción que ella se va a comer...

—¿Eh?

—No, quiero decir —me corrijo— que va a cantar. Solo soy eso. Nada más.

Ágata me aparta de ahí, y se lo agradezco, la verdad. Miro hacia atrás para ver si encuentro a la chica que me ha hecho esas preguntas y ver de qué medio viene. Pero sigo un poco deslumbrada y no veo bien.

Hay otro periodista que nos detiene. Ya veo mejor, y a este sí lo reconozco. Es alguien bastante popular.

—Hola, Kira, guapa —me coge del brazo y me pone el micro en la barbilla. Seguro que le añadirán el sonido de un puñetazo cuando salga por la tele.

—Hola, Torito.

—Qué mona... Escucha, has hecho una canción que todo el mundo, sin escucharla, cree que va a ganar Eurovisión. ¿Cómo se hace eso? ¿Tan mágica es?

Yo arqueo las cejas con sorpresa. E intento ser lo más humilde y honesta que puedo, total, ¿para qué voy a mentir si es lo que pienso de verdad?

—Mi canción no es mágica. Pero Queen sí lo es. Creo que cualquier cosa en su boca puede ser una maravilla.

—Claro —dice Torito divertido— porque Queen tiene una boca...

—Te estás cubriendo de gloria —me susurra Ágata.

Yo abro los ojos de par en par y niego con la cabeza.

—Me refiero a que su voz es única y espectacular. Cosa que toca, cosa que es un éxito, ¿verdad? Yo solo sé que la han potenciado y que suena a algo muy... potente. Muy... ganador.

—¿Tú también crees que este año sí?

—¿Que este año sí qué?

—Que este año ganamos, mujer.

—No sé si vamos a ganar. Pero ella va a ir con todo.

—Como los toros. Como yo —bromea.

—Sin ofender, pero tú eres Torito. Ella es el miura.

Él se ríe y me desea suerte esta noche mientras me libera. Y de repente me doy cuenta de que la pasarela se ha acabado y de que estamos dentro del edificio en la sala VIP.

Sé que hay mucha gente, y entiendo que la mayoría son personalidades del mundo de la música, de los medios y de las redes. Pero no me da tiempo a hacer ningún barrido.

—Madre mía, Kira —murmura Ágata descojonada—. ¿Pero tú te has oído? ¿Y querías pasar desapercibida?

Me presiono la frente.

—Lo he hecho fatal, ¿a que sí? Es que me pongo muy nerviosa —protesto gimoteando—. Y la cola me está tensando la cabeza, no me deja pensar con

claridad. Vámonos de aquí —le pido histérica.

—Que no, tonta. Que has estado muy divertida. Yo creo que has dado algún que otro titular.

—Es una tragedia.

—No lo es.

Esteban se nos acerca por fin, y nos cubre bajo su ala.

—Qué lindas estáis —nos dice el moreno—. Venid, que os llevo con gente que conocéis.

Miro a Ágata de reojo. Ya está babeando, como era de esperar. Que Esteban está muy bueno. Es que es así. Pelo negro, con ojos oscuros, cejas espesas y barba de unos días, y ese esmoquin...

—Pero ¿este quién es? —me dice al oído.

—Es nadie —contesto cortándola *ipso facto*—. Ni lo mires —le ordeno.

—Aguafiestas —me reprocha.

Nunca me han impresionado los famosos. No soy de pedir autógrafos ni nada de eso. Pero reconozco que el ambiente invita a coger a uno por uno y hacerse algún que otro selfi. La noche está envuelta en algo especial, como si fuera un día histórico que nadie quiere perderse.

Y llega el momento más incómodo.

Esteban nos lleva a una mesita alta llena de canapés, bebidas y picapicas... Y en ella está Andrés hablando animadamente con alguien. ¿Sabéis qué? Andrés va acompañado de una chica. No una chica cualquiera. Es una cantante de una *bandgirl*.

Me lo quedo mirando y él me mira fijamente, como si se estuviera poniendo nervioso y se sintiera mal por todo lo que yo estoy viendo en este momento. Conozco sus expresiones. Y esa es de lamento y de haberlo pillado con las manos en la masa.

Está muy guapo. Los trajes siempre le han quedado de maravilla. Tiene el pelo repeinado hacia atrás, y su cara adonísia es de foto.

Y entonces empiezo a agobiarme. ¿Desde cuándo Andrés conoce a Melanie para que vaya acompañado de ella? ¿Cómo se atreve a restregármela? ¡Llevo su puto vestido!

Y ella lleva uno de pedrería espectacular.

Qué perra ella por estar tan pibón.

Qué cerdo es él por todo.

—No me jodas —murmura Ágata con la mirada fija en Andrés. Una mirada

asesina y oscura—. ¿Qué coño hace con esa?

Esteban se gira de golpe y nos sonrío con afabilidad.

—Chicas, vamos a calmarnos un poquito —susurra disimuladamente—. Andrés viene acompañado —me aclara—. Yo les presenté hace un mes en Neón Music, Kira, e hicieron buenas migas.

—Mamadas —contesta Ágata—. Se dice buenas mamadas.

Esteban flipa con el comentario, pero parece más entretenido de lo que quiere aparentar. Yo, sencillamente, no oigo nada. Es que empiezo a atar cabos y todo me da mucho asco, y mucha rabia.

—No tiene por qué significar que estén juntos —Estif intenta que me sienta mejor—. Ya sé que estáis peleados y que...

—¿Hace un mes?

—Sí.

Me fijo en ella. En su pelo súper rubio y sus pechotes. Mi cuerpo es más bien normalito. Tengo la misma forma que ella, pero no soy tan voluptuosa. Sabía que a Andrés le gustaban las mujeres con más formas y tal... Miro su muñeca. Y lo veo a la primera. Ahí está. Es que este tío es tan imbécil de regalarle la misma pulsera que a mí cuando empezamos a salir.

Y vuelvo a estar en el Polo Norte. Pero esta vez más consciente que nunca. Y me convierto en una especie de vidente. Lo veo y lo comprendo todo.

—Andrés se ha hecho su representante, ¿verdad?

Esteban pone cara de incomodidad.

—Sí.

Asiento mientras dejo que las llamas de la indignación me barran internamente.

—La *Girland* de Melanie está en vuestro sello.

—Así es —dice él dándome la razón en todo. Como si supiera lo que estoy pensando y no pudiera rebatirme.

Sumo dos más dos. Él conoció a Melanie cuando fue a vender mi canción. Seguramente, durante las negociaciones a las que tuvo que asistir en la discográfica. Se conocen desde entonces y está claro que tienen relaciones. Esa pulsera significa «para siempre». Y entiendo que me dejó por ella. Ese olor a perfume floral que lo acompañaba las últimas semanas no era por culpa de la dependienta de la perfumería que lo rociaba cuando pasaba por delante.

¿Qué relación he vivido yo? ¿Con quién he estado? Y que sea capaz de regalarme el vestido que llevo puesto y se atreva a decirme que me quiere...

¡Cómo no va a perderme con lo mal que ha hecho las cosas!

Lo que más me repatea es que, en cierto modo, yo lo llevé hasta ella. Mi canción tuvo la culpa de que se conocieran.

Creo que voy a echar llamaradas por la boca.

Andrés no ha tardado en tener nueva chica, y establecer relaciones laborales. Él siempre mirando por su futuro. Por él. Chico listo...

—¿Puedes ponernos en otra mesa, Estif? O Esteban, no sé cómo llamarte —le digo.

—Como te dé la gana. ¿Tan mal os lleváis? —me pregunta.

—No estoy peleada con Andrés. Acabo de descubrir que, muy probablemente, mi ex, que se ha autoproclamado mi agente sin mi permiso, me puso los cuernos con una cantante muy popular que conoció en tu discográfica cuando yo vivía en la inopia y ni sabía que estaba negociando con una canción que nunca le entregué. ¿Entiendes?

Es como un latigazo para él. Frunce el ceño y me mira con preocupación.

—Así que es eso lo que pasó... Por eso nunca venías con él a las reuniones. Siempre nos decía que no podías. O que estabas mala.

No pienso protegerle más. Es un pillo. Un caradura. No hay más.

—Mentira todo. Si me quieres poner a su lado, atente a las consecuencias —le digo mirándolo con severidad.

—Es experta en sacar ojos con los palillos de las olivas —comenta Ágata simulándolo con su dedo hecho gancho.

—Está bien —Estif nos rodea y nos lleva a otra mesa—. Os colocaré con los de Queen.

—¿Quiénes de Queen? —pregunta Ágata emocionada.

Camino como un zombie ahora mismo. No echo ni un vistazo hacia atrás y lo peor es que sé que Andrés me lo agradece, porque no quiere que le ponga en un aprieto con Melanie. Si supiera que no lo hago por él y que si fuera por mí le daría una patada mortal a dos piernas... Pero tengo que pensar en mí. En sobrevivir a eso.

Lo que más pena me da es que, a cada puñalada que recibo, después me costará más rescatar emociones de amistad hacia él. De amor es imposible, porque lo ha apagado a soplidos. Pero está enterrando la posibilidad de que seamos amigos. Y es muy triste no hablar con una persona que has querido tanto durante tantos años. Que ha vivido contigo. Con la que planeabas un futuro.

Todo eso se ha ido a la mierda, y me siento como una muñeca rota.

Estif nos lleva ante Bert. Me alegro al verle, y él a mí también. Es perfecto.

Ágata está a punto de sufrir un colapso.

—Hola, *bombonsito* —Bert me saluda abrazándome y dándome un besazo en la mejilla. Acto seguido me levanta la barbilla y me mira con sus ojos claros—. ¿Qué te pasa?

Estif le da una palmada en la espalda y le dice:

—Las dejo a tu cargo. Permaneced juntos hasta que venga Loli, ¿ok? —lo señala.

—A la orden —contesta Bert.

Estif se va y nos quedamos con Bert. Él no deja de mirarme. Parece ansioso por saber qué pasa.

—¿Kira? ¿Estás bien?

—No, no lo está —contesta Ágata en mi nombre. Y se lo agradezco, porque no puedo articular palabra.

—Soy, Bert —se presenta como el encantador de serpientes que es.

Mi amiga se medio sonríe y acepta que él le coja la mano y le bese el dorso.

—Ágata.

—Encantado.

—Igualmente.

Si estuviera en el presente, siendo consciente de mí misma, podría advertir la buena pareja que hacen los dos. Mulatos y de ojos claros. Son escandalosamente exóticos.

Y tal vez, también prestaría más atención al hecho de que Ágata le estaba contando la verdad sobre Andrés y sobre mí al mejor amigo de Queen.

Pero estoy en un hoyo. En un agujero negro de fustigación y castigo hacia mí misma.

Me había enamorado de un lobo con piel de cordero. Había creído en él cinco años de mi vida.

Y creer en un traidor no es culpa del traidor, sino de la crédula.

Hace una semana recibí el primer bocado del lobo.

Hoy he recibido la estocada final.

Necesitaba un momento para asumirlo todo. Pero me prometo a mí misma que, pese a la decepción, voy a aguantar el tipo.

Porque esta noche es mi noche. Y la de Queen.
No la suya.

Capítulo 9

Bert, seguramente, ya sabe toda la verdad. Conoce todos los datos sobre la venta de mi canción porque Ágata lo ha vomitado todo presa de la frustración y de la animadversión que le inspira Andrés.

Desde entonces, el amigo de Queen está pendiente de mí constantemente, al igual que Ágata, que ha dejado de lado a todos los famosos para cuidarme.

Yo no miro a Andrés y a su nueva novia. Solo pienso en lo hipócrita que es. Me viene a ver a la cafetería para decirme que quiere que seamos amigos, y que me ponga guapa en el evento. Me regala el vestido que me regala, y va y se presenta con Melanie.

¿Cómo me tengo que tomar esto? En realidad, le quiero, porque son muchos años queriéndole como para dejar de hacerlo en una semana. Pero no es amor. Me duele porque me siento traicionada, no porque me esté destrozando emocionalmente.

Si soy sincera, estoy más fuerte de lo que nunca pensé que estaría en una situación así. Porque tengo una gran ilusión: que es sentirme orgullosa de lo que voy a oír y a ver esta noche. El tema es mío y de mi tía, y eso no me lo va a quitar nadie.

Y entonces aparece Loli. Ella es como el ojo que todo lo ve. Lo primero que hace es ubicar a Andrés y a Melanie. Sonríe taimadamente a la chica, y a él le hace un gesto desinteresado con la barbilla.

—¿Qué cariño? —me mira y me pasa un brazo por los hombros—. ¿Cómo vas? ¿Bien? —vuelve a mirar a Andrés de reojo.

—Estoy en ello —bebo un poco de refresco y me llevo un par de aceitunas a la boca. No tengo hambre.

Sé que Loli es una superviviente. Una guerrera que está en medio de una batalla sentimental y visceral con Esteban. Y me lee perfectamente. Sus ojos azules me entienden a través de los cristales de sus gafas. Ella nunca supo la verdad sobre mi ex y yo, aunque ahora la sospecha. Así que me temo que Estif le ha contado lo poco que sabe.

—Tienes que disfrutar —me pide—. No sé qué pasó entre vosotros pero lo que sé me es suficiente como para ponerme de tu lado. No estuvo bien lo que hizo, pero yo se lo agradezco —reconoce con una disculpa—. Ahora bien, esto es tan tuyo como de Queen y de todo el equipo. Así que hazte a la idea de que nada puede empañarte este momento.

—Sí —lo asumo.

Lo peor de todo es que no quiero que nadie le odie. No quiero que odien a Andrés. Porque yo no le odio. Sencillamente, es tonto, egoísta y torpe. Pero no es mala persona.

La sala está llena de lámparas de techo en forma de bola de porcelana blanca. Los manteles de las mesas son blancos. Parece la antesala de una boda. Hay un *photocall* con una imagen de Queen cantando a pleno pulmón en un concierto, con el pelo alborotado por un ventilador. Parece una amazona, su maquillaje ahumado la hace poderosa. Y hay una frase en la parte baja del mural que dice: «Esta es nuestra *Eurobeesion*. Somos *beelievers*».

Hay una barra donde sirven todo tipo de copas. Veo a Noemí Galera y a Manu conversando animadamente con Amaia y Aitana. El evento se celebra en el mismo plató donde se hacía el concurso, así que debe despertar sentimientos melancólicos en ellos.

—Pues, venga, chicos —nos anima Loli—. Vamos a plató, que nos tenemos que colocar en nuestra grada y el tiempo empieza a escasear.

Me zampo un par de canapés con toda la dignidad del mundo posible y lo hago bajar por la garganta con la bebida. Creo que la ansiedad me está empezando a dar hambre.

Ágata entrelaza un brazo con el mío, y Bert nos secunda mientras seguimos a Loli. Y me susurra al oído.

—Va a ser maravilloso, Kira —me asegura.

Yo lo miro por encima del hombro. Sus ojos de un color verde tan claro que parece irreal están sonriéndome.

—Lo sé —le contesto cada vez más nerviosa.

Tengo la determinación de pasármelo bien y de recordar cada detalle de esta noche. Así que alzo la barbilla, me río de la nueva ocurrencia de Ágata, y nos internamos por un pasillo que está ubicado justo debajo de las gradas y que nos llevará a la zona reservada para nosotros.

El plató parece más grande desde la televisión.

Hace dos horas que un animador está colocando a la gente de las gradas y pidiendo colaboración a los fans del foso, que van locos echando fotos a todos los famosos que van entrando en escena.

Nosotros estamos justo en la grada lateral que siempre solía enfocar la cámara del programa. La ubicada entre el jurado y los bancos de los concursantes. Todas las butacas están ocupadas por el equipo de Neón Music. Somos muchísimos.

Andrés y Melanie están sentados justo detrás de mí. Tócatelos.

Pero me da igual, porque veo a Ágata súper feliz, echándose selfis continuos con un Bert que no deja de bromear con ella y seguirle el rollo. Mi amiga causa ese efecto muchas veces. Te hace sentir como un colega de toda la vida, aunque sea la primera vez que te ve. Es un poco como Bert, así que entiendo que se van a llevar muy bien.

Yo empiezo a tener frío. No me he traído ninguna chaquetilla. Pero Bert se levanta sin yo haberle dicho nada, se saca su americana Gucci como mi vestido —parece que vamos conjuntados— y me la coloca por encima de los hombros.

—En plató hace frío hasta que salen los artistas invitados y los del foso empiezan a aplaudir y a gritar y a elevar la temperatura.

—Gracias —le contesto.

Hay tantas luces de un lado y del otro que me es imposible ver a quién tenemos alrededor.

Solo sé que Loli está sentada en la primera fila junto a Esteban, delante de nosotros, y que ni se miran. Madre mía, con lo que tuve que ver el otro día... y no se dirigen ni la palabra.

—Chicos, esto empieza ya —asegura Loli alzando una mano—. Ya sabéis, poned buena cara cuando nos enfoquen. Tal vez venga el presentador por aquí a hacernos alguna pregunta.

—No, no —digo nerviosa— no se me dan nada bien los micros, que te lo diga Ágata —me excuso.

—Pues es verdad —dice la mulata sonriente y provocando la risa de Bert—. Dice barbaridades sin pretenderlo.

—Bueno —Loli me dirige una mirada calmante—. Pero lo harás bien. Solo tienes que decir que tú eres la autora y ya está.

Empiezo a jugar con mis dedos y a chocar mis uñas manicuradas del índice

y del pulgar.

—Pues dame un ansiolítico —le ordeno—. O no te prometo nada.

—Aquí no tengo —dice muerta de risa—. Pero en el bolso sí.

—Pues en tu bolso no me sirven.

—Pero ¿cómo de malo es? —quiere saber.

—A ver, Loli, que le he dicho a Torito que él es solo un toro y Queen es un miura. Cosas de ese estilo.

—Ha estado muy bien —aplaude Ágata.

—No, parad —pido angustiada—. No os riáis. No lo hago a propósito. Es que no tengo mucho filtro. No sé jugar a la confusión.

—Tranquila —Loli estira su mano y la posa sobre mi rodilla—. Mírate, te van a enfocar y seguramente te pregunte algo Roberto, porque es imposible no hacerlo. Estás tan bonita...

Yo me pongo roja como un tomate, y de repente, los cámaras se ponen a trabajar y el regidor dice:

—Entramos en directo en tres, dos, uno...

Las luces se apagan, el presentador sale corriendo al escenario, todos aplauden como locos, la música está a tope, y empieza el espectáculo.

Y yo me sumerjo en el show.

Es imposible no hacerlo. Está todo tan estudiado y coordinado que, sin quererlo, te ves envuelto por la vorágine del directo; te ríes de los chascarrillos de Roberto, aplaudes y canturreas las canciones de todos los artistas que participaron alguna vez en Eurovisión, incluso de exconcursantes del famoso *Talent Show*...

Y hacen entrevistas, y se sientan al lado del presentador y cada uno dice la suya.

Y hay un momento en que Roberto se levanta, después de la actuación de Natalia y se dirige a nuestra grada.

Y yo me quiero morir ahora. Porque sé lo que va a pasar. Roberto pregunta a Esteban y a Loli como representantes de Neón Music. Les pregunta sobre el tema, sobre lo que sintieron al recibirlo y por qué pensaron en Queen. Loli responde que no había nadie que pudiera representarla mejor y que la canción es un regalo de por sí. Esteban suscribe lo dicho y añade que los retoques y arreglos realizados se hicieron en consenso. Mentira como una catedral. Con el consenso de Andrés, por supuesto. Pero eso es lo de menos, porque ha quedado de maravilla.

Saluda a Bert con cariño, y le felicita por el éxito indiscutible de su local «Pecadores». Ágata me mira y se sonríe agachando la cabeza. Sabe lo que va a pasar y yo también.

—Bueno, y todo el mundo se estará preguntando ¿quién es la compositora de esta canción? ¿Quién es la que la ha creado? Y aquí la tenemos. Ella es Kira Soler.

El aplauso me deja sorda y carraspeo nerviosa. Ágata me coge la mano y me la aprieta para darme fuerzas.

—Hola, Kira —me acerca el micro a la boca.

—Hola.

—Bueno, cuéntanos. ¿De dónde ha salido esta canción de la que todo el mundo habla y solo se han oído algunos acordes?

—Pues verás, Roberto. Te cuento: mi ex me traicionó y se llevó la maqueta de mi canción sin mi permiso. Se la entregó al señor Casademunt, propietario de Neón Music, porque él y su padre son colegas. Y entonces la vendió a mis espaldas. Y permitió que se trabajara y se retocara sin yo tener idea. De hecho, hace apenas una semana que sé que mi canción va a Eurovisión y que la va a cantar la diva de Queen.

Sacudo mi cabeza y salgo de mi propia visualización. Y esta vez, sí le contesto en la vida real.

—Yo la veía en mi cabeza como una batalla, una declaración de intenciones de dos personas enamoradas que no se atreven a decírselo a la cara por las barreras que les rodean. La canción es solo un impulso de valentía. Un empujón para hacer lo que se quiere, amar a quien te dé la gana y ser quién uno es.

Otro aplauso, y Roberto feliz y afirmando con la cabeza. ¿Yo? En el limbo. Qué ojos más bonitos tiene.

—*Comerte el corazón* —repite—. Es muy carnal.

—Es muy visceral —añado—. Porque la pasión y el deseo nace del corazón y también de las vísceras.

—Claro. ¿Y qué pensaste al enterarte de que era una artistaza como Queen la que iba a cantar tu tema?

Me quedo pensativa unos segundos.

—Pues al principio me fui corriendo por culpa del shock. Ella se pensó que tenía diarrea. Pero no. Porque estamos hablando del viernes pasado,

¿sabes? Luego pensé que era una pasada. Y ahora estoy en un punto en el que no me cae bien.

Al final, salgo de nuevo de mis pensamientos y contesto:

—La verdad es que la primera vez que la vi cantar mi tema en el estudio pensé que era una aparición. Me pareció una diosa. No fui consciente de lo que estaba viendo hasta que pasó el rato.

Roberto se echa a reír y Loli y Esteban también.

Qué bien, les hago reír, por lo visto.

—Debió de ser inolvidable.

Abro los ojos.

—Uy, totalmente. Mucho —asiento como un monigote de Elvis.

—Kira, chicos —nos mira a todos—. Mucha suerte y felicidades. Vamos a escuchar ahora a Queen, una diosa según Kira, y una Reina para el mundo de la música. ¡Por fin ha llegado el momento! —señala el escenario—. Con todos vosotros: ¡Queen y su «Comerte el corazón»!

Un foco potente ilumina el centro de la pasarela y baña por completo el cuerpo de Queen.

Ella parece completamente inaccesible, intocable. Tiene el pelo recogido con una cola alta parecida a la mía. Su cuerpo está perfectamente cubierto por un vestido negro con corsé, la falda tiene volumen alrededor de su cuerpo y está cubierta de plumas suaves y negras. Es un cisne negro. Lleva un maquillaje increíble. Tiene tanta fuerza.

Permanece con los ojos cerrados, hasta que los abre, los clava en nuestra grada y es como un puto disparo. Una bala directa a las entrañas.

*Si te digo que tengo ganas de comerte el corazón,
Que esta noche las barreras se abren ante la pasión
Si te digo que tengo ganas de besar toda tu piel
De quererte, y de cantarte lo que nunca te canté
¿Qué harías?*

Empieza a cantar, la música posee a todos los presentes, el tambor, la percusión, los violines, el ritmo se cuele bajo las venas. Bajo las mías. Recorre mi torrente sanguíneo y algo impresionante estalla en mi pecho y detrás de mis ojos. Es como si viera por primera vez.

Y acabamos todos de pie, bailando y dando palmas al son de la música.

La letra de la canción tiene mucho sentido en su boca.

Ella está llena de energía, sabe cómo moverse, dónde mirar para que sus golpes sean certeros. Y deja a más de uno y a más de una noqueada.

Es como un concierto donde los fans se desmayan, lloran y gritan y estiran sus brazos tanto como pueden para tocar a su ídolo. Pero su ídolo es una mujer, con un agujijón que no falla.

No sé qué es. No sé qué me pasa.

Pero vibro y tiemblo, y dejo que Queen cante mi canción. Me emociono porque veo lo que provoca a mi alrededor, y me doy cuenta de que esa batalla que yo siempre imaginaba al cantarla y componerla, es real, y que hiere y estimula a los que están en ese escenario que es Camposanto ahora mismo.

De mi mente se esfuman mis miedos y mis comeduras de cabeza. Lo que me duele ya no me duele tanto. Estoy disfrutando por primera vez de lo que me está pasando. De lo bueno y de lo malo, porque todo me lleva a este ahora.

Y soy más consciente que nunca de la grandeza de la experiencia.

Me emociono y, mientras Ágata salta y alucina con la canción, junto con Bert y el resto del equipo, veo a Andrés contento por lo que está pasando y me mira satisfecho, como diciendo: «ódiame todo lo que quieras, pero esto te lo he dado yo. Y lo sabes».

No. No me lo ha dado él. Y no. No le odio.

Y saber eso hace que me sienta mejor y más conforme conmigo misma.

No le debo dar más importancia de la que tiene. Estuvimos juntos. Una vez lo quise tanto como para creer que era el hombre de mi vida. Pero eso ya no es real. Punto y final.

La voz de Queen me abraza. Su voz es como terciopelo helado. Es suave y al mismo tiempo quema. Es un instrumento perfecto incapaz de desafinar. Y ella tan hipnótica que no puedo dejar de mirarla.

Cuando acaba la canción, me doy cuenta de que la puesta en escena y sus miradas desafiantes y seductoras, se quedarán grabadas para siempre en mi memoria y en mi retina.

Lo sé mientras la gala transcurre ante mis ojos y Queen es torpedeada por las preguntas de Roberto.

Ni siquiera la oigo. No sé ni lo que dice. Solo puedo seguir disfrutando del efecto que ha provocado en mí.

Será inolvidable el resto de mi vida.

Después de la gala nos han dirigido a toda nuestra grada y a algunas más al *Meet & Great* donde antes nos hemos tomado el pica pica. Pero esta vez han colocado una de esas lámparas de discoteca que iluminan todo de distintos colores. El cartel de Queen sigue ahí, omnipresente, y las mesas están repletas de purpurina roja, dispuestas con comida y bebida para quien tenga el estómago abierto. Es un momento de celebrar, porque la presentación del tema y toda la gala ha sido un éxito. Líderes de audiencia con más de un 34 por ciento de *share*. El ambiente es festivo.

Ágata no deja de decirme lo maravillosa que soy, el tema tan increíble que he hecho, lo buena que está Queen y lo irresistible que es Bert. Todo en este orden y en bucle. Solo por verla tan emocionada creo que todo ha merecido la pena.

Los que hay en esta sala, desde Loli a Esteban, cantantes, triunfitos y muchos invitados del mundo del arte, la música y las redes, quieren bailar. Quieren celebrar el triunfo que aún no se ha dado en Eurovisión desde hace décadas. Sigo creyendo que venden la piel del oso muy pronto.

Yo no soy de esas personas. Soy cauta y sé, por experiencia, que los reveses existen y pueden hacerte tocar de pies en la tierra a una velocidad pasmosa.

Sigo con un nudo en el estómago. Muy afectada por la actuación de Queen. Tengo una mezcla de euforia, alegría y tristeza que me tiene totalmente desequilibrada. Porque no sé qué hacer.

Si llorar, o reír y bailar como hacen los de mi equipo.

Loli me ha querido sacar antes a bailar el *La noche es para mí* de Soraya Arnelas. Y he bailado, hasta que han puesto el Chiki-Chiki, porque mi humor no da para tanto. Así que me he retirado.

Ahora estoy en una mesa, apartada de la pista improvisada y central de baile que han montado entre *influencers* y cantantes.

Ágata ha querido estar a mi lado en todo momento, pero no me perdonaría que ella no pudiera disfrutar por mi culpa. Y Bert y ella parece que se llevan tan bien que no quiero estropearles el momento. Pero ¿qué importa lo que yo diga sobre ellos? Tengo la intuición y el acierto sobre el amor y las relaciones de Cupido encocado. Así que no me hagáis caso.

Qué bueno está esto. Otro sorbito más.

Acaba de entrar Queen a la sala, dando abrazos y besos como un

Teletubbie. Todos la vitorean y la aplauden como si no hubiera un mañana. Y ella sonríe dulcemente, súper agradecida, como un  ngel del putito infierno. Mira que puede llegar a engaar la penca.

—En un chico malo, no no no... Pa fuera lo malo no no no... —estoy moviendo las caderas y canturreando yo sola, aunque lo hago con discreción.

Empino el codo, a sabiendas que maana, como siempre, tendr  que ir a trabajar y posiblemente vaya con una resaca de tres pares de narices.  Y me importa? No.

Me he metido entre pecho y espalda como cuatro Americanos. No ha sido culpa mía. Tenía sed, no quería cruzarme toda la sala hasta la barra donde el *barman* daba botellas de agua. Porque soy tímida al principio y me cuesta sociabilizar, y los artistas son demasiado extrovertidos y est n todos muy locos. Yo soy simpática y muy educada si no te conozco. Pero no soy tu mejor amiga ni te voy a adular de buenas a primeras.

En la mesa más cercana había una bandeja entera con Americanos. Y no cafés, que conste. Y pens : «Pa mala yo». No tengo ni idea de lo que llevan. Pero he empezado a beber y no sabía que estaban tan buenos...

—Deberíamos brindar,  no crees?

Me doy la vuelta al oír a Andrés. No suelto el vaso que tengo en la mano ni loca. Da igual lo que me haya hecho el individuo este, seguir  pensando siempre que es un hombre guap simo. La decepción no va a empaar mi objetividad.

— El brindis de Judas? —le suelto con desdén.

 l se echa el pelo hacia atrás y me mira con esa mezcla de cariño y condescendencia. Est  mirando a la multitud con aspecto de haberlo ganado todo en la vida.

— No te has sentido feliz esta noche? Yo creo que sí. Te he mirado mientras escuchabas a Queen. Sabes que ha sido orgásmico. Su éxito es tu éxito, Kira —se acomoda a mi lado y apoya los antebrazos en la mesa. En una de sus manos lleva una bebida como las mías.

— Pero la has visto cantar? Pensaba que solo te fijabas en el canalillo de Melanie.

— Quieres que hablemos de ello? —me pregunta con normalidad. Es como si a él no le molestase nada y todo estuviera correcto.

— De su canalillo o de Melanie?

—La conocí en una de las reuniones con la discográfica.

Doy un sorbo larguísimo a la copa de cristal y un hielo sale disparado y me golpea el ojo. No le doy importancia y sigo con mi dignidad intacta.

—Lo sé todo, Andi... Me imagino que te has liado con ella estando conmigo.

—No. Eso jamás —dice incómodo—. No soy infiel.

—Tampoco eras un traidor. Joder, que me dejaste la semana pasado, capullo —gruño.

—No es así como sucedió, yo...

—No hace falta que me des detalles. La pulsera que lleva es preciosa. Espero que no la robaras de mi joyero para dársela a ella. Ya sabes —lo miro de soslayo— como te gusta tanto apropiarte de lo que no es tuyo...

—Kira —dice él como si estuviera aburrido de mi discurso—. Llegará un día en el que me agradezcas lo que he hecho —asume chocando su copa con la mía forzosamente—, mientras tanto, esperaré pacientemente a que volvamos a ser amigos. Porque eres mi única amiga, eso sí quiero que lo tengas claro.

Es que lo hace todo tan fácil, tan obvio, que eso es lo que no soporto. Estoy dolida, no debería hablarme así, como si nunca hubiera estado enamorada de él.

—Vete con la del pelo rubio, por favor —le señalo a Melanie con la barbilla—. Necesita a su representante cerca.

—Sirvo para este mundo, Kira —se encoge de hombros—. Valgo de verdad.

—Sí, ya conozco tu discurso. Un año sirves para estudiar música, al otro vas para abogado, y al siguiente decides hacer marketing. Pero al final acabas con tu papi, como todos los niños de la zona alta. Pero un día suena la campana traicionándome —murmuro con voz divertida—. Y como te sale bien decides que eso es lo tuyo.

—Lamento haberte hecho daño para darme cuenta de mi vocación —sus ojos claros están libres de culpa—. Lamento haber hecho las cosas así. Debería haberte dejado primero y después convencerte para que ofreciéramos tu canción. Lo he hecho mal y lo siento. No bebas mucho —me acaricia el hombro y se dispone a irse.

Yo niego con la cabeza. ¿Encima me va a decir lo que tengo que hacer y lo que no?

—Tiene que ser tan humillante para ella —susurro.

—¿El qué?

—Que le des una pulsera de *para siempre* de los chinos a ella y a mí me regales un Gucci de mil ochocientos euros. Querías que fuera con tu vestido. ¿Sabe que te estás gastando en mí los beneficios de la venta de la canción?

Andrés me mira el vestido y después frunce el ceño, abriendo y cerrando la boca sin saber qué decir.

—Hola.

Joder, la noche va de sustos. Me giro para encontrarme de bruces con Queen.

Y tan de cerca, me resulta igual de impresionante que desde el escenario. No. Miento. De cerca es mucho más amedrentadora. Amedrentadora en el sentido que me hace sentir confundida respecto a mi sexualidad. Pero solo porque creo que es bellísima y porque tengo envidia sana.

Las plumas revolotean alrededor de sus piernas y el pecho asoma detrás del corsé.

—¿Ya te ibas? —le pregunta de repente a Andrés.

No era una pregunta en plan: qué pena que te ibas ya. Era una invitación directa a irse.

Andrés se queda tan cortado... recibe como puede la onda arisca procedente de la actitud de la diva. Por eso sonrío falsamente, se da media vuelta y se va, dejándonos a solas.

Solo por eso tengo ganas de hacerle la ola a Queen.

Ella toma aire por la nariz y lo suelta levemente mirándome de arriba abajo de una manera que noto distinta. Sus ojos parduscos con esa tonalidad tinta me analizan.

Y yo no suelto la copa en ningún momento. Al contrario, estoy más relajada que nunca ante ella.

No sé por qué me da por sonreír, como si la situación me divirtiera. Y voy y soplo el vaso como si fuera una sopa caliente en vez de una bebida alcohólica. ¿Qué soy? ¿Lerda?

Ella arquea las cejas y se ríe.

—¿Sopita de pollo?

Baj. Me da igual lo que me diga. Estoy bien.

—Sopita americana.

Entonces Queen me arrebató el vaso de las dos manos, lo huele, me sonrío y se bebe el vaso entero. A ella los hielos no la atacan, al contrario. Él último se cuela en su boca y ella lo va chupando poco a poco.

—Por cierto, llegué de Sitges bien. Gracias por dejarme tirada.

—Bueno, no es que llegaras nadando, ¿no? —replico con la lengua liberada—. Bert te trajo. Además, las abejas tenéis buena orientación.

—Creo que te voy a despedir como chófer. Se trata de que me lleves — señala haciendo un movimiento de ida y vuelta con la mano—, y me traigas.

—En mi taxi tengo reservado el derecho de admisión. Si entra una abeja con ganas de picar, lo más normal es que la invite a quedarse fuera.

A ella la respuesta no le convence. Parece haberle molestado. Su actitud sigue siendo soberbia, aunque hay un gesto de precaución en su mirada que no me pasa inadvertido. Como si quisiera ir con pies de plomo.

—¿Qué quería Andrés?

—Nada.

—¿Nada?

—¿A ti qué te importa?

Ella se queda en silencio unos segundos.

—Parecías molesta.

—¿Lo parecía?

—Sí —enseña el hielo entre los dientes y lo vuelve a engullir.

—Entonces lo he hecho muy mal. Porque lo que estoy es asqueada.

Ella vuelve a dirigir una mirada perdonavidas al guapo y maléfico de Andi.

—¿Sigue siendo tu ex?

—Eeeexxxx... acto.

—¿Por qué te ha dado asco?

Miro al techo lleno de luces y contesto:

—Porque pensaba que podría obtener mi perdón comprándome este vestido tan caro —le muestro los volantes de la falda—. Solo alguien que va de sobrado puede pensar algo así.

Da un respingo imperceptible, me mira con seriedad y espera unos segundos antes de decir nada.

—Creo que estás muy bonita con este vestido. Muy bonita —repite.

La diva me vuelve a repasar y después hace un mohín como si algo le molestara.

—¿Qué te pasa ahora? —le suelto.

—¿A mí? —responde sorprendida por mi tono tan falto de respeto.

—Sí. A ti. Ya estás poniendo esa cara taimada de «no estás a mi altura».

Ella se cruza de brazos, dueña de sí misma y de la situación y mueve la cabeza negativamente.

—Poco sabes leer mis expresiones, entonces.

—Normal. No te conozco. Aunque tú a mí sí, ¿verdad? Parece que te has hecho una imagen de mí adaptada a tu orgullo y tus prejuicios.

—¿Cuántos vasos has bebido de estos? —deja el vaso vacío sobre la bandeja de la mesa.

—Pffff...

—Está bien. Tomaré tu respuesta como muchos. No bebas más, ¿vale?

—¡Ja! —dejo ir una carcajada alta y clara. Si nos miran o no a Queen no parece molestarle.

—Kira, a mí no me caes mal.

—Ya, claro, cuéntaselo a otra. El modo en que me tratas, tan categórico y con tantos reproches me dice otra cosa. Es como si me sentenciaras con cada comentario. Mírate. Tu lenguaje no verbal por ejemplo. Tienes los brazos cruzados, eso refleja inflexión, como si no te interesase nada de lo que digo o no creyeras nada de lo que fuera a decir.

Queen se mira a sí misma y se descruza. Lo que le he dicho parece que le hace pensar.

—No es eso.

—Mira, espera —me doy la vuelta y saludo a Ágata que está meneando el esqueleto junto a Bert. Le ordeno que venga con la mano—. ¿Me puedes hacer un favor? —le pido a Queen en voz baja.

Queen busca entre la gente a la persona con la que me estoy comunicando. No la conoce.

—¿Quién es?

—Es mi mejor amiga. Tiene muchas ganas de conocerte. No tienes que darle conversación si no quieres —le aclaro—. Pero solo te pido que seas amable unos minutos. Solo eso. Y si te pide una foto, que lo más probable es que lo haga, que le digas que sí, porque conmigo puedes ser todo lo borde que quieras, pero con mis amigas me gustaría que fueras simpática. ¿Puedes hacer ese esfuerzo? ¿O de verdad hay que pagarte para que sonrías un pelín? —junto las manos como si le rezara.

Ella no me quita los ojos de encima, se humedece los labios perfectamente delineados y contesta:

—Ese comentario es totalmente desproporcionado.

—Sí, ya... —digo dándole cero importancia.

—No soy un ogro, Kira. No te pases.

—Genial —sonrío falsamente—, entonces asumo que el problema solo lo tienes conmigo.

Las dos nos quedamos mirando durante unos segundo llenos de intriga, hasta que mi amiga viene rauda y feliz.

—Ki —Ágata me abraza por la espalda y me dice—: No tengo palabras suficientes para agradecerte que me hayas dejado vivir esta noche contigo. Eres la mejor —me da un beso en la mejilla. Y cuando ve que es Queen la que tengo en frente, solo sabe decir—. Coño.

—Todas tenemos —le digo apartándome para presentársela a la diva—. Ágata, te presento a Queen Bee.

Para mi sorpresa es Queen quien se acerca a ella y con cariño le da dos besos y le sonrío afablemente.

—Hola, Ágata, encantada. Puedes llamarme Q.

Yo abro los ojos con sorpresa. ¿Q?

—No, no... el placer es mío —asegura—. Soy muy fan de todo lo que haces.

Ágata tiene un talento natural para coquetear, como Queen, así que no me extraña nada notar una extraña marea entre ellas. Entrecierro los ojos con suspicacia.

—Este último verano ella y yo —informa Ágata— nos hemos hartado a cantar tus éxitos en las discotecas.

—Ah, ¿pero Andrés la dejaba salir sola? —pregunta Queen súbitamente.

Ágata parpadea una vez y arranca a reírse de lo que ha dicho.

—¡Qué gracia! ¿Tú también crees que es maravilloso que ya no estén juntos?

Queen se ríe y se encoge de hombros.

—Creo que hay rupturas que en vez de ser tragedias son regalos que deben aprovecharse.

Me quedo anonadada por los comentarios que intercambian entre ellas.

—Hola, estoy aquí —les informo.

Ágata le pide con naturalidad y sin intrusismo si es mucho pedir un selfi. Y Queen la acerca a ella, la rodea con un brazo y dirige a cámara una sonrisa fotogénica que lejos de ser de verdad, creo que tiene autenticidad. Me quedo más tranquila al ver que la Reina no va dando picotazos con todo lo que me

importa, solo conmigo. Tampoco es que me guste saber eso, pero, al menos, los demás no pensarán de ella lo que yo pienso.

Loli se une a nuestra mesa y entrelaza su brazo cubierto por la americana con el brazo descubierto de Queen.

—Chicas, lo siento —nos dice con cara de disculpa—. ... Pero es que me la tengo que llevar. Tiene que sociabilizar con todos.

Queen pone cara de hastío a Ágata y a mí ya no me vuelve a mirar. Pues maravilloso.

—El deber me llama —dice como excusa—. Loli, yo no quiero quedarme aquí mucho rato más. Te doy una hora —le suelta Queen delante de nosotros.

—Será suficiente. La fiesta no durará mucho más —me explica Loli—. ¿Os lo estáis pasando bien?

—Sí —contestamos Ágata y yo.

—Me alegro. ¿Quieres que te presente a alguien de los que hay por aquí, Kira? Todos me preguntan por ti y quieren tener tu contacto.

—No hace falta —digo con ojos vidriosos—. Otro día que no me haya hecho íntima de una bandeja de americanos. Además, no me encuentro muy bien y yo mañana trabajo.

—Ay, esas malas amistades... —murmura Ágata—. Por eso soy tu mejor amiga.

—Yo también trabajo —resopla Loli—. Y tú empiezas la ronda de entrevistas a medios por la mañana temprano en la Nacional —le recuerda a Queen—. En fin, si necesitáis un coche avisadme y os lo traeré inmediatamente —me pellizca la mejilla como una abuelita, y eso que solo tiene doce años más que yo—. Qué bonita es mi artista. Lo has hecho muy bien. Has causado sensación.

Pero yo no quiero eso.

No quiero causar nada a nadie.

Solo tengo ganas de irme de allí, y de meterme en la cama, bajo mi adorable colcha de *Patchwork* con retazos de todos los hechizos míticos de Harry Potter. Oculta de recriminaciones veladas y libre de juicios a los que no merezco que deba someterme la Reina.

Ni nadie.

—Sí, es mejor que nosotras nos vayamos ya —sugiere Ágata preocupada por mí—. Empiezas a tener cara de un blanquero.

—Eso es porque tú eres muy negrita —le suelta—. A tu lado soy de

escayola.

Loli se lleva a Queen de ahí muerta de la risa. La Reina me mira por encima del hombro.

¡Pfffff! Si se piensa que me voy a creer su papel de preocupada, lo lleva claro.

En ese momento soy consciente de que empiezo a estar más contenta de la cuenta. Y de que no tardaré mucho en tener la cabeza metida en la taza del váter.

Lo único que espero es estar en casa para entonces.

Capítulo 10

Es mi acto de irresponsabilidad más grande. El más injustificado moralmente hablando. Soy de las que siempre ha creído que si se tiene cuerpo para salir hasta las tres de la madrugada, también se tiene cuerpo para levantarse a las siete e ir a trabajar.

Pero no me ha dado la vida.

El dolor horrible que invade mi cabeza no tiene compasión conmigo.

Creo que he echado por la boca hasta lo que comí en mi comunión. Y que casi me sale un derrame en el ojo.

Ágata me ha llamado. Ella está fresca como una rosa. «Años de práctica», me ha dicho. Mi amiga me ha contado que todos hablan de mí en el colegio, que lo hacen emocionados y orgullosos de tener a la autora del tema eurovisivo de este año como profesora de música, y que eso les dá caché. Ella les ha contado una milonga para explicar mi ausencia. Les ha dicho que estaba muy mala antes de la gala, y que en cuanto acabó, nos fuimos para casa porque teníamos que trabajar al día siguiente, pero que yo empecé a vomitar ya en el coche. Diagnóstico: un virus gastrointestinal.

Incluso Loli me ha llamado para decirme que si necesito un justificante de un médico que ella me lo da sin problemas, porque uno de sus mejores amigos es médico de cabecera.

Estoy rodeada de piratas.

Nunca he faltado al trabajo. Hoy es mi primera vez, y no voy a fustigarme, porque ya lo hace mi resaca por mí.

No me he movido de la cama excepto para ir al baño. Ahora estoy tumbada en el sofá, con mi camiseta negra de Los Ramones que uso para dormir y unos shorts grises. Tengo las persianas de las ventanas enormes de mi salón bajadas. Y son ya las doce del mediodía.

Me he tomado dos ibuprofenos. Y he bebido dos litros de agua. Y ahora no hago más que ir al baño a hacer pipí. En uno de mis viajes me he dado un

golpe muy fuerte en el dedo gordo del pie... como si no tuviera suficiente con los martillazos que tengo en la cabeza.

No bebáis. No bebáis jamás. Alcohol malo.

Tengo diez llamadas de mis padres y bastantes mensajes suyos rebosantes de orgullo. Pero ya hablaré con ellos más tarde. Cuando no tenga el Infierno desatado en mi cabeza, por ejemplo.

Sé que me ha escrito muchísima gente sorprendida por verme en la tele y desconocedora de que a mí siquiera me gustase componer. Imagináos, amigos de hace años de los que no sé nada y conocidos... supongo que son cosas que suelen pasar.

Pero no pienso responder ni atender a nadie. No soporto la luz de la pantalla del móvil. Solo rezo porque esto se me pase.

Y entonces timbran a mi puerta. No a la de abajo, del portal. No.

Acaban de hacerlo en la puerta de mi casa. Así que me veo invadida por el Grinch y me levanto del sofá como puedo.

Llego a la puerta blanca de la entrada, y miro a través de la mirilla. A ver quién es el que me está tocando las narices.

Me quedo congelada.

Es Queen.

Vuelvo a mirar.

Sí. Es ella. Y yo no entiendo nada.

Madre mía, y parece que ayer se fue a tomar un café en vez de haberse ido de gala y de fiesta. No me lo puedo creer. ¿Y ella cómo sabe dónde vivo?

—Ábreme, Kira —me dice suavemente, sin alzar la voz.

Dudo unos segundos hasta que abro la puerta.

Ella huele a melocotón y yo huelo a destilería. Y está perfecta. Lleva una chaquetilla tres cuartos gris, unos jeans cortos por los tobillos y unas deportivas blancas. Y se ha colocado la capucha por encima de su melena suelta y brillante. Sus ojos marrones y enormes me están mirando, pero ya no juzgan. Tienen otro cariz.

—Me ha dicho Loli que estás enferma.

—Resaca, se llama —contesto sin abrir la puerta del todo.

—Eso es evidente. Pero eres una borracha discreta. No llamaste la atención.

Sacudo la cabeza con consternación. Se me escapa el detalle de por qué está aquí.

—Perdona... pero ¿cómo sabes dónde vivo?

—Lo pusiste en el grupo de whatsapp para que Loli te enviara no sé qué papeles.

—Ah, sí... —murmuro—. Bueno, y... ¿qué haces aquí? No voy a llevarte a ningún sitio en este estado.

Ella no hace ningún gesto después de oír lo que le acabo de soltar. Parpadea un par de veces, se humedece los labios y dice:

—He venido hasta aquí en Cabify. No vengo para que me lleves en moto —replica algo molesta—. Te he traído una cosa que creo que te sentará bien —alza las dos manos con dos bolsas blancas. No sé lo que hay dentro.

—¿Eh?

—Te he venido a traer cosas —repite.

—¿Por qué? —frunzo el ceño. ¿Por qué está tan amable?

—¿Me dejas pasar? —me pregunta.

Apoyo una mano en el marco de la puerta y hago repiquetear las uñas de mis dedos.

—No soy un vampiro —añade.

—Lo estoy pensando... necesitan permiso del propietario de la vivienda para entrar.

—No voy a morderte. Hazme caso, en nada estarás perfectamente con esto que te traigo.

Sus palabras son gloria para mis oídos. ¿Qué puedo perder? Nada. Ya he perdido toda mi dignidad abriéndole en mi estado. Me aparto y espero a que ella entre.

Queen parece satisfecha y aliviada.

—Con permiso —dice al entrar.

Si hasta es educada y todo.

Y una vez dentro de mi casa todo cambia. Y es raro, porque no he dejado que venga nadie a verme, ni siquiera Ágata, y de repente permito que ella esté aquí. Pero me encuentro tan mal que me da igual. Mi cuerpo está para el arrastre.

—Ve al sofá —me ordena.

No hace falta que me lo diga dos veces. Voy como un zombi hasta él, me quedo medio estirada, con la espalda apoyada en uno de los brazos y me cubro con la manta.

—Te ofrecería algo para tomar —le suelto— pero no tengo ni fuerzas ni

ganas de hacerte nada.

—Tú no tienes que hacer nada —me contesta sentándose en el hueco que dejo libre en el sofá—. Voy a encargarme yo. Mira —abre una de las bolsas, que es de una farmacia— te vas a tomar esto que te voy a preparar —me enseña una caja con un nombre que no puedo leer.

—Estoy como un harapo de limpiar bujías.

—En media hora estarás como la gitana de los emojis.

—Lo dudo —apoyo la cabeza en el cojín de colores y cierro los ojos.

—¿Puedo... —me está pidiendo permiso para moverse por mi casa y conseguir todo lo que necesite.

—Haz lo que te dé la gana —respondo sin abrir los ojos.

Queen se levanta y se va a la cocina. Abre una puerta y no encuentra lo que busca. La cierra. Y a continuación abre otra y coge un vaso grande de cristal grueso de color verde. Abre el grifo y lo llena de agua hasta la mitad. Y entonces saca un sobre de la caja de medicina mágica y lo echa en el agua.

—¿Has ido alguna vez a un hospital por culpa de una borrachera? —me pregunta.

—No. Jamás. A lo máximo que he aspirado es a quedarme dormida en la playa y a potar en la fuente de Canaletas.

Ella vierte el contenido del sobre en el vaso y sonríe.

—Bueno, pues cuando caes en un hospital, te inyectan algo por vía intravenosa que te tiene como unas castañuelas al cabo de media hora. Suele ser una mezcla de suero, potentes vitaminas y mejores analgésicos. Esto que te voy a dar es lo mismo. Me lo descubrió un artista australiano que vino de conciertos a España. Salimos con él una noche y pensamos que debíamos ingresarlo en un hospital. Pero no. Se tomó esto y al cabo de nada estaba de *after hour*.

Se acerca al sofá de nuevo, sin dejar de agitar el vaso. Se sienta a mi lado y me mira con cara maliciosa.

—Tiene un sabor parecido al Frenadol. Sí, está asqueroso.

—Qué asco.

—Pues esto está un poco más malo, pero seguro que me lo agradecerás. Venga, tómatelo —me lo ofrece.

Le hago caso porque no sé qué más hacer para que se me vaya el malestar y necesito una salida urgente a mi miserable estado.

Me lo bebo con repugnancia. Pero no dejo ni una gota en el vaso.

—Quieres torturarme. ¡Buaj! —refunfuño—. No puede estar más malo.
—Te lo he dicho. Ahora, estírate, cierra los ojos y relájate.
Sí, claro, como si fuera así de sencillo.

Media hora después abro los ojos de nuevo desorientada. ¿Qué he hecho con mi vida en estos treinta minutos? ¿Me he muerto así de repente? Es que ha sido fulgurante.

Queen sigue a mi lado, mirándome sonriente, leyendo uno de los libros del montón que tengo sobre una silla del salón, en plan decoración, siguiendo un orden de colores. Es uno de los libros inéditos que me gusta coleccionar. Este es una recopilación de poemas de escritores clásicos en inglés.

—¿Y bien? —me mira por encima de las cubiertas abiertas del libro, como si supiera perfectamente cómo me siento ahora.

Me medio incorporo y acabo sentada sobre el sofá. La miro extrañada.

No hay dolor de cabeza.

No hay ganas de vomitar.

No hay mareo.

No hay resaca.

Me paso la mano por el pelo y me muerdo el labio inferior para humedecérmelo.

—Creo que lo que me has dado es ilegal.

—Puede ser —se encoge de hombros—. Pero funciona —eleva la ceja castaña y sigue leyendo.

Me doy cuenta de que ha abierto las persianas de las ventanas y que el salón está iluminado por la claridad de la calle. Y lo mejor es que no me duelen los ojos.

—No sé ni qué decir —murmuro asombrada—. Creo que he entrado en coma a los pocos segundos de haberlo tomado.

—Hace efecto instantáneo. El chute de vitaminas, azúcar y demás es potente. Pero no te levantes aún —me sugiere— tu cuerpo aún se está equilibrando y puedes marearte un pelín. Espera al menos —se mira su iWatch— veinte minutos más.

Le hago caso porque de eso sabe mucho más que yo. Recojo mis piernas por debajo de la manta y rodeo mis rodillas con los brazos. Suspiro y apoyo la

frente sobre ellas. Tengo una mezcla de rabia, vergüenza y agradecimiento difícil de gestionar.

No sé ni qué decirle. No quiero estar cerca de alguien que tenga una idea tan distorsionada de mí.

—¿Qué has hecho en esta media hora? —pregunto con voz débil.

—Solo husmear los libros que tienes en la silla. No soy tan cotilla. No miraría nada sin tu permiso. Pero estos —sacude el libro ante mis ojos— estaban muy a la vista. No he podido evitarlo. Me encantan.

—Eso es bueno —murmuro—. Que te guste leer es de las mejores aficiones que uno puede tener.

Ella cierra el libro y lo deja en la mesa del centro. Abre la bolsa de nuevo y saca un paquete de toallitas micelares desmaquillantes que vienen en un paquete verde fosforito. Saca una del dispensador, la coge entre sus dedos y me pregunta:

—¿Me dejas? —se acerca a mí.

—¿Sí te dejo qué?

—Desmaquillarte —contesta con tranquilidad

—Debo parecerme a Bitelchus, ¿verdad?

Ella se ríe y mueve la cabeza negativamente.

—No. Bitelchus no es tan sexi de resaca.

Ya está con ese tonito que me pone nerviosa...

Me sujeta la mejilla con suavidad y me empieza a limpiar la cara con la totallita.

No decimos nada durante un rato. Me parece hasta relajarte el modo en que me limpia la cara. Hasta parece maja.

—Quiero que sepas algo —musita concentrada en su labor de estética—. Pero necesito que te mantengas en silencio y que no me interrumpas.

Yo la miro de cerca y contemplo la perfección felina de sus rasgos. Es que no me extraña que la hayan considerado de las mujeres más guapas del planeta.

—Vale. Te escucho.

Ella se humedece los labios.

—Fui yo la que te regaló el vestido, Kira. No fue Andrés. Dudo que el figurín tenga tan buen gusto —añade amargamente—. Me sentí como una mierda por cómo te hice sentir en el local de Bert. Me supo muy mal que te fueras así —su tono es sincero, y además, parece que lo sienta de verdad—.

No pretendía comprarte con el Gucci. No fue esa mi intención, para nada. La verdad es que desde que lo vi en el catálogo que me envía la marca pensé que estaba hecho para ti —se encoge de hombros—, y que el día de tu estreno tenías que llevarlo. Yo funciono por impulsos, ¿sabes? Tengo que hacer lo que siento en el momento en el que lo siento. Y no me equivoqué —sacude la cabeza y su pelo perfectamente ondulado y estudiado rodea su cara y la hace parecer un tanto más salvaje—. Estabas increíble...

—Te caigo mal. ¿Por qué me haces regalos?

—No —niega ella—. La cuestión es que no me caes mal, ni siquiera cuando pretendía que me cayeras mal. Y ahora mucho menos. Pero soy muy apasionada y muy leal, y no entendía cómo una persona con tu voz y tu talento podía venderse así a los demás, porque con el tiempo, tú lo habrías conseguido, te habrías hecho un hueco en el mundo de la música.

—Nunca me ha interesado el mundo de la música —ella me pone la toallita sobre los labios para que me calle.

—Cuando escuché tu canción pensé: «¿Esto qué es? Esta chica es especial». Conecté contigo a través de tu tema. Sí —pone los ojos en blanco— ya sé que parece todo muy intenso y una ida de olla total. Pero fue eso lo que sentí. Por eso no entendía por qué nunca estabas en las reuniones y cómo te habías desentendido de todo de esa manera. Como si tu canción jamás te hubiera importado y solo fueras una chica con talento al servicio de la pasta y la popularidad y con el novio de turno protegiéndola hablando siempre en su nombre. Una chica florero con unas ideas musicales brutales, eso me hiciste creer que eras. Y lo peor es que a pesar de saberlo y del rechazo que me provoca que uno no valore los dones que tiene y que no decida pelear por sus sueños, no me caías mal, solo me daba rabia la situación, eso es todo —intenta darme argumentos para que la comprenda, y yo sigo en *shock*. Coge aire por la boca y lo suelta mientras limpia mis párpados—. Ayer Bert me explicó lo que había pasado. Ágata se lo contó todo. Ahora sé lo que pasó con tu canción y sé lo especial que es para ti y lo vulnerada que te has podido sentir por mí y por no comprender cómo te sentías al respecto. No tenía ni idea. Loli tampoco lo sabía así que ella no me podía informar. He sido torpe y desconsiderada contigo. Y entiendo que ahora sea yo quien no te caiga bien. Yo tampoco me soporto mucho en este instante, créeme —asegura—. No me suelo equivocar con las personas, pero si me equivoco, también sé pedir perdón —arruga la toallita y la esconde en su puño—. Me da mucha rabia no haberte sabido leer,

Kira. Y siento haberte dado esa imagen tan déspota de mí misma. Suelo hacerlo con las personas que considero superficiales y sin valores. Porque, tal vez no lo entiendas y no tienes por qué hacerlo pero —me mira con franqueza y también cansancio— se me acercan muchos así, interesados, vacíos, superficiales... y estoy muy harta de eso. Solo quiero a gente auténtica trabajando conmigo y a mi alrededor, aunque sé que tengo que tragar con auténticos gilipollas, pero para eso tengo a Loli, para que medie —suspira, me retira un mechón de pelo de la mejilla y sonrío pidiendo una nueva disculpa—. Pero he patinado muchísimo. Perdóname. Lo único que te prometo es que voy a tratar tu canción con todo mi cariño, y más a sabiendas de que era y es tan importante para ti. Porque yo la siento así también. Al menos, sé que no he errado en eso.

¿Habéis visto *Jerry Maguire*? Pues en la reconciliación de Tom y Renée, ella le dice: «me tenías con el hola». Yo estoy tentada de decirle a Queen: «me tenías con la caja de drogas que me has traído». Pero sé que todo va más allá de eso.

Esta Queen que tengo en frente parece de otro mundo. No es ni la diva ni la pasota ni la soberbia con la que me he podido cruzar estos días. Es una Queen honesta y transparente. Y muy empática y dulce. Ahora mismo estoy más perdida que un chupete en un culo.

Proceso todo lo que me ha dicho. Y entre todo lo que analizo, resalto que está ahí cuidándose de repente, pidiéndome perdón ¡ella, una súper estrella! Que se ha gastado un dineral en un vestido para mí y que le da cero importancia a eso.

—Espero que no sea demasiado tarde para que reconduzca un poco la situación contigo —añade nerviosa al ver que yo la sigo mirando pasmada—. Sé que la culpa ha sido mía —admite—. Pero, igualmente, a mí me gustaría que volviéramos a empezar. Quedan poco más de tres semanas para Eurovisión. Me has ayudado mucho, incluso sin merecerlo, y me gustaría demostrarte que no soy la abeja gilipollas que te he vendido.

—Sí que has sido gilipollas —le reprocho—. Mucho.

—Lo sé.

—Pensaba que los artistas érais mucho más diplomáticos.

—Yo no —asume—. En algunos casos no sé serlo —se corrige.

—Vale.

—Vale —me mira expectante.

—Solo para que conste en un futuro —alzo un dedo—. No necesito regalos de miles de euros. Es excesivo, está fuera de lugar. No los quiero.

Ella asiente y dibuja un mohín de arrepentimiento con los labios.

—Bueno, mereció la pena igualmente. Estabas muy cañón —me dirige una sonrisilla pícara.

Niego con la cabeza vehementemente. Y ella asiente como una niña buena.

—De acuerdo, nada de regalos sin sentido.

—Bien.

Es todo tan extraño para mí. Queen parece estar preocupada por la imagen que ha dejado en mí, como si le importase algo, y yo me siento muy adulada al tiempo que divertida por su atención. No todos los días se tiene a una diva del mundo de la música pendiente de una. Es para mear y no echar gota. ¿Debería aprovecharme?

—¿Te gustó mi actuación? —me pregunta con sus ojos brillantes e ilusionados. Parece estar de mejor humor y ya no hay ni la pizca de miedo y remordimientos que tenían antes de entrar en mi casa.

—Estuvo muy bien —contesto todavía algo confundida.

Ella me mira de reojo y deja caer sus pestañas. Son tan largas que creo que van a levantar viento.

—Solo bien —asume—. Qué difícil eres de impresionar —murmura picajosa—. En fin... —se levanta y deja ir un largo suspiro—. No quiero molestarte mucho, sé que te va a entrar sueño y que has pasado muy mala noche —se excusa.

—En realidad... me estás ayudando bastante. Me has medicado, me has desmaquillado... me has pedido perdón —hurgo en la herida un poco y bostezo cubriéndome la boca.

—Sí. Todo eso he hecho, sí. Ahora tienes que dormir —me recomienda—. Pero antes de irme te voy a calentar el caldo de pollo con limón que te he traído. Te lo dejaré en el microondas y te lo tomas cuando te despiertes. Te sentará de maravilla —me guiña un ojo.

Me deja asombrada. Es tan extrañamente familiar que esté en mi salón, y al mismo tiempo, tiene tan poco sentido todo. Pero me gusta verla y me ha gustado mucho saber que yo no estaba equivocada respecto a ella, y que es buena. Porque odiaría admirar a alguien maléfico.

Me gustaría comer con ella y que pudiéramos hablar de música y de muchas cosas. Conocerla de verdad sería genial. Pero lo cierto es que tengo

mucho sueño, porque no he dormido nada. Y porque, además, la medicación me está dando relajo. Casi no puedo mantener mis ojos abiertos.

Ella está calentando el recipiente de la sopa. La veo de espaldas, con los mechones de su pelo cubriéndole los omóplatos. Debería sentirme incómoda o invadida. Y en vez de eso, me siento bien. Como si la casa también agradeciese su visita y que viniera a cuidar de mí.

No sé en qué momento me duermo.

Solo sé que cierro los ojos y que ella me está mirando con el gesto enternecido mientras cierro los ojos por completo.

Al día siguiente

Ayer no me despedí de Queen. Me quedé dormida antes.

Solo sé que abrí los ojos para encontrarme con la sopa en la mesa y una nota escrita a mano que decía:

En cuanto abras los ojos, caliéntatela de nuevo y tómatela con calma. Después, engulle como Venom si quieres, pero primero asienta la barriga con esto. Bueno, nos vemos pronto, espero.

Un beso,

Queen

Sorprendentemente, le hice caso. Comí lo más grande.

Y después, para mi estupefacción, volví a dormir como los angelitos, hasta hoy por la mañana.

Al menos, le he enviado un mensaje dándole las gracias de nuevo.

Y ella me ha contestado inmediatamente. Con un «me alegro mucho. Llámame para lo que sea que necesites».

Sigo sorprendida. Pero entiendo que ahora es como debería de ser y que está agradecida por todo lo que la he ayudado y por aguantar los comentarios

agrios que he escuchado de su boca.

Siento que tengo mucha energía, que estoy renovada y que quiero hacer muchas cosas.

La llegada al colegio me ha dejado sin palabras. Los alumnos me aplaudían por los pasillos, y el profesorado no ha dejado de preguntarme por Queen, por supuesto. Pero también me han felicitado por la hazaña eurovisiva. La directora está feliz por mí y siento que me valora más, si cabe.

Ágata me tiene frita. Me habla de Bert arriba y Bert abajo, y que es un sol, y que le encanta, que le gustaría volver a verlo, que cuándo quedamos todos... Y después me dice, sin filtros como es ella, que haría un trío con Queen y con él y que no sabría de quién se acabaría enamorando.

—Aunque, ¿por qué no estar enamorada de un hombre y de una mujer a la vez? Son formas y mundos distintos, ¿no? No son comparables.

Ella a veces tiene esos momentos filosóficos que incluso a mí me hacen pensar. Pero hay que dejarla hacer... porque tal y como viene esa pregunta metafísica, ella misma se la responde, y después se esfuma de nuevo.

—¿A quién te tirarías tú? —espeta señalándome con la caña de su Cacaolat Cero. Los viernes son de Cacaolat calentito y pasta. Es una tradición —. Ella es tremenda eh... mira, la vi en el escenario como el cisne negro y pensé: «oye, yo me la follaría». Pero es que él —pone carita de soñadora— es chocolate como yo. Tendríamos hijos guapos. Me caso con Bert y tengo de amante a Queen —concluye.

Yo no le sigo el rollo, porque ahora conozco a los dos y no quiero estar eligiendo utopías. Ágata es viva la vida, no tiene reparos y no cree en las etiquetas, al menos para el tema del sexo y de la cama. Pero después, para elegir pareja, solo ha estado con chicos.

Cuando le explico que Queen vino a mi casa a cuidarme, se le cae el cruasán que hunde en la taza de cacaolat. Y se mancha el jersey Gap gris con letras rojas que lleva. Mientras se limpia con una servilleta de papel, los ojos se le van a salir de órbita.

—Que no fui yo, que soy tu mejor amiga porque tenía que cubrirte en el colegio... ¿y va ella?

Yo dejo ir una carcajada por la cara de indignada que tiene.

—Pues sí.

—Pero... ¿y eso?

—Teníamos que hablar de unos asuntos. Y estaba preocupada por mí —me

encojo de hombros, disimulando—. Es buena chica.

Ágata traga lo que le queda de cruasán y pone esa expresión de «¿en serio?», que me pone cuando no le cuadran las cosas y no se cree la versión oficial.

—¿Y esa cara? —me suelta de repente.

—¿Qué cara? —respondo pasando un buen rato con ella.

—¿Me estás ocultando algo?

—¿Yo? ¡Nada! —exclamo divertida.

—¿Seguro? —acerca su nariz a la mía—. Mira que tengo un sentido para estas cosas...

—¿Qué cosas? No digas tonterías.

—¡Ja! ¡Te tiene fascinada! —me señala como si hubiera descubierto una prueba de un crimen.

Bueno, sí, era verdad. ¿A quién no le fascinaba esa mujer?

—¡Claro que me tiene fascinada! —asumo—. ¡Es una cantante internacional! ¡No soy de piedra! Hay cosas que me impresionan, aunque me obligue a disimularlas.

—Qué mona eres —murmura poniéndome morritos—. Si hasta te pones roja.

—Oye, para.

—No, para no. No pasa nada. Te acabo de decir que yo me acostaría con ella a ciegas, y tú te pones rojita por admitir que sientes admiración hacia ella. Eres muy mona.

—Cállate ya —cuelo la mano por debajo de la mesa y le hago un pellizco en el interior del muslo.

Ella da un salto y me aniquila con sus ojos verdes.

—Para, perra —me advierte.

La última vez que nos enzarzamos, acabamos con moretones por todas partes.

—Bueno, pues eso —coge la taza de nuevo y sorbe lo que le queda del Cacaolat—. ¿Cuándo volvemos a quedar? ¿Podrías invitarles a la fiesta de mañana?

—Mañana es Sant Jordi. 23 de Abril —le recuerdo—. Yo ni siquiera tenía pensado ir. Acabo de salir de una resaca muy dura.

—Sí. Y mañana es sábado noche. La vamos a liar parda, como cada año, con los del Teatro. ¿Crees que se atreverían a venir con nosotras? ¿Qué va a

hacer la pobre Queen? ¿Ir de entrevista en entrevista todo el día? Seguro que quiere algo de diversión. Si tú se lo propones y le dices que se traiga a Bert... —sugiere por lo bajini—. ¿No crees que dirá que sí?

—El problema no es que ella diga que sí —contesto pensándolo mucho—. El problema es que ellos son muy conocidos y...

—Créeme, nadie se fijará en ellos.

—Eso es imposible.

—Hazme caso. Además, hoy hace una semana que eres libre y feliz —choca su taza con la mía—. Hay que celebrarlo.

Hacer caso a Ágata es una muy mala idea.

Pero lo meditaré.

Además, no sé nada más de la abeja. Tal vez quiera moverse y hacer algo el fin de semana, pero como no quiere abusar de mi servicio de transporte no me dice nada.

Me aseguraré de eso. No tiene que ser fácil para ella arriesgarse a coger otro transporte y que los paparazzis la descubran.

Capítulo 11

Sant Jordi

Levantarme con «Comerte el corazón» que la acaban de poner en la radio es el sùmmum de la perfección y la fantasía.

La toma de contacto con la realidad de ayer en el colegio me ayudó a relativizar todo. Nada era tan grave.

Entendí que la gente que me conocía hablaría de mí y de mi canción. Los que me querían me felicitarían y se alegrarían por mí. Y para la gente que no me conoce, ahora pasaré a ser la de Eurovisión. Y eso que no soy yo la que canta. Pero será inevitable que hablen. Lo que tengo que hacer yo es, simplemente, no prestar atención.

El miedo y la inseguridad han desaparecido. Sé que ahora empezaré a ganar dinero con cada reproducción y cada emisión de la canción, cada descarga de plataformas de ventas digital, o de Spotify, Youtube, Radio, etc... Cobraré algo que se llama regalías mecánicas. Un canon por cada reproducción de mi composición. De unos cobraré más que de otros, pero tampoco me voy a obsesionar con mi cuenta. Lo que venga, bienvenido será.

Me preocupa más lo que la gente diga de mi tema. Y por ahora, tiene una recepción brutal. Gracias a que es Queen quien la interpreta, y el respeto que ella inspira es proporcional a su fama. En eso he salido ganando.

Estoy deseando salir a la calle y empaparme de un día tan especial.

En Catalunya se celebran muchos días, y muchos dirán que nuestro día más representativo es la Diada. Yo no opino igual. Considero que el día más bonito y de más magia en mi ciudad, por ejemplo, es el día en que las rosas y los libros pueblan las calles de colores, cultura y alegría. Si no lees, ese día, aunque sea, compras o regalas un libro. Y si no tienes pareja, puedes recibir una rosa igual de un desconocido, porque esas cosas se dan el 23 de abril en mi tierra.

Quiero ir a ver a mis padres también. Ese día es tradición llevarles un libro y una rosa a los dos. Ellos me enseñaron que a las chicas, además de la rosa, también se les debe regalar un buen libro, porque la cultura y las letras, sean del género que sean, siempre enriquecen y nunca perecen. De ellos tengo inculcada la afición a la lectura. A cualquiera. Me gustan los libros de todos los géneros: clásicos, históricos, románticos, policíacos, de ensayo... supongo que soy una romántica y de lo que estoy enamorada de verdad es de la poesía que encierra un libro en sí. Andrés siempre me regalaba un libro. Yo, en cambio, me aseguraba de autoregalarme el que me gustaba. Él no era muy ocurrente en cuanto a elegir una buena historia.

Hace un sol de justicia y estoy deseando detenerme por las paraditas de libros e inhalar el aroma festivo del día. Me encanta.

Me pongo cómoda porque sé que voy a andar. Los *jeans* desgastados y rotos por los muslos. Mis Disruptor negras, una camiseta de manga corta con el logo Supreme en el pecho y mi chupa de cuero.

Antes de salir de casa pienso en Queen. Ayer descubrí que le encanta leer. Tal vez debería darle esa oportunidad que me pidió para conocernos y ser amigas. Entonces no caí para invitarla a pasar el día de Sant Jordi e irnos de paraditas. Tampoco creo que quiera mezclarse entre el gentío...

Antes de cerrar mi casa con llaves me suena el teléfono.

Oye, a esto se le llama sincronicidad. Es ella. Debe ser un sentido abejil oculto.

—Hola, Kira —me saluda con ese tono más relajado y distendido.

—Hola —digo yo mirando las llaves—. Mira, estaba pensando en ti ahora. Hay un silencio en línea y después oigo su risita a través de sus palabras.

—¿Ah, sí? ¿Pero en plan bien o en plan mal?

Frunzo el ceño.

—En plan que me acordé de lo que me dijiste. De que te encantan los libros.

—Sí. Me gustan mucho. Y sé que hoy es veintitrés de abril en Barcelona y nunca lo he vivido como lo haría una ciudadana normal. Fíjate, me han entrevistado por teléfono para un programa matutino. Llevo una hora hablando y tengo la oreja que me arde. Y aquí estoy encerrada y sola, en una torre de marfil —su voz suena teatral—. Esperando a que mi princesa venga en moto a buscarme, sea buena y me saque de aquí.

—Por eso te llamaba —me río.

—¿Tú también lo has pensado? Esto es el destino.

—Había pensado que no sabía lo que ibas a hacer en un día así.

—Perfecto. Puedes pasarme a recoger cuando quieras. Me cojo el casco chicle.

—Eh... vale —contesto animada—, pero por favor, si quieres pasar inadvertida ve discretita. Nada de minifaldas ni...

—¿Qué les pasa a las minifaldas? —se echa a reír.

—Primero te miran las piernas y el culo. Después ascienden hasta la cara. Y entonces te reconocen. Y no quieres eso, ¿a que no?

Ella aún se está riendo.

—No. Por supuesto que no.

—Bien. Pues ya sabes. En veinte minutos o media hora estaré por ahí. Hoy las calles están abarrotadas, al menos muchas de ellas.

—Aquí te espero, *baby*.

Bizqueo. *¿Baby?* Está muy loca.

Entro a casa de nuevo y cojo mi casco para ir en moto hasta El Refugio.

Hoy va a ser un Sant Jordi inesperado y especial.

Y estoy nerviosa.

Recoger a Queen en el Refugio es divertido.

Solo yo sé quién hay detrás de la chica del casco rosa que se acerca a mí. Es como un secreto que ambas compartimos y que yo no pienso revelar. Creo que valora mucho mi silencio en ese aspecto. Entiendo que es una persona que no se suele fiar de nadie.

Hoy, al menos, no va a llamar la atención con la minifalda porque lleva unos tejanos bajos muy negros y muy ajustados, con los tobillos al aire como los míos. En los pies calza unas Adidas rojas. Y lleva una camiseta negra con pico, y una cazadora de piel Gucci. Y pone Gucci en mangas y en la espalda. Le gusta esa marca al parecer, o creo que la marca la viste, no estoy segura. Como sea, se gasta el dinero en ropa y le gusta, de eso no hay ninguna duda.

—Haz lo que quieras conmigo pero pásame y no me devuelvas hasta la noche —me pide un tanto agobiada.

—¿Mucho trabajo?

—Hoy no. Pero Loli me ha hablado del *planning* de la semana que viene y necesito distraerme mucho para no volverme loca. Así que llévame donde

quieras y compremos muchos libros. Tal vez eso me quite el mal humor.

Yo asiento como si la comprendiera. Quiero ponerme en su lugar y entender cómo lleva su vida.

—¿Te importa que antes paremos a ver a mis padres? Es una tradición para mí.

—Claro que no me importa. Tú mandas. Vamos donde digas.

—¿Llevas tu gorra y tus gafas?

Ella afirma y se toca la mochilita Fendi que lleva detrás.

—Aquí tengo mi kit de camuflaje.

—Perfecto. Sube.

Pero antes de subirse, Queen me levanta la visera del Momo y se me queda mirando a los ojos.

—Ahí están —murmura—. Hola.

Me hace reír con sus tonterías y su espontaneidad.

—Hola —contesto.

Se sube atrás, y se sujeta a mi cintura. Es muy extraño, porque esta vez se coge a mí como si confiara y no le molestase sujetarme.

Doy gas a la moto y arranco la Benelli en dirección a Gracia.

Me gustaría que os hiciérais una idea de lo que es este día aquí.

Las aceras están repletas de mesas con libros, y mesas con cubos de rosas. En cada calle, sobre todo en las principales como Passeig de Gràcia, Rambles, Portal de l' Àngel, Plaça Catalunya y Diagonal hay hileras de paradas coloridas y llenas de vida. Y todo el mundo cae en echar un vistazo, no vaya a ser que su libro esté ahí, esperando a que lo descubra.

Los autores salen de sus cuevas para dejarse ver y mostrar la mejor de sus sonrisas a sus lectores. Algunos tienen colas de cientos de metros, otros tienen a dos o a tres lectores que se les acercan y otros más firman en lugares excepcionales y distintos para asegurar un trato especial a sus seguidores. Que en este caso, suelen ser muchísimos.

Los periodistas de todas las plataformas esperan ir a la caza de la entrevista al Best Seller del día, y después estamos los lectores, que sin nosotros, este día no tendría sentido. Lo copamos todo. Lo buscamos todo. Y compramos lo que más deseamos.

Queen se abraza a mí sonriente, mirando a su alrededor con ojos de niña.

Está viendo eso por primera vez, no hay lugar a dudas. Me alegra saber que he sido yo la primera persona en mostrarle este día, y hacerlo a mi manera. Va a seguir mis rutas y mis tradiciones. Incluso comeremos donde suelo comer. Si lo hacemos bien, nadie la reconocerá ni la molestará.

Me subo a la acera y aparcamos frente al negocio de mis padres. La tienda es cuquisima, como si la hubiesen sacado de Willy Wonka.

Me gusta verlos trabajar juntos.

Mi madre tiene su sonrisa sempiterna y está tras el mostrador. Sirve en sus adorables cajas de cartón los packs de *cup cakes*, donuts, croissants... lo que le pidan de su amplia carta.

Mi padre trabaja en los hornos, ayudando en la elaboración de la bollería.

Justo delante del negocio están las paraditas expuestas de la pequeña librería de al lado. Los libros de ellos los suelo comprar ahí.

Queen se baja de la moto apoyándose en mis hombros. Después de dejarla bien aparcada, me bajo y me quito el casco. Me sacudo el pelo arriba y abajo y me lo aliso con los dedos. Me peino bien el flequillo y cuando me giro, tengo a Queen camuflada ya con sus gafas Ray Ban de cristal espejo y tras su gorra Goorin Brothers. ¿Os imagináis qué animal lleva? Exacto. Queen Bee.

—¿Cómo no? —musito mirándola divertida.

Todo lo que se ponga le queda bien. Esa melena es espectacular. Y sus mechones de colores más rubios y castaño oscuro rodean sus hombros y toda su espalda hasta la mitad. De repente dudo de que pase desapercibida. La mirarán igualmente, porque a todos nos gusta lo exótico y lo hermoso.

—¿Qué pasa? —me pregunta con curiosidad.

—Nada —meneo la cabeza y señalo la cafetería—. Este es el negocio de mis padres. Todos los Sant Jordis vengo y les entrego rosas y libros.

Ella sonrío y dice animada.

—¿Eres una buena hija, Kira?

—¿Por regalarles algo hoy? Qué va. Mi madre podría contarte muchas anécdotas diciéndote que soy un demonio.

—No lo creo —espeta colgándose el casco bien en el codo—. Bueno —mira a su alrededor—, ¿tienes pensado qué les vas a comprar?

—Ni idea. Miremos por aquí.

Juntas empezamos a cotillear lo que hay en las mesas exteriores de la librería. Me doy cuenta de que me mira mucho. Se fija en los libros que cojo y

mientras yo elijo títulos, ella escoge dos rosas en la carpa de al lado. Una de cada color. Una roja y una amarilla.

Se las paga a la florista y le regala el suelto.

Compro un libro de Reservoir Books para mi madre: *El edificio de las mujeres que renunciaron a los hombres*. Y para mi padre elijo *Una columna de fuego*. El tercero de la saga de Ken Follet.

—Toma —Queen me ofrece las dos rosas—. Dáselas a tus padres.

Yo las acepto agradecida.

—Gracias.

—No me las des —dice con humildad—. Es solo una tontería.

No lo es para mí. Cualquier detalle que venga de ella me parece irreal.

—Ven. Te los voy a presentar.

Cuando entramos me noquea el olor a horno y a dulce. Me encanta.

Queen mantiene una actitud que dista mucho de ser tímida, pero es respetuosa, curiosa y segura de sí misma. Y le pasa lo mismo que a mí. Siente placer al percibir el aroma de los cruasánes en el horno.

—Hola, cariño.

Mi madre, que lleva su pelo pulcramente recogido bajo una cofia de panadería, sale del mostrador al tiempo que se limpia el sudor de la frente con una servilleta.

—Es una locura. El primer descanso que tengo en todo el día —sus ojos azul verdoso sonrían y acto seguido caen sobre la figura de mi acompañante.

Yo la abrazo y le doy un beso. Y a continuación le presento a Queen.

—Mama, vamos a ir rápido antes de que nadie entre. Ella es Queen. La cantante —le digo sin más.

Mi madre abre la boca con sorpresa pero reacciona con normalidad. Sé que está flasheada, porque me doy cuenta de cuándo algo la impresiona.

—Oh, es un placer. Soy Verónica, la madre de la muchacha. Pero me puedes llamar Vero.

—El placer es mío, Vero —contesta Queen aceptando los dos besos de mi madre con agrado.

—¿Y cómo es que habéis venido las dos? ¿Teníais que hacer algo hoy? —me pregunta con interés—. ¿Os vais ahora algún sitio...?

—No —interviene Queen—. Nunca he salido este día por Barcelona. Y sé que ella es una amante de los libros. Así que le he pedido que me lleve y me enseñe la ciudad.

—Oh —está orgullosa de mí. Lo percibo—. Pues me alegra saberlo. Así la puedes animar un poco. Que la pobrecita está muy decaída desde que Andrés y ella...

—¡Mama! —le reprocho muerta de vergüenza.

—No te preocupes. Haré que se olvide de él —Queen sonríe ladinamente.

No le puedo ver los ojos ocultos por el cristal espejo, pero seguro que le brillan como a las lobas.

—A ver si es verdad —ruega mi madre desorientada como ella sola—. Eso sí, cariño —se gira y me sujeta las mejillas como cuando era pequeña—. Estabas tan guapa por la tele.

—Ya me lo dijiste —miro al techo.

—¿Sí? ¡Pero es que estabas lindísima con ese vestido!

—Eso mismo le dije yo —anuncia Queen como si nada—. Ese vestido le quedaba como un guante. Tuvo buen gusto —arquea las cejas.

—Y tú —mi madre mira a Queen de nuevo—. Sin palabras. Asombrosa. Te comías la cámara tú sola. Mira que yo sé mucho de filtros, vídeos y...

—Mama, no tenemos mucho tiempo —La corto porque cuando empieza no sabe parar—. Toma, tu rosa y tu libro de este año.

Se aleja el libro de los ojos para leerlo mejor.

—El edificio de las mujeres que renunciaron a los hombres... ¡Uy, mira! —exclama resuelta—. Pues a ver si me dicen dónde está ese edificio que me mudo con mis amigas.

Queen se echa a reír, y mi madre también.

Me hace gracia verlas así.

—Y le das la rosa y este libro para el papa —le digo—. Ya sé que está en los hornos y que no puede salir ahora.

—Otro ladrillo más a la colección —murmura mi madre—. Estos libros tan grandes hacen que cedan las estanterías —dice disgustada—. Pero le va a encantar —asegura—. Como todo lo que le coges. ¿Y a ti, mi vida? —me mira con preocupación—. ¿Quién te va a regalar este año...?

—Yo, Vero —contesta Queen—. Le regalaré una rosa y un libro. No le hace falta ningún novio para eso —está sonriéndole, pero sé que me lo dice con segundas y que me está mirando.

—Ah, qué buena amiga. Siempre nos viene bien tener amigas así que nos saquen de los baches —argumenta convencidísima de eso—. ¡Pues claro que sí! También se pueden regalar rosas y libros entre nosotras. Total, el Jordi

mató al dragón y liberó a la princesa. Pero... nunca le compró ni una rosa ni un libro. Son invenciones. Como lo de Ricky Martin en un armario, un perro y un bote de mermelada.

La cara de Queen es del tipo: «bueno, eso era verdad», pero en cambio, añade:

—Eso digo yo. Se lo regalamos a quienes nos da la gana —sentencia Queen.

—¡Claro que sí, mujer! —se reafirma mi madre.

—Mama, que nos tenemos que ir —digo fingiendo más prisa de la que tengo.

—No, no, espera... no quiero que te vayas sin que pruebes mis especialidades —le dice a Queen—. ¿Te gustan las cosas dulces, cielo?

Queen me mira y acto seguido responde.

—Me chiflan.

—Pues mira, bonita —mete en un paquete dos cupcakes con mascarpone por encima en forma de rosa roja. Y en otro paquete dos donuts rellenos—. Lleváoslos para el camino que hoy vais a caminar mucho.

Queen lo acepta gustosa y le dedica una sonrisa radiante.

—Gracias, Vero. La verdad es que tengo ganas de probarlo.

—Verás cómo te encanta. Oye, cariño —vuelve a salir del mostrador y me rodea los hombros—. Tráela un día a comer a casa.

Yo la miro anonadada.

—Mama, seguro que tiene cosas mejores que hacer que...

—Estaré encantada —contesta Queen metiendo la mano en la bolsa de los donuts. Coge uno y lo muerde con deseo—. Madre mía... —murmura—. Qué buenos...

—Verás cuando pruebes mis canelones —le asegura mi madre.

Por Dios.

—Pero, mama...

—No te invito como estrella que sé que eres, eh, Queen —le aclara mi madre como si la conociese de toda la vida—. Las amigas de mi hija son de la familia para Juanjo y para mí. Así que estás invitada cuando tú quieras.

—Muchas gracias, Vero. Acepto la invitación.

—Vale, mama —le doy un beso rápido—. Vámonos —agarro a Queen de la muñeca y la saco de ahí antes de que mi madre le hable de las cien mil recetas que tiene en la cabeza.

Queen le envía un beso a mi madre desde la puerta y sacude el Donut con la mano en el aire.

—¡Están de vicio!

—¡Lo sé! —oigo que grita mi madre agitando la mano como la Reina—. ¡Adiós! ¡Tened cuidado!

Una vez en la calle, Queen se saca la gorra y se la guarda en la mochila y se pone el casco. Yo hago lo mismo mientras niego con la cabeza.

—Perdona.

—¿Por?

—Mi madre es efusiva y no tiene en cuenta que...

—¿Qué tiene que tener en cuenta? —me pregunta con cautela.

—Que tú no estás para esas cosas. Tu vida no es así, supongo y no estás acostumbrada a la familiaridad de...

—Me encanta la familiaridad de tu madre —me corta ella. Creo que comprende por dónde voy y me temo que está en pleno desacuerdo—. Kira, soy solo una chica, con un casco chicle puesto, pidiéndole a otra que la trate como a una persona normal.

—¿Estás imitando a Julia Roberts en *Notting Hill*? —frunzo el ceño.

—Sí —asiente riéndose—. Pero el fondo es igual de verdadero. No soy la abeja reina aquí y ahora. Solo soy Queen, saliendo con Kira por Barcelona para disfrutar de este día. ¿Puedes tratarme como a una persona corriente? Estoy harta de las personas que me tratan como si fuera mejor que ellos. No me gusta.

Yo parpadeo confundida, hasta que soy consciente de lo que me dice.

—Perdona. Lo hago inconscientemente.

—Ya lo sé. Pero solo deja de hacerlo, ¿vale? Relájate. Esto me está fascinando, así que no me lo fastidies —me baja la visera del casco con los dos dedos—. *¿Capicci?*

—Entendido, entonces.

—Genial —canturrea—. Oye, tú madre ha puesto dos de cada —señala las bolsas—. ¿Pasa algo si me los como todos yo? ¿Te tengo que guardar alguno a ti?

—Pasa que yo quiero al menos la Cupcake en forma de rosa, gracias —la regaño mirándola por encima del hombro—. No querías privilegios, ¿no? Pues no pienso darte nada de lo que hay en esas bolsas.

Ella sonrío, pero se alza la parte delantera del casco integral y espeta:

—¡Pfff, bueno, tú conduce...! —saca su cupcake y la muerde cerrando los ojos—. No te prometo nada. Madre del amor hermoso, están de muerte...

No la puedo culpar.

El negocio de mis padres es famoso por el sabor de sus productos y su elaboración. Tienen una mano mágica para eso.

—Agárrate, al menos.

Ella me sujeta con una mano, y con la otra sigue comiendo la magdalena.

—Con las dos —le sugiero.

—Nop. Necesito la otra para comer —se encoge de hombros.

Hay mujeres con una genética divina y agraciada. Queen puede comerse todo lo que quiera que no le pasa nada. Yo me como lo que hay en la bolsa y tengo un michelin instantáneo.

Es que es perfecta y odiosa hasta para eso.

Capítulo 12

Media hora después, y con Queen en modo zampabollos en la moto, con la visera del casco integral subida y relamiéndose los dedos por culpa del Cupcake, llegamos a Passeig de Gràcia.

La diva parece entretenida y sin preocupaciones. Como si eso fuera justamente lo que le apetece hacer. Me parece sorprendente. No creo que fuera tan emocionante.

Aparcamos a la altura de Gran Vía de les Corts Catalanes. Y volvemos a hacer el mismo procedimiento. Se pone gorra y gafas. Yo me pongo las mías Wayfarer, y cada una cargamos con nuestro casco para perdernos a través del gentío.

Y me empapo del ambiente. Y parece ser que a ella le pirra tanto como a mí.

Quiere saber de todos los autores y todas sus novedades. No quiere hablar demasiado con los libreros ni estar mucho tiempo en una misma parada. Así que nos hartamos a caminar. Rambles de arriba abajo. Passeig de Gràcia de cabo a rabo. Y cuando nos cansamos, nos vamos a Plaça Catalunya donde música y más carpas amenizan el cónclave. Tantos colores, tantos gustos, tantas letras distintas... Hay demanda para todo, porque la oferta es feroz. Todos quieren vender.

¿Libros románticos? Encontrarás mil. ¿Libros de suspense? Otros mil.

¿De Política? Nunca antes las personas habían leído de tanta política.

Al final, el populismo vence y acabas comprando lo más anunciado. Pero yo no.

A mí me gustan los tesoros y las joyas. Y ser de las pocas que las descubren.

Estamos en Portal del Àngel ahora mismo. Voy a comprar un ejemplar espectacular de *Mujercitas*, de Louisa May Alcott. De tapa dura, con ilustraciones y una edición exquisita.

—El mundo editorial está muy ciego —dice Queen de repente.

Me la quedo mirando mientras sujeto la bolsa con mi ejemplar que me acaba de dar el librero.

—¿A qué te refieres?

—A que hay un tipo de literatura, al menos aquí en España, que no está cubierto. Y que si la supieran potenciar y se dieran cuenta de lo demandada que está y de lo necesaria que es, se forrarían con ella.

La observo con atención.

—No hay historias románticas de verdad entre chicas. Ni tampoco buenos romances entre hombres. ¿Qué pasa? ¿Que las novelas de amor solo son para los heterosexuales? —resopla y ojea una novela romántica—. ¿No tenemos derechos las heteroflexibles, las lesbianas y las bisexuales a tener nuestras propias sagas de amor? Mira qué bien —señala una página—. «Y le lamió el clítoris húmedo y resbaladizo. Y la amó, como solo un hombre puede amar a una mujer». ¿En serio? —se burla de ese párrafo—. Me río yo de cómo un hombre se come a una mujer.

Abro los ojos de par en par. Estupefacta por la espontaneidad de Queen. Nunca había pensado en ello. Jamás la hubiera imaginado hablando así.

—¿No hay novelas románticas para todo tipo de diversidades sexuales? —pregunto—. No lo sé. Nunca me he puesto a buscar nada de ese género. No sé si me gustaría.

—¿Y por qué no te iba a gustar? Si te gusta leer, te gustan las buenas historias y crees en el amor, no tiene nada distinto a lo que sueles leer, excepto que las protagonistas son del mismo sexo y que hay una relación entre ellas.

—Si la historia es buena y está bien escrita —me pongo a pensar—, no haría diferencias. No me gusta la vida monacal ni me identifico con ella pero me encantó El nombre de la Rosa —concluyo.

Ella asiente conforme y prosigue:

—En las librerías hay secciones de novelas de temática homosexual. Por ejemplo —dibuja un rótulo imaginativo con sus manos—. Homosexualidad. Y ahí hay libros de ensayo sobre la homosexualidad. Como si fuera un tema... y no pudieran normalizarlo. En esas secciones hay algún libro erótico y excesivamente íntimo y con mucho drama y perturbación en algunos casos. Suelen ser novelas un tanto oscuras. Como si esas relaciones fueran así de complicadas y tormentosas —niega con la cabeza—. ¿No hay escritoras románticas, sensibles y con sentido del humor que se atrevan a contar una historia de amor de dos chicas? Si hacen historias heterosexuales tan buenas,

¿no pueden hacer lo mismo con dos mujeres? ¿O con dos hombres? Y a poder ser que no sean historias trágicas y que acaben mal —pone los ojos en blanco.

—Supongo que no les debe ser fácil a esas escritoras —entiendo.

—Si son escritoras, pueden escribir de todo y de muchas maneras. Si son buenas, lo son cuenten la historia que cuenten. Así lo veo yo.

—No creo que les sea tan fácil. Tienen su público. ¿Por qué se van a arriesgar a hacer algo que no les comprarían sus seguidores habituales?

—Porque ni se imaginan la cantidad de personas del colectivo LGTB que están deseando en un Sant Jordi o en una Feria del Libro hacer cola de una autora con sagas a la medida de todos. Nos tenemos que agarrar a chispazos lésbicos dentro de series y sagas heterosexuales. Y se forman movimientos fans alrededor de esas parejas que salen a migajitas. Como si estuviéramos dispuestos a quedarnos con las sobras. Y lo hacemos como miserables. Clarke y Lexa, Delphine y Cosima, Jazmín y Rana, Flor y Jasmín, Agustina y Valeria, Anni y Jasmine...

—Has repetido muchas veces Jazmín —le señalo.

Ella se ríe.

—¿Ves? Otra cosa más a criticar. Qué les pasa a los guionistas de las series que en la mayoría de parejas que salen de chica-chica, una de ellas se suele llamar Jazmín. ¿Hola? Hay más nombres, oiga. No sé —continúa con su diatriba—, a lo que me refiero es a que somos un poco palomas callejeras alimentándonos de los cachitos de bocadillo que nos tiran. Deberíamos tener un bocadillo entero también. El colectivo está tan desesperado y tan necesitado que ya buscan parejas donde no las hay, como por ejemplo entre Supergirl y Lena Luthor. Y lo hacen para engancharse a esas series. Es bastante patético —se sonríe asumiendo la situación de esos lectores—. No sé, de verdad que no veo cómo no hay alguien listo y que vea lo que está pasando. Las cosas están cambiando. El amor es de todos. El deseo es de todos. La pasión es de todos. Pero las novelas románticas son solo de los heteros.

—Si quieres, ponemos una reclamación y hablamos con algún editor y se lo comentamos.

—¿Qué?

—Te lo digo en serio, no me mires así. Es el día y el momento perfecto para reclamar.

—Paso —lo deja ir—. Si tengo que exponer demasiado, al final alguno me

reconocerá.

—Mira, igual te proponen que escribas tú un libro. Eso lo hacen mucho.

—No. No soy escritora.

—No importa. Te lo escriben ellos pero ponen tu nombre para que vendas. También lo hacen mucho.

Ella me mira horrorizada.

—Está todo inventado —murmura decepcionada—. Pero si no fuera cantante, me dedicaría a escribir sagas y libros para el colectivo de lesbianas, gays, bisexuales y heteroflexibles y también transexuales. Somos las fanáticas más potenciales y obsesivas que tiene la sociedad, porque somos mujeres, y nadie nos está sacando provecho. Haced cosas para nosotras —alza la voz un poco como si hablase con todos—. Veréis cómo nos rascamos el bolsillo para comprarlo. Las heteros están ya hartas de tanta novela, ¿no veis que tienen cien mil títulos cada mes? Por eso piratean tanto. Lo quieren todo. Y son cosas tan fáciles de conseguir que ya han perdido el valor.

—A mí me gusta comprar libros románticos alguna vez —señalo—. Pero compro si la historia lo merece, y no me importa el género que tenga. Lo único que miro es que merezca la pena y que me cuenten cosas nuevas.

Se detiene entre el gentío y se gira hacia mí con decisión.

—Pero porque tú eres un ser de luz mágico y extraño —inclina su cabeza a un lado y su pelo con estratégicas y estudiadas ondulaciones cae sobre su brazo derecho. Su gesto rebosa cariño y simpatía. Después me pellizca la nariz divertida—. Pero no todas son como tú. Hay cientos de personas con muchos prejuicios y con una educación limitada.

—Pues ellos se lo pierden —me encojo de hombros.

Ella se me queda mirando fijamente. Parece sumida en sus pensamientos, como si quisiera descubrir en mí más de lo que yo le enseño.

—Te invito a comer —me dice.

—No. Te invito yo a comer.

—No. Tú ya estás invirtiendo el tiempo de este día conmigo —resume—. Así que pago yo. ¿Dónde vamos? Tiene que estar todo a reventar... —echa una vistazo alrededor.

No me voy a poner a pelear por algo así. Ya tengo una mesa reservada para dos para este día. Era uno de mis rituales en Sant Jordi. Ahora lo haré con otra compañía. Los dueños me conocen. Ya saben que voy a ir. Pero no creo que Queen quiera ir a un lugar así.

—Sí. Este día está todo lleno, pero yo suelo tener una mesa reservada siempre en un restaurante de aquí cerca. Lo que no sé es si es tu estilo. Tendrás otra lista de restaurantes sibaritas sin duda a los que ir.

—Mi estilo es comer. Como el de todo el mundo. Si tienen comida, voy donde sea —contesta de manera definitiva.

—Vale... ¿Te gusta la comida vietnamita?

—Sí —dice sonriente.

—Bien. Entonces sigamos caminando hasta la calle dels Sagristans. Iremos al Bún Bò Viêtnam.

A ella todo le parece perfecto. Está de muy buen humor, muy distinta a días anteriores, y quiero creer que es porque ya no siente que está al lado de alguien superficial e interesado.

Para mí es importante que alguien a quien admiro no crea que tengo poco interés como persona. El respeto de Queen lo valoro mucho.

Y ese rictus sonriente en sus labios también hace que me sienta bien.

Este restaurante vietnamita es muy conocido, y por supuesto muy concurrido. Es un local lleno de colorido con tonalidades verdes, amarillas, rojas y naranjas, y farolillos típicos en el techo, ubicada entre las callejuelas que rodean la catedral de Barcelona.

Sin embargo, cuando me ven llegar, el camarero me saluda y me indica que entre dentro, a mi mesa de siempre.

Allí he ido con Andrés, con Ricky y mis padres y con Ágata.

Ir con Queen es algo inverosímil. Paso nervios, porque no quiero que la fastidien si la reconocen. Aunque ella parece no estar preocupada por eso. Además, dice que tiene dos disfraces de incógnito. La de *cool*, con sus gafas de sol y su gorra. Y la de secretaria molona: se ha recogido el melenón en un moño alto, y de su mochila ha sacado unas Ray Ban de pasta marrón, con cristales transparentes sin graduar. Ella dice que así no la reconocerán. Yo digo que a mí me llamaría la atención igual. Es una cuestión estética. Las cosas bellas, sean personas u objetos, atraen las miradas. A ella, por mucho *atrezzo* que lleve, le pasará lo mismo.

Nos colocan en una mesita de la esquina. Al lado de una de las ventanas. Está lleno y hay una mezcla de clientela local y extranjera en un día como el de hoy, y eso nos ayuda, porque están más concentrados en degustar su plato y

hablar sobre los libros que quieren o que ya han adquirido que en mirar a su alrededor.

—Kira, deja de otear lo que nos envuelve. Estoy bien —dice Queen apoyando los codos hacia adelante para concentrarse en mí—. Te he dicho que mi disfraz de incógnito me protege.

—Pareces una azafata caliente del *Un, Dos, Tres...* —señalo—. Te falta la calculadora. Me sorprende que no te miren.

—Tal vez es que tú me miras demasiado —contesta observándome por encima de la carta que acaba de coger.

Elevo mis cejas, hasta que me doy cuenta de que se está burlando de mí. Entonces, se echa a reír de nuevo. Y yo siento que mis mejillas empiezan a arder. No sé por qué reacciono así a sus comentarios. Me siento como Becca en *Pitch Perfect 2*, cuando se enfrenta a la rusa y de repente parece estúpida. Queen es una experta en poner nerviosa a la gente, y disfruta con ello.

—Bueno, qué tengo que pedir —me urge.

—Yo suelo pedir las bombas de pollo, el arroz frito con coliflor, brócoli, calabacín, y la salsa de curry. Y pollo con mango y jengibre.

—Quiero —deja la carta encima de la mesa. Ve mi decisión definitiva.

—Quiero también.

El chico se acerca y apunta nuestro pedido. Mientras esperamos, hablamos de lo curioso que es el lugar y del mural que hay en una de las paredes, con unas islas de Tailandia muy famosas.

—¿Te gusta viajar? —me pregunta.

—Me encanta. Adoro estar en mi casa, porque es mi hogar. Pero una vez al año necesito ver algo nuevo. Tú has debido viajar mucho, ¿verdad?

—Muchísimo —dice cansada—. Demasiado tiempo a veces sobre un avión. Ojalá pudiera disfrutar más de mi Madrid y de mis casas.

—Claro, porque tienes más de una.

Ella se disculpa con una sonrisa.

—Lo siento si ha sonado presuntuoso.

—No. Para nada. Te lo has ganado, no hay nada que objetar.

—La cuestión es que siempre pensé en vivir de la música como algo que me daría la libertad. Pero nunca imaginé que iba a cortarme las alas tanto.

—Los famosos lo llamáis el precio de la fama.

—Sí. Ya lo creo. Pero espero que este año, después de Eurovisión, pueda conseguir por fin el tipo de carrera y de vida que quiero.

Eso me deja un poco pasmada. Queen Bee es conocida mundialmente. Es una de nuestras artistas más internacionales. Todo el mundo querría eso para sí. ¿Es que no le gusta su vida?

—¿A qué te refieres?

—Bueno —se encoge de hombros—. En mi caso, cuando salí del concurso y los sellos discográficos vinieron a por mí, algunos ya tenían sus precontratos acordados con la cadena. Fue el caso de Neón Music. Ellos me ofrecían tres años con ellos. Pero siempre según sus normas y sus cláusulas. En estos tres años iban a lanzar mi carrera musical a lo bestia, pero tenía que ceñirme a su plan y al tipo de música que querían que yo cantara para lograr mi estrellato, y como consecuencia, el suyo también. Los dos discos que hemos lanzado lo han hecho ellos. Yo no he tenido poder de decisión en ninguno de los temas elegidos.

—¿No estás contenta con tus trabajos?

—Sí lo estoy —aclara con cautela—, y con el sello también, que conste. Dolores es mi hermana y Esteban me cae muy bien. Pero aunque yo soy la imagen más potente de su sello, mis discos no hablan del tipo de música que me define. No siento que sean muy míos.

Eso es cierto. Recuerdo que las canciones íntimas y melódicas que ella hacía en la academia del concurso, poco tenían que ver con las que después la llevaron al número uno de ventas. Sin embargo, sus discos, aunque me parecen muy comerciales, son excelentes.

—¿Y Eurovisión?

—Eurovisión es el último favor que le hago a nivel personal a Loli & Estif.

Me da un ataque de risa al oírla hablar así, y por poco me sale un grano de arroz por la nariz.

—Perdón —me disculpo limpiándome la boca con la servilleta. Se me han saltado hasta las lágrimas.

—¿No sabías que se llamaban así? —me pregunta asombrada.

—¿Como Lilo & Stitch?

—¡Sí!

—¡No! Joder... ¡claro que no! Pero ahora que lo dices, tiene sentido. Entonces... decías que les hacías un favor.

—Sí. Porque ellos querían ganar conmigo, que ese fuera nuestro último trabajo juntos. Querían llevar algo potente y con posibilidades, y me pidieron

que lo hiciera por ellos. Y no me pude negar. Pero después de esto, seré libre. Además, no todo ha sido malo —insiste lanzándome una mirada velada a través de sus pestañas. Sus ojos marrones a veces parecen negros, y otras veces, depende de cómo, parecen miel amarillenta—. Gracias a aceptar su propuesta, llegó a mis manos tu canción. Y te conocí.

—Pues vaya descubrimiento —murmuro sin excesiva sorpresa.

—Pues lo ha sido —asume observándome con insistencia.

Creo que me va a dar el tic en el ojo como siga haciendo eso.

—Bueno... Yo creo que todo lo que has hecho hasta ahora son trabajos muy buenos —intento redirigir el tema.

—Y muy populistas.

—Al final, las canciones que provocan que todos las cantemos, son populistas, porque son de todos. Y eso no es malo.

Ella me lanza una mirada sincera y entretenida a través de esos cristales transparentes.

—Me gusta cómo relativizas las cosas. Lo haces todo fácil.

—Qué va —le aseguro.

—Ya lo creo. Me gustaría poder hacerlo también y que no me afectasen tanto.

—No parece que seas de las que te afecten las cosas. Da la sensación de que estás por encima de los temas más mundanos.

Ella se ríe sorprendida.

—¿En serio? Esa es mi manera de protegerme. Cuando te persiguen los paparazzis tienes que aprender a no mostrar sentimientos ni nada que te afecte demasiado, porque juegan con eso. Y con el paso del tiempo, te queman. Yo nunca lo he sabido llevar.

Su móvil vuelve a sonar. Ella lo mira un momento y después lo pone boca abajo y además lo silencia. Me da por pensar que es alguien que no quiere que yo vea.

—¿Eso hicieron contigo?

—Claro. Con todo. Primero por ser abiertamente bisexual y no ocultarlo. Después buscando tensiones entre mi padre y yo. Ya sabes que él es agente, y que ha llevado a muchos artistas, y sigue llevándolos. Todos decían que tenía mala relación con él, por eso no quería que él llevase mi carrera. Y me tildaron de *Enfant terrible* y chorradas de esas. Y después con mi relación con Barbie. Dijeron muchas barbaridades...

—*Barbieridades* —musito. A veces no lo puedo evitar y no tengo filtro—. Perdón.

Ella se queda como en shock, y después deja ir una carcajada.

—Eso ha sido muy gracioso. La cuestión es que todo se fue a la mierda. Todavía estoy esperando a ver qué se van a inventar ahora y qué más dirán. Tienen mucha imaginación, ¿sabes?

El chico empieza a traernos platos pero yo no dejo de pensar en que ella se está abriendo y me está contando cosas personales. Me siento honrada por ello.

—¿Y hay alguna verdad en lo que decían? Yo no suelo leer revistas de ese tipo ni veo programas rosas, así que no sé qué chismorreaban —me explico.

—Nada era verdad —contesta ayudando al camarero a hacer sitio en la mesa para colocar las bebidas y el plato principal—. No soy bisexual por moda, por Dios. Soy bisexual porque me encanta y me siento así, y porque puedo acostarme con los dos géneros y enamorarme de ellos sin miedo y sin prejuicios. No me llevo mal con mi padre. Le adoro, es mi número uno. Pero no quería ser una enchufada. Sus contactos me lo daban todo, y yo quería ganármelo por mí misma —me explica bebiendo de su cerveza—. Por eso me apunté al concurso y al ganarlo firmé con Neón Music. Para abrirme camino sola. Y lo de Barbie... Nunca quise formar un dueto con ella ni tampoco quería asegurarme de que no brillase más que yo después de que saliera de otro Talent Show. Algunos medios decían gilipolleces. Ni yo le vetaba canciones —resopla indignada—, es que es todo tan ridículo. Eso es una soberana mentira. A mí lo que hagan los demás no me importa. Estaba con ella porque me gustaba. Y porque yo sí creía en nuestra relación. Pero al final salimos muy quemadas, por culpa de todo lo que nos rodeaba...

Como el pollo al curry y asumo todas sus palabras. Es tan honesta y tan franca hablando que la tengo que creer ya solo por el modo en que me mira cuando se explica. No oculta nada.

—Y sin todo eso que os rodeaba y que os hacía mal... —pregunto a modo de tanteo—, ¿seguiríais juntas ahora?

Su móvil vuelve a sonar. Otro mensaje. Y ella lo vuelve a ignorar.

—Lo mío con Barbie es... fue —se corrige— complicado. Y tóxico. Al final, nos estábamos haciendo daño —dice como si lo hubiese superado.

—¿Y seguís en contacto?

—Síp. A veces. Cuando le da me escribe muchísimo. Y yo le contesto lo

que puedo. Es de arranques, ¿sabes? Y cuando se le pasa, y yo le pongo límites, puede estar un mes sin decirme nada en absoluto.

—Entiendo...

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Tú qué? No vamos a hablar solo de mí, ¿no? Mi vida es popular. La tuya es un misterio —apoya la barbilla sobre sus manos y me mira como si fuera una rareza del universo—. Cuéntame, chica sexi.

¿Chica sexi? Eso sí me hace gracia. No me extraña que sea tan ligona.

—Mi vida es muy aburrida.

—No. ¿Sabes lo que más lamento?

—No —digo llenándome el vaso de nuevo de Coca Cola light—. ¿Qué?

—Que me haya enterado de cosas tuyas por boca de Bert y no por mí misma. He sido muy mema contigo. Soy súper curiosa con las cosas que me interesan, pero contigo no he sabido hacerlo.

Carraspeo y trago con fuerza parte del pollo que ambas compartimos.

—Bueno —vuelvo a carraspear—. Lo que no sé es por qué Bert sí las sabe.

Ella espera a que yo caiga en ello y eleva una ceja.

—Vale. Ágata, ¿no? Estuve centrada en los americanos... —musito bajando la cabeza.

—Sí —se ríe de nuevo—. ¿Sabes? Se han hecho muy amigos. Tu amiga es muy guapa y él creo que piensa lo mismo. Pero Bert es muy complicado.

—Ágata tampoco es nada fácil. Y no es de las que se monta castillitos en el aire. No es una flipada enamoradiza.

—Él tampoco. ¿Y bien?

—¿Bien qué?

—Que me hables de ti, pavita.

—¿Pavita?

—Cuenta.

—No tengo nada que contar.

—Pues yo creo que sí. Explícame cómo una chica como tú, tan guapa, tan simpática y con tanto talento, se pasa tantos años al lado de un hombre como Andrés. Y dime cómo puede ser que todavía tengas ganas de hablarle después de lo que te ha hecho.

Me quedo pensando sobre ello. Sé que mis amigos más íntimos entre los

que cuento a Ágata y a mi primo Ricky, me echarán en cara lo mismo. Pero a mí me cuesta odiar.

—No sé portarme mal con él después de todo. Él puede haberlo hecho fatal, pero —juego con la base de mi vaso— ni siquiera ahora, que sé que tiene algo con la tal Melanie, puedo odiarle. Creo que no quiero hacerlo, porque le quiero.

—No puedes ser su amiga —me reprocha—. Ha incumplido el manual del novio y del mejor amigo y ha cometido la peor de las traiciones.

—Lo sé.

—¿Aún estás enamorada?

—Yo no dejo de sentir de un día para otro. Le quiero tanto como me ha decepcionado y me ha desencantado. En todos estos años él y yo hemos estado bien. Esto que ha pasado me ha cogido por sorpresa.

—¿Él te sigue gustando físicamente?

Uf. Demasiadas preguntas en las que no quiero pensar.

—Andrés es un hombre que siempre me gustará, porque físicamente siempre me ha puesto... —no quiero seguir hablando más de esto—. Bueno, eso, que me ha puesto, vamos.

A ella no parece gustarle ese comentario, pero lo disimula rápidamente.

—Pero sé que no pienso volver con él ni aunque me lo pida de rodillas —No necesito jurarlo—. Porque ya no confío. Pero aunque me ha hecho mucho daño, todavía no sé ser indiferente. Yo no soy como esas personas que cortan y ya son enemigos o no se quieren ni ver. No tiene sentido ser así cuando ha habido tanto amor de por medio.

Ella me contempla con el gesto sereno pero muy serio. Cubre mi puño cerrado sobre la mesa con su mano, señal de que estoy en tensión, e impulsa la cabeza ligeramente hacia delante para decirme.

—Eres buena hasta para eso. No sabes odiar ni siquiera a los que no merecen otra cosa por tu parte.

—No creo que sea algo que quiera aprender. Es mejor tomar una lección de la experiencia de ser decepcionada y traicionada por alguien, así aprendemos a no ser como ellos.

Ella parpadea un par de veces, retira su mano y asiente como si hubiese acabado de comprender algo. Sé que ha murmurado algo para sí, pero no la he entendido.

—Esta comida está riquísima. Gracias por traerme —me dice atacando al

pollo y volviendo a beber de su cerveza—. Cuéntame más cosas sobre ti.

—No sé qué te puede interesar sobre mí.

—Para que veas —se hace la sorprendida—. A veces me fascinan cosas inimaginables. Sigue hablando. Me gusta oírte.

Yo no dejo de comer mientras la miro. Finalmente, asumo que lo dice en serio, y le suelto:

—Pues tú te lo has buscado.

Y empiezo a hablar por los codos.

Capítulo 13

No pensé que iba a pasarlo tan bien ni a estar tan a gusto. Ha habido momentos que me daba tanta risa que me faltaba el aire. Queen tiene mucho sentido del humor y me gusta cómo cuenta las cosas. Ella dice que yo soy cómica, pero no sé a qué se refiere. Debo tener cara de chiste o algo similar.

Al hablarle de mí y de mis cosas también he aprendido cosas de ella, porque ha sido una comida con *feedback* constante. Sin silencios. Y si los hubo, fueron cómodos.

Al salir del restaurante seguimos andando entre las callejuelas paralelas a Rambles. Las firmas de las cuatro están en pleno apogeo, y en las calles no cabe ni una aguja. Lo comentamos casi todo y disfruto de verla tan despierta y atenta a todo lo que hay a su alrededor... La Queen azafata del *Un, Dos, Tres* no llama la atención de los demás, excepto de los que se giran para mirarle el culo. Porque como mirarle a la cara es muy descarado, aprovechan para hacerlo a sus espaldas.

—Te preocupas porque me miren —espeta ocultando una media sonrisa—. Y no me miran a mí. Te miran a ti.

—Tú estás mal —le digo.

—Dime por qué yo tengo que llamar más la atención que tú. ¿Porque me conocen?

—Obvio.

—Pero así no soy tan llamativa. En cambio tú...

—¿Yo qué? No digas tonterías.

—Te quieres muy poco. A ver, párate —me ordena.

Estamos en la calle Portaferriosa. La marabunta humana va en todas direcciones, y ella y yo estamos ahí paradas, como estatuas.

Me quita las gafas de sol y me las pone como una diadema. Me mira a los ojos y me peina el pelo liso con sus dedos, colocándome ambos lados iguales sobre los hombros.

—¿Quién no te mira a ti? Tienes una cara súper dulce y bonita, y esos ojos son bipolares y con una forma de almendra perfecta y grande. Tus pómulos son altos, tus cejas son largas y tienen el grosor perfecto. Dicen que la belleza es muy subjetiva... pero yo creo que hay rostros que gustan a todos —me alza la barbilla con dos dedos—. Una morena de pelo berenjena —se echa a reír por la palabra—, y ojos claros y granujas. Con la piel clarita y ese semblante expresivo. Si no te conociera, yo sería de las que te miraría a la cara. Pero después te miraría el culo, como hacen los demás conmigo.

Abro los ojos consternada, pero no la tomo en serio.

Hoy he cruzado una línea con ella. Nos hemos acercado, me siento su amiga. Tal vez me lleve un corte más adelante por creer que le gusta estar conmigo y que podemos tener una buenísima amistad, pero hoy estoy optimista y quiero creer que Queen y yo confiamos lo suficiente la una en la otra como para decirnos ese tipo de cosas sin creer en que vaya a nada más.

—¿Te has fijado entonces?

—¿En ti? —me dice con evidencia.

—No, en todos lo que se giran para mirarte el culo.

Ella resopla, y me pone una mueca divertida.

—No. No tengo ojos en el cogote. Y ya me gustaría —explica prosiguiendo su andadura por calles desconocidas para ella—. Así podría detectar a los paparazzis.

La miro de reojo. Ese tema la había mucho.

—¿Has tenido algún problema con algún periodista?

—Sí, alguno sí —contesta—. Pero una vez sueltan una mentira en un medio, después es difícil borrarla.

—Bueno, no por repetir muchas veces una mentira se convierte en verdad.

—Lo sé. Pero jode. Jode leerla y oírla.

—Me imagino —no sé cómo lidiaría yo con ese tipo de vida—... ¿Y con algún fan? ¿Has tenido algún seguidor demasiado... acosador?

—Sí —contesta—. Tuve un seguidor por redes al que tuve que bloquear y denunciar.

—¿Qué te decía?

—Primero me deseaba. Después me enviaba poesías pornográficas. Cuando no le hacía caso a lo que escribía, me empezó a odiar por mi indiferencia. Luego decía que Barbie era mucho mejor que yo. La cosa empeoró —explica mirando con extrañeza la calle oscura y de las poco

transitadas en la que nos estamos metiendo—. Se obsesionó con Barbie. Empezó a mandarme mensajes muy desagradables... Yo le denuncié y aunque intentaron rastrear su IP, se cerró todas sus cuentas y se dio de baja de las redes sociales, pero a él nunca le encontraron.

—¿Él? ¿Sabías que era un chico?

—Bueno, no estamos seguros. Sabemos que tenía un nombre masculino. Se hacía llamar Van Tassel. Como Van Helsing, Van Gogh, Van Damme... Y tenía entre paréntesis el nombre de Hermán. Claramente, era un hombre —se reafirma.

Yo la detengo en medio de la calle. A mitad entre el principio que hemos dejado y el final que aún no vemos. Hay un local al lado con una persiana llena de grafitis cerrada. La verdad es que es una calle de mierda.

—¿Hermán? Para empezar, Van Tassel no es un nombre de hombre.

—¿Eh? Sí. Sí lo es —contesta como si dijera tonterías.

—Que no —me río—. Se trata de Lady Van Tassel. ¿No sabes quién es?

—Sí. Mi acosador. Pero no es Lady, pesada. Te lo estoy diciendo.

—Que no. Su nombre real es Crone Herman, más conocida como Lady Van Tassel. Es la villana de Sleepy Hollow.

—¿Sleepy qué? ¿Ese quién es? ¿El enano dormilón?

Abro los ojos de par en par y dejo ir una risa histriónica. Es que me hace mucha gracia. No es que ella ni nadie esté obligado a saber quién es. De hecho yo lo sé porque a Andrés le gustan las películas de Tim Burton. Y me obligó a verlas todas.

—Es el Jinete sin cabeza. Lady Van Tassel era Crone Herman. La que ordenaba los asesinatos al Jinete sin cabeza. Al final, ella y el jinete se van los dos juntos al infierno a través del árbol de la muerte.

Queen no entiende nada. Se queda en silencio y al cabo de unos segundos exclama:

—¿Eh?! —Me da un susto de muerte—. ¡¿Que mi acosador es una mujer?! ¡Qué hija de perra! —grita indignada—. ¡¿Y la policía por qué no pensó en ello cuando hice la denuncia?!

—Eh, bueno... la policía no es tonta. Pero a veces sí es despistada. Mira, aquí patinan igual. Recuerdo una vez me pasó que me...

—Eh, vosotras dos.

Queen y yo estamos tan concentradas en nuestro descubrimiento, ahí, en medio de unas de las pocas calles oscuras de Barcelona, que no nos hemos

dado cuenta de lo peligroso que es. Tanto, que nos giramos sorprendidas para darnos de bruces con dos chicos entre los dieciocho y los veinticinco. De esos que no sabes qué edad tienen en realidad.

Los miramos a la cara, un tanto desorientadas.

—¿Qué quieres? —le suelto extrañada.

—¿Cómo que qué quiero, piba? —y hace un gesto con la mano, tirándola hacia adelante.

Queen y yo miramos a la vez, a ver qué tiene. Y nos encontramos con una navaja de unos diez centímetros de largo.

Queen me coge del hombro y me gira para que le vea la cara a ella.

Yo no puedo comprender la gravedad de la situación. Ni ella tampoco porque hace que les dé la espalda. Perfecto para que me dé una puñalada. ¿Qué nos pasa, por el amor de Dios?

—Que nos están atracando, coño —me suelta perpleja.

—Eh, bibliotecaria guapa —¡le dice a Queen!—, que me des lo que tengas...

El chaval que lleva la voz cantante es el más alto. Es rubio, teñido, con ojos azules. Tiene una capucha por encima que le cubre media cabeza y tiene un estilo desgarrado. El de atrás es moreno y más bajito, y no deja de mirar a ambos lados del final de la travesía, nervioso y con miedo de que alguien les pueda descubrir.

—¿Pero que el mocoso este me ha llamado bibliotecaria? —dice incrédula.

Madre mía. Es una gallita.

—Que tiene una navaja —le advierto hablándole entre dientes y empujándola hacia atrás—. Cierra la boca. Y démosle lo que quieran.

—Y una mierda.

Noto a los chicos inquietos. Inseguros.

—¡Que nos deis la pasta o os...!

—¡¿O qué?! —Queen se encara con ellos y yo la sujeto por los hombros—. ¡Que me vas a hacer tú a mí si no tienes ni media hostia!

Por favor... no. Que la palmamos aquí sin quererlo.

—¡Uy, lo que te ha dicho la gafitas! —El moreno se ríe de su amigo—. ¡Pínchale el culito a la morena! —dice entre risas.

Yo veo las fosas nasales de Queen expanderse. Sus ojos ya no son caramelo. Son del color de las castañas. Marrón oscuro y rojizo. Está

fulminando al chico de la navaja como si le diera igual que la corten.

—Tú tócala... —le advierte—. ¡Que te arranco la cabeza! —dice como un perro salvaje—. ¡Que estoy *mu* loca, eh!

—¡¿Qué haces, tarada?! —le reprocho entre medio de ella y los ladrones.

Los chicos se quedan alucinando.

Esta quiere que nos maten. Queen me quiere apartar de un empujón y lanzarse a por ellos. Yo no lo puedo permitir. ¡Qué escándalo! ¡Que estos desgraciados no saben ni quién es!

Entonces, algo en mí se activa. No es que tenga superpoderes. No los tengo. Pero es un instinto de supervivencia. Y no sé qué hago ni cómo lo hago.

Pero la empujo, para apartarla de ahí. Veo cómo su cuerpo choca contra la persiana de grafitis. Me doy la vuelta con cara de pirada con falta de riego, sujeto bien mi casco negro, lo hago con nervios y con fuerza, y tal y como me giro, aprovecho la inercia del movimiento y le doy en toda la cara al peliteñido de rubio.

La navaja sale volando. El otro, el morenito chistoso se queda pálido. Yo tengo tanta adrenalina que estoy dispuesta a darle con el casco a él y a quien sea que se cruce por ahí, sea ladrón o no.

El rubio se sujeta la cara y se queda mareado y a punto de caerse al suelo. Pero su amigo lo agarra, evita que se desplome y le ayuda a correr por el callejón. Están huyendo como ratas. Los dos asaltadores corren hasta desaparecer de nuestro campo de visión.

Miro el casco estupefacta. Pensaba que se habría abollado, pero está perfecto.

La navaja permanece en el suelo, y la hoja metálica brilla por el reflejo de la claridad del poco cielo que se ve por encima de los edificios.

Nos han dejado solas.

Me doy la vuelta y me encuentro a Queen sentada en el suelo con la espalda apoyada en la persiana de ese local. Se le han resbalado un poco las gafas por el puente de la nariz, y el moño se le ha deshecho por completo.

Ambas intercambiamos miradas de consternación y también de alivio.

—Tú estás mal de la cabeza —la increpo de golpe—. ¡¿Qué hacías provocando a un tío que está atracándote con un cuchillo?! —Su casco chicle está en el suelo. Lo ha soltado por culpa del impacto.

—¿Y qué eres tú? ¿Hulk?

Me acerco a ella y le sujeto la mano para ayudarla a levantarse. Y tengo

una verborrea que podría hablar debajo el agua.

—Algo teníamos que hacer... ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? No entiendo cómo nos ha pasado esto... ¿Y de dónde han salido estos tíos? Debería haberme fijado en qué calle nos metíamos.

Ella sigue con sus ojos fijos en los míos. En mi cara. Se le ha comido la lengua el gato. Parece serena. Extrañamente descolocada y con el pelo suelto y las gafas desaliñadas. Y aun así me parece hipermagnética.

—Nunca me habían atracado de esta manera. Con una navaja —dejo ir el aire por la boca y me froto la nuca sudorosa—. Soy tan estúpida que por un momento pensé que nos quería dar algo que se nos había caído y que él había recogido del suelo. Pero no. Era un pincho. Me sabe tan mal... ¿Tú cómo estás? ¿Estás asustada? ¿Quieres algo? ¿Vamos al hospital o a la policía?

—Kira.

—Nos sentamos en una cafetería si quieres y...

—Kira.

—O si lo prefieres te llevo al hostel y descansas. Tal vez si...

Queen me agarra de la cara, me acerca a ella de un tirón y sin darme cuenta, tengo su rostro pegado al mío y sus labios contra mi boca.

Me está dando un beso suave pero de mucho contacto. Sus labios son mullidos, como los míos y ella tiene los ojos cerrados. Yo no. Los míos están abiertos de par en par. Flasheada.

El beso no dura ni tres segundos.

Inmediatamente se aparta y me mira divertida. Como si no hubiese pasado nada.

—¿Y esto? ¿Me acabas de dar un beso? —pregunto anonadada.

—Esto es solo un beso. Y es mi manera de hacerte callar. Y funciona —celebra satisfecha—. Lo que has hecho es una locura. Eres una heroína para mí ahora mismo. Normalmente soy yo la que planta cara, pero, joder —musita mirándome de pies a cabeza con asombro—. Tú me has salvado. O sea, nos has salvado...

—No —le quito hierro al asunto.

—Le has dado un casco al chaval.

—Y tú no dejabas de provocarles.

—Lo hacía para asustarlos. Parecían inexpertos... pero tú no has tenido ninguna compasión —y entonces se le escapa una risita—. Menudo zambombazo le has plantado.

Los labios todavía me hormiguean por su beso, y me los humedezco. Ella me mira la boca retomando su tranquilidad.

—Siento haberte empujado —digo compungida.

—Mi culo también lo siente —contesta sin dejar de mirarme los labios—. Es solo un beso de agradecimiento por lo que acabas de hacer por mí. No es nada más. No te rayes. ¿Nunca te ha besado una chica? —dice incrédula.

—Algún pico con amigas sí me he dado, como todas. Pero nunca lo había hecho la abeja reina.

Queen niega vehementemente, se acerca a mí y con el pulgar me limpia la comisura del labio.

—La abeja reina tampoco te ha besado, pichón —sentencia con advertencia en su voz—. Si algún día te beso, verás que lo hago muy distinto.

—Pffff —niego perpleja—. Lo de provocar lo haces a propósito, ¿verdad?

Intento salir de esa situación extraña y que me tiene con los nervios destrozados del único modo que sé. No tomándome nada en serio, por considerarlo imposible.

—Yo no provoco —me guiña un ojo y recoge su casco rosa—. Además, necesitaba cerrarte la boca un rato. Los nervios te activan la fuerza y la locuacidad incontrolada.

—Ya, bueno... Y a ti te convierten en una camorrista.

—¿Me vas a guardar el secreto? Esto que ha pasado no puede salir de aquí. No le digas nada a Loli o me pondrá guardaespaldas.

—No voy a decir nada.

Ella respira tranquila y segundos después en los que revisamos que no haya nada por el suelo y en los que yo recojo la navaja y la tiro a un contenedor, Queen me anima a continuar la ruta. El percance no ha cambiado su humor. Está incluso más feliz que antes. Parece sentirse mucho más segura y cómoda.

—Ya nada malo puede pasarme. Te tengo a ti a mi lado —me dice de reojo, chocando cadera con cadera—. Para protegerme y para estamparme contra celosías comerciales.

—Lo siento —me disculpo de nuevo mirando al suelo.

Queen se echa a reír. Adora burlarse de mí, la penca.

—¿Me tomas el pelo? Ha sido increíble. Eres mi leñera particular, ¿lo sabes? —sacude las pestañas teatralmente.

—No hagas eso, para —le recrimino.

Pero a ella le encanta jugar. Y sé que tengo toda la tarde para ver cuánto le gusta de verdad.

Está muy entretenida conmigo.

Que nos han atracado.

Qué fuerte me parece la vida.

Lo del atraco no se me olvida. Ni a ella tampoco.

El día está siendo de lo más interesante. Queen no hace amago de recogerse y la verdad es que yo tampoco tengo ganas. Quiero seguir disfrutando del día. Porque es distinto y no sé lo que nos va a deparar.

—Atraes a los problemas —le digo.

Pero ella sigue ensimismada con el lugar en el que estamos sentadas. Y no es para menos.

Si hay un secreto muy protegido en Barcelona y que pocos han visto o visitado, es l' Antic Teatre.

En el Born, al lado del Palau de la Música, se encuentra este precioso y bucólico lugar dedicado a la cultura y a fomentar la actividad del barrio. Estamos a tres minutos andando del Refugio y sé, por cómo le brillan los ojos a Queen, que nunca había estado aquí. Estamos en el interior del edificio donde un increíble jardín tipo terraza se convierte en el corazón armónico de la convivencia entre artistas, socios y vecinos.

Como protagonista principal de este cónclave, se erige un árbol de profundas raíces enraizadas y visibles. De él penden farolillos de luz amarilla y lo envuelven lucecitas azules que le dan aspecto al ambiente de cuento de hadas. Y todos los demás que estamos sentados en nuestra mesa, disfrutando de la música y de las charlas animadas de alrededor, somos meros figurantes que queremos aprovecharnos de su fantasía. La fachada antigua del edificio se asoma al patio como un vecino respetuoso al que le gusta solo escuchar y mirar pero no meterse ni participar en conversaciones ajenas las cuales su silenciosa invitación no cubre.

A Queen se le van los ojos a un lado y al otro.

—Nunca estuve aquí antes. Y creo que ha sido una falta de respeto no conocer este lugar.

Yo me encojo de hombros.

—Debiste haberme conocido antes.

Ella, que está concentrada en las luces del árbol que nos cobija, desvía la mirada hacia mí y dice:

—De eso no hay duda. A las superheroínas hay que tenerlas cerca.

Yo sonrío y el camarero nos trae las cervezas que ella ha pedido. La mía una clara.

Queen y yo brindamos.

—Por Batwoman y la camorrista.

Alza su botella y yo mi copa y brindamos por nosotras. Bebe y cierra los ojos disfrutando del sabor.

—Me encantaría verte dar clase algún día —murmura—. ¿Les enseñas a sacar ojos con el triángulo o a usar las flautas como bate?

Me atraganto con la clara y me limpio los labios con una servilleta de papel.

—No. Mis alumnos pueden matar a alguien cantando. No les hace falta aprender a usar ningún instrumento mortífero.

Ella deja caer el cuello hacia atrás y suelta una carcajada. Sigue con sus gafas y su moño que se ha vuelto a recoger. Y yo sigo considerando insólito el hecho de que nadie la mire.

—¿Tan mal cantan?

—No todos. Hay alguno con una voz muy especial. Hay uno, Rohal, que es como James Arthur. Pero a veces se animan más de la cuenta y bueno... —suspiro—. Es un poco despropósito. A veces les tomo el pelo. Y cuando tenemos que hacer cánons, me pongo unos cascos de obra rojos para no oír nada. Y ellos se ríen mucho. No puedo enseñarles a afinar, para eso necesitan una profesora particular. Pero yo hago lo que puedo.

—Como todos. Milagros a Lourdes.

—Sí.

—Eres muy joven para ser profesora.

—Y tú para ser una estrella mundial. Solo tienes un año más que yo.

—Dos.

—¿Dos? No.

—Sí. Hoy cumpla veinticinco.

Eso me deja noqueada por completo. ¿Hoy es su cumpleaños? ¿En serio? No puede ser...

—No.

—Sí.

—Hoy es Sant Jordi.

—Y mi cumpleaños.

—¿Pero lo dices de verdad?

—Claro.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? Y no solo eso —no salgo de mi asombro—. ¿Por qué has pasado un día así conmigo?

—¿Por qué? ¿Me vas a negar que el día no ha sido alucinante? Lo repetiría otra vez a ciegas.

Dejo caer mi espalda sobre el respaldo de la silla y la miro como si no fuera posible ni real.

—Ah.

Ella se muerde el labio inferior y vuelve a sonreír de esa manera que anticipa algo que me pondrá nerviosa.

—Mira, esto es para ti.

Coge su mochila Fendi, la abre y saca una bolsita.

—Toma.

—¿Para mí? —digo sin comprender.

—Sí. Es Sant Jordi, ¿no?

—¿Qué?

—Ábrelo —me urge.

Abro la bolsa y asomo la nariz. Y me encuentro una cajita de Pandora, y un libro.

El libro es una preciosidad. Es una edición de tapa dura con fondo marrón y letras doradas en inglés del libro *Jane Eyre*, de Charlotte Brönte. Tiene los laterales de las páginas teñidas de rojo metálico. Es una maravilla.

Es una edición limitada de cien copias. Madre mía, sé que son libros caros.

—¿Cuándo has comprado esto? —pregunto.

—Cuando has ido a por dos botellas de agua en las Ramblas. Estaba todo tan a petar que me ha dado tiempo de comprarte estos dos detallitos.

Parpadeo confundida y extasiada por el regalo.

—Estaba la editorial de Engage Books en los tenderetes —se encoge de hombros— y me gusta mucho. Sabía que podía encontrar algo que te gustaría.

—¿Cómo sabes que me gustan las Brönte?

—Por tu libro de poesía. Hay una poesía marcada a lápiz en tu libro, y es de Emily Brönte. Curiosamente, es mi favorita de todas las poesías del mundo.

—No te creo —murmuro mirándola con más respeto y admiración del que ya le tenía.

Queen suspira y me dirige una mirada que viene a decir «niña de poca fe».

—Mi alma no es cobarde. No tiembla en la esfera de la tormenta turbulenta del mundo. Veo las glorias del cielo brillar y la fe brilla igual, me armo del miedo. ¡Oh, Dios, dentro de mi pecho! ¡Todopoderoso y omnipresente Deidad! La vida, que en mí tiene descanso, ¡como en mí la vida eterna tiene poder en ti! Vanos son los mil credos. Este corazón de los hombres se mueve: indeciblemente vano —se detiene al ver que estoy emocionada y me invita a seguir—. ¿Me ayudas?

Yo trago saliva y carraspeo. Está recitando la poesía de memoria.

—Inútil como malas hierbas marchitas y como la ociosa banalidad en medio del infinito principal, para despertar la duda en uno, sostenido tan rápido por tu infinito. Seguramente, anclado en la roca firme de la inmortalidad. Con gran amor universal tu espíritu anima los años eternos, penetra y medita antes. Cambia, sostiene, se disuelve, crea y levanta. Aunque la tierra y el hombre se han ido, y soles y universos han dejado de ser y tú has quedado solo, cada existencia existirá en ti. No hay espacio para la muerte ni átomo que sus fuerzas puedan hacer vacío. Tú. Tú eres el Ser y el Aliento. Y lo que eres, nunca puede ser destruído.

Ella me contempla profundamente concentrada en mí y en mis palabras, con esa expresión de orgullo en el rostro, cruzada de brazos y con las mangas de su chupa arremangadas.

—No sé ni qué decir —murmuro bajando la mirada y pasando la mano por la cubierta con cariño.

—No hay nada que decir —contesta—. Es suficiente con lo que estoy viendo. Los compositores amamos la poesía. Bueno, al menos yo. Me alegra saber que a ti también te conmueve.

No es la poesía lo que me conmueve. Es el modo en que ella ha tenido de recitarla y de conectar conmigo.

—¿Ellas te gustan? —le pregunto.

—Sí. Me gusta sobre todo cómo hablan del clasismo, la sexualidad, el profeminismo y la religión a través de sus libros.

—Me estás dejando muy loca. No sé cómo agradecértelo, de verdad... Es tu cumpleaños y no te he regalado nada. Y es Sant Jordi y tampoco te he regalado un libro. Soy muy desconsiderada.

—Kira, no hago las cosas para recibir nada a cambio. Las hago porque me gusta más dar que recibir. Si te ha gustado, ya estoy satisfecha. Pero no has abierto lo otro.

—Sí, perdón —digo nerviosa.

—Recuerda que abres la caja de Pandora... —insinúa riéndose de mí—. Desatarás un cambio de destino a tu alrededor.

La miro de reojo y siseo sin tomármela en serio. Abro la caja y me encuentro con un abalorio que es una rosa roja, con circonitas.

—Me he fijado que llevas una Pandora llena de abalorios musicales y referencias a cosas de libros. Y he pensado que hoy nadie te ha regalado una rosa.

—Es cierto —digo.

Alzo la mirada y parpadeo asumiendo que es muy detallista y que me ha estudiado más en serio y más en profundidad de lo que yo pensaba. Eso me inquieta.

—Queen... es demasiado.

—¿Qué dices, tonta? —me agarra la muñeca y le da la vuelta. Con toda la libertad del mundo ella misma toma el abalorio y lo pone con agilidad y presteza. Me suelta la muñeca acariciándomela levemente con los dedos, y para mi sonrojo, se me pone la piel de gallina. ¿Qué mierda me está pasando?

Creo que ella nota todo lo que me sucede y hasta temo que también pueda leer mis pensamientos, porque esconde sus gestos pero sus ojos se ríen de mí, porque saben que me están pillando.

—Ya tienes tu día de Sant Jordi completo —me guiña un ojo y yo me quedo como una Gárgola, petrificada.

—Muchísimas gracias. Yo —poso mis manos sobre mis mejillas porque las noto ardiendo—, no estoy acostumbrada a que acierten tanto conmigo... —A ver si me sé explicar y no parezco mema—. Esto es...

—Hola, Kira guapa.

La cara de Queen al mirar detrás de mí es de fastidio total y absoluto. La Reina lanza cuchillos con los ojos, no hace falta que diga nada más.

Yo, en cambio, me doy la vuelta todavía trastornada por ese energía que fluye entre ella y yo, y miro a Andrés. Que acaba de llegar por sorpresa, con una bolsa de una librería y una rosa roja.

—Hola, chicas —nos saluda de nuevo a las dos.

Capítulo 14

Queen alza la barbilla emitiendo un saludo despreciativo casi, y forma una mueca con los labios que pretende ser una sonrisa. Después retira la mirada de nosotros y empieza a jugar con el piercing de su lengua, a moverlo de un lado al otro nerviosa.

—¿Andrés, qué haces aquí? —me levanto ansiosa y lo miro extrañada. Él siempre guapo y de punta en blanco. Pero ya nada es lo mismo.

Él hace un mohín de esos de quitarle hierro al asunto y que antes me hacían gracia, pero ahora ya no. Porque sé que lo que va a decir no me va a gustar.

—Te he seguido con la aplicación de Amigos. Tenemos todavía lo de compartir nuestra ubicación conectado las veinticuatro horas. Sabía dónde estabas. Pero no has dejado de dar vueltas en todo el día y...

—¿Me tomas el pelo?

Oigo resoplar a Queen, pero intento no mirarla en ese instante.

—No.

—¿Sabes lo acosador que suena eso?

—Sí —se encoge de hombros y se ríe—. Pero soy yo, ¿qué voy a hacerte yo? Además, ya sabes que este día siempre te he hecho regalo. No quería que te faltara nada —mira a Queen de reojo disimuladamente—. Toma, nena.

¿Nena? ¿Me ha llamado nena como si siguiéramos juntos? Este es tonto.

—Andrés, deberías regalarle esto a Melanie. No a mí.

—Yo le regalo un libro y una rosa a quien me da la gana. Sigues siendo importante para mí. Que no estemos juntos no quiere decir que no te quiera. Además, soy un tío de costumbres —se pasa la mano por el pelo rubio y sus mechones lisos que tanto he acariciado entre mis dedos, salen disparados hacia atrás y caen con gracia sobre sus sienes.

Yo no sé por dónde salir. Tengo ganas de lanzarle la clara a la cara, pero por otro lado estoy llegando a la conclusión de que no da para más. ¿Sabe lo que es romper con alguien?

—Andrés, ¿eres consciente de lo que pasa cuando uno rompe? ¿Te estás comportando así porque te gusta reírte de mí o qué pasa? —mi tono deja de ser comprensivo.

—Nunca me he reído de ti. A veces, las personas tomamos decisiones por encima de nuestros sentimientos. Kira, tú sabes que te necesito en mi vida...

—Por favor, cállate —le ordeno deteniéndolo con la mano—. No tengo tiempo ni ganas de hablar contigo ahora. Esto no procede y está fuera de lugar.

—Kira, hablemos —insiste él dándome la rosa y la bolsa con el libro.

Yo lo cojo todo porque quiero que me deje en paz y sé que él es cabezón y ha venido ahí con un propósito, que es marcarme también en este día y que no le olvide. Maldito cabrón egoísta.

—Mira, lárgate.

—Hay una carta en el libro —añade—. Léela cuando puedas. Son cosas que pienso y que siento y que sé que no vas a darme oportunidad para que te las diga. Porque me odias y me lo merezco. Pero no tiene por qué ser un punto y final. Podemos continuar de otro modo...

Queen tose y oigo que dice «capullo» en voz muy baja.

—Claro que no voy a darte oportunidad. Andrés, no me vuelvas loca —le pido masajeándome las sienes. Este hombre me desequilibra—. Por favor, vete.

—Kira...

—Oye —Queen se levanta y apoya las manos encima de la mesa, inclinando su cuerpo ligeramente hacia adelante—. Ya te ha dicho que te vayas y que la dejes en paz. ¿Por qué no le haces caso, Andrés?

A mí alguien me habla así y me voy corriendo dejando una nube de polvo tras de mí. Pero él frunce el ceño y aprieta la mandíbula al mirarla. Está enfadado. Sin embargo, siente mucho respeto hacia Queen, por lo que es y por el peso que tiene en el mundo en el que él quiere entrar, así que no le va a llevar la contraria.

—¿La puedes cuidar? —le dice de repente—. Cuando se enfada hace muchas tonterías. No la dejes sola.

Ella lo mira fijamente y yo la observo por encima del hombro. Queen piensa que es imbécil, lo noto a la perfección. Además, siente una fuerte animadversión hacia él.

—¿Quieres que la cuide como tú no lo has hecho? Porque si me la dejas, eso voy a hacer —le asegura con gesto soberbio.

Si Andrés sabe leer entre líneas, entenderá que lo que está dando a entender Queen tiene un significado fuerte. Pero como no ve más allá de sus narices, no lee que esta mujer está meando alrededor. Y yo me siento desubicada y como un trofeo.

Madre mía, solo quiero beber y que me dejen todos tranquila.

—Tú solo vigila que no haga locuras —le ruega—. Seguro que sabrás cómo detenerla.

Queen sonríe abiertamente.

—Descuida, *Andriu*. Sabré detenerla cuando toque.

—Gracias, Queen.

Yo le dirijo una mirada de soslayo a ella e inmediatamente me enfrento a él.

—Vale. ¿Te vas ya? No voy a estar sola. Queen va a estar conmigo —le recuerdo.

—Sí. Voy a estar con ella —repite Queen bebiendo a morro de su cerveza, sin perder de vista a mi ex.

Él, al final, parece convencerse de que no estoy hecha mierda y de que puedo sobrevivir al dolor. Pero me rodea la espalda con uno de sus fuertes brazos y me abraza, para darme un beso en la mejilla antes de despedirse.

—Me importas, Kira. Mucho. No lo olvides. No actúes por impulsos...

Lo empujo para sacármelo de encima.

Pero él ya ha hecho su trabajo, así que se va de ahí con cara triste, pero convencido de que su manera de actuar es la mejor.

—Lo que acabo de ver aquí —empieza Queen—, es el claro ejemplo de una chica que no sabe cortarle el pienso a su ex. Si le sigues tratando así, va a seguir haciendo contigo lo que le dé la gana.

La miro para reprocharle su comentario, pero no puedo, porque en parte tiene razón.

—Andrés tiene pocas luces a veces.

—Deja de disculparlo. Que te ha seguido con el localizador para hacerte ver que no se olvida de ti... Es de locos. Además, te dejó y ahora se está follando a Melanie —dice dañina.

—Queen —me presiono el tabique nasal para destensionar el dolor de cabeza que me nace entre los ojos—, no necesito oír ese tipo de comentarios.

—Pero, mírate —incide señalándome—. Es verlo y te pone mal. Te está haciendo daño. ¿Por qué no le envías a la mierda ya? Creo que lo que está

haciendo es sobrepasarse —agarra la bolsa que él me ha traído y saca el libro que hay en su interior—. Pfff... ¿Qué mierda es esto? ¿En serio? —Deja caer el libro de mala gana sobre la mesa.

Yo lo miro por curiosidad. Es un puto libro erótico romántico. Y ni siquiera es el primero. Es el segundo. No tengo el uno pero me regala el dos. Así es Andrés de flipado.

—Dudo que tú te vayas a leer eso —dice Queen despreciativa.

—Me he leído otras sagas románticas y eróticas muy buenas. Pero esa no. Y no la voy a leer, porque leí el primer capítulo del primero y me pareció muy barriobajero.

—Si te regala esto en Sant Jordi, no sé qué mierda te hace en tu cumpleaños. ¿Es que no te conoce?

—Tampoco es que yo le conozca ahora. Pero da igual, lo que importa es el detalle.

A Queen eso no le gusta. Sé que le da rabia que defienda a Andrés. Pero ya le he dicho que yo no odio. No soy una *hater* de nada ni de nadie. La gente odia muchas veces porque nuestro ego se siente ultrajado y se sobrepone a lo bueno y residual que pueda quedar de una relación fallida. Pero mi ego está bien, gracias. Y mi corazón lo superará. Lo que no le hace falta es llenarse de sentimiento y de emociones negativas.

—Kira, no te entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que hayas estado con él tantos años... Se ve a leguas que es un egoísta.

—Queen, no. No me remates el día intentando hundirme, ¿vale? Andrés me lo ha intentado joder, seguramente, inconscientemente. No le ayudes tú a conciencia.

—Me lo está jodiendo a mí —me asegura muy enfadada—. Y es mi cumpleaños, maldita sea —gruñe disgustada.

Yo agarro la jarra de clara y me la bebo de golpe. En cinco segundos. Cinco sorbos largos y profundos y *pa'* dentro.

—Tienes razón. Es tu cumpleaños.

Me limpio la boca con el antebrazo. No puede ser que él me haga esto. No le puedo dar tanto poder. Estaba de maravilla, pero es verlo cuando menos me lo espero y me cambia el humor. Me lo pudre como un gusano en una manzana.

—Vamos a acabar el día bien —le digo cogiendo mi móvil y abriendo el whatsapp.

—¿Qué propones? —pregunta Queen interesada.

—Propongo no pensar y celebrar que hace veinticinco años nació una abeja venenosa que quería reinar sobre todos —bromeo pero me gusta la cara que pone—. Voy a llamar a Ágata. Nos vamos a una fiesta.

Un amigo de Ágata ha organizado una fiesta temática en la discoteca Sabor Cubano de Gràcia. La fiesta está inspirada en el futuro. Y es un auténtico flipe. Han introducido hasta una caja del tiempo de madera en el que la gente puede meterse. El local no es muy grande, pero como el número de personas en esa fiesta es limitado, está perfecto.

No sé, no entiendo cómo sacan tiempo e imaginación para hacer esto, pero todos allí parecen muy animados.

Queen y yo hemos llegado con ganas de quitarnos el mal rollo de encima. Yo el de Andrés. Y ella... el que sea que le ha provocado el susodicho.

He dejado la moto justo en la puerta. A las nueve, las firmas ya habían acabado y las calles ya no estaban transitadas. Nosotras hemos salido de l'Antic Teatre a las once, porque al final nos hemos quedado cenando. Pero en cuanto hemos salido, hemos llegado en un periquete.

La cena no ha estado mal. Pero Andrés lo ha enrarecido todo entre nosotras. O, al menos, me ha enrarecido a mí. Porque Queen intentaba hablar conmigo y animarme, pero yo seguía con ganas de lanzar la mesa a la otra punta del jardín.

Hay pica picas en la barra del salón de baile. Después de dar nuestros nombres al chico de la entrada, entramos y ambas nos quitamos los cascos y nos dirigimos ahí, pero es Ágata quien aparece y nos recibe con alegría.

Me sorprende por la espalda y me pellizca el culo.

—Qué dura estás, maja.

Me echo a reír. Va vestida con un pantalón bajo y un bra de cuero que le levanta el pecho y la moral. Lleva el pelo recogido en una cola alta y está sencillamente espectacular. Yo soy de las que ve a mis amigos muy guapos. Pero ella lo es de verdad. La abrazo cuando la veo. Sin embargo, ella me aparta preocupada y me alza el rostro.

—¿Qué te pasa?

—Nada —contesto.

—Andrés. Eso le pasa —dice Queen.

—No jodas —murmura con malhumor—. ¿Qué ha hecho la comadreja ahora? ¿Le has visto hoy?

—Me ha seguido con una aplicación hasta l' Antic Teatre.

—Y le ha regalado un libro erótico —insiste Queen—. El segundo de una trilogía.

Ágata estudia el gesto oscuro de Queen y después me mira a mí.

—Porque se supone que has visto el primero en el cine —entiende.

—No los han hecho película.

Ágata llega a la misma conclusión que yo. Que él no tiene más de dónde sacar. Y me da rabia que me esté dando cuenta de ello ahora. Cuando estábamos juntos no me importaba, porque aunque era despistado era buena persona y no me había dado la puñalada. Pero ahora...

—Vale, nenas. Vamos a sacar la mala energía —Ágata sacude las manos para echar la mala vibra—. Esto es una fiesta. Queen —le dice—, no te preocupes que aquí nadie te va a reconocer. Toda esta gente está muy...

—¿Ciega? —pregunto.

—Necesito alcohol —asegura Queen resoplando.

—El que quieras. Es barra libre. Aprovechad que ahora no hay mucha gente y nos hacemos unos hidalgos.

—¿Qué tipo de fiesta es esta? —pregunta Queen entretenida.

—Mi amigo trabaja en un teatro y cada pocos meses todo el equipo se organiza farras temáticas como esta para liberar tensiones. La de hace dos meses fue del Mago de Oz. Y la anterior fue de Alicia. Al final, el tema es lo de menos. Es una excusa para disfrutar y pasarlo bien.

—Ágata —le explico a Queen— es relaciones públicas de eventos en los fines de semana. Suele organizar las fiestas de la compañía de teatro de su amigo, de discotecas o de lo que le echen. Mi amiga pibón vale para todo —celebro pellizcándole la mejilla con los dedos.

Queen se sonrío y la mira de arriba abajo sin nada de discreción. Se podría cortar, ¿no?

—No me extraña. Entiendo ahora por qué Bert habla tanto de ti.

—¿Bert habla de mí? —pregunta de repente, con cara expectante como nunca la había visto.

—Sí —contesta Queen encogiéndose de hombros—. Creo que busca alguien para que desempeñe el papel de relaciones públicas en Pecadores.

—Ah, ¿es por eso? —sonrío, pero yo, que la conozco perfectamente,

percibo su decepción. Creo que mi amiga esperaba que hablase de ella de otro modo. ¿Le gusta Bert más de la cuenta?—. Bueno, si es así, en todo caso solo tiene que hablar conmigo —contesta—. Porque desde ayer, que intento comunicarme con él y no sé nada.

—Si quieres le escribo. Vendrá raudo y veloz —asegura Queen—. Sabe que es mi cumpleaños y aunque le dije que no lo iba a celebrar —me mira de reojo—, he cambiado de opinión.

—¡Felicidades! —Ágata le da dos besos—. ¡No lo sabía! ¿Y tú, Kira, lo sabías?

—Yo me he enterado hace unas horas —contesto preparada para pedir unos chupitos.

Queen está escribiendo por whatsapp. Avisa a Bert sin demora. Y, mientras tanto, Ágata y yo nos miramos conscientes de que tenemos que contarnos cosas la una a la otra, pero no es el momento. Es la típica comunicación mental entre mejores amigas: «Perra, ya te vale». «¿El qué?». «Que has quedado en Sant Jordi con Queen... qué calladito lo tenías». «No es lo que crees». «Sí, ya...». «Bueno, ¿Y tú qué? Que pones ojos de cordero degollado cada vez que hablas de Bert. Esa no es mi amiga comecocos». «Ya hablaremos, penca». «Sí, ya hablaremos, golfa».

—Hecho —dice Queen colándose entre nosotras—. A ver, ¿aquí qué hay que hacer para que te sirvan? Vamos a tequilas.

—No, a tequilas no —le prohíbo—. Yo conduzco y el alcohol me sienta muy mal.

Ella entrecierra los ojos conmigo.

—Es mi cumpleaños. Estoy lejos de mi casa, es una ciudad extraña... me han intentado atracar.

—¿Qué? —Ágata no se lo puede creer.

—Déjalo —le digo para tranquilizarla—. Es una larga historia.

—Mezclaremos los tequilas con Kiwis, para que el pichón no se sienta mal —insiste Queen mirándome como a una menor de edad.

—Por mí bien —dice Ágata—. Soy inmune. Pero Kira... —deja entrever que puede ser una malísima idea—. El tequila y ella no son buenos amigos.

—¿Haces tonterías con el tequila, Kira? —me pregunta con segundas. Está repitiendo las palabras de Andrés. Su mirada de ese color tan suyo e inconfundible es velada y está llena de intenciones. Se me queda la garganta seca.

—Las puede hacer sí —dice entre bufidos Ágata.

—Entonces, perfecto —alza el dedo para avisar al barman—. Ronda de tequilas con kiwi por aquí. Y nos traes igualmente sal y limón.

No sé yo... pero esto no pinta nada bien.

Tres horas después

Voy piripi.

No hay más.

No voy a dar más explicaciones.

El salón está petado. La gente no deja de entrar y salir en la caja esa del futuro. Entran en grupo, de uno en uno, en parejas...

Creo que hacía muchísimo tiempo que no me reía tanto. Necesitaba una fiesta así entre chicas.

Queen hace que arranque muchas carcajadas. Sus comentarios, su sentido del humor sarcástico y fino me divierten mucho. Y después está Ágata que suelta barbaridades, cuando se acerca a beber con nosotras y a bailar. Aunque no está tanto tiempo como quisiera, porque ella en realidad está trabajando.

Bailar... Me encanta bailar. No bailes de salón ni coreografías. Eso me gusta verlo. Porque me quedo noqueada cuando hay una pareja que baile bien, es arte puro.

No obstante, lo que me gusta a mí es mover el cuerpo como siento, al ritmo de la música y sacudirme como me salga del *toto*. Es como si mi alma se espoleara y mi corazón volara libre y sin prejuicios. Y tengo una alegría de vivir esta noche que me revitaliza y lo relativiza todo, al mismo tiempo. Son dos palabras que suenan muy parecidas pero que significan cosas distintas. Ojo.

Los hombres que hay en la discoteca van a lo suyo, y si alguno me mira, yo le sigo el juego. He bailado con bastantes, porque sí. Ya sé que los tíos cuando bailan contigo acaban queriéndote invitar a una copa y pedirte el teléfono. Pero no estoy para esas cosas. Así que tengo una táctica. Me dan ellos el teléfono y les digo que ya les llamaré. Como en una entrevista de trabajo. Además, mañana no me acordaré de ninguno. Si ni siquiera habré escrito bien el nombre.

Queen no deja de mirarme y de reírse. Ella baila muy bien. Y ha bailado también con muchos tipos que no sabrán ni quién es, pero lo cierto es que no es tan cordial como yo. A mí me cuesta ser borde. Ella, si ve que la mano intenta bajar más allá de la cadera hasta el inicio de la nalga, los riñe enseguida y saca el agujón. Yo sonrío y les digo adiós.

Se ha soltado el pelo y su melena se mueve al ritmo de la música. Joder, es imposible no mirarla. Se mueve de un modo que ella misma parece música. Y, en realidad, lo es. Queen es música. Es una Reina.

Me encanta la canción que suena ahora. *Kiss and Make Up* de Dua Lipa & Blackpink.

Ahora me está mirando. Sonríe mientras mordisquea la pajita de su cubata. Mueve su dedo índice y me invita a acercarme a ella.

Yo lo hago al ritmo de la música. Ella le da el cubata al chico que no puede apartar su vista de encima de ella, y el otro se la coge encantado.

—¿Quieres hacer tonterías? —me pregunta con una risa lobuna.

Se pega a mí y cuela una de sus piernas entre las mías. Me sujeta por las caderas. Y como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, empezamos a movernos mecidas al mismo ritmo. Al de la canción. Y me veo dejándome llevar y disfrutando de este baile con ella.

Creo que Queen exuda sensualidad y sexualidad por todos los costados. Es algo innato en ella. Y sus ganas de fiesta y de tontear también se me pegan. Así que acabamos las dos haciendo un numerazo semilésbico y público que provoca un corrillo improvisado.

Ella se pega a mi espalda y se agacha conmigo. Se parte de la risa y a mí, que no me hace falta nada para que una carcajada se me contagie, acabo riéndome mientras echo una de mis manos hacia atrás y le hundo los dedos en su larguísima melena. Tiene el pelo abundante y suave. Su cara está tan cerca que sé que estoy contemplando un lienzo muy perfecto. Y sus labios son rellenitos. Sí, también tiene una boca preciosa.

No sé qué me sucede. Sé que sentirse atraída por la estética de una persona es solo atracción estética, nada más. Eso no sugiere deseo sexual. A mí esas cosas no me confunden. Ágata sí se deja llevar por esas cosas por eso lleva su atracción estética a más, y se acaba tirando a todo lo que le apetece.

Sin embargo, no sé si es debido a mi estado anímico en este momento y a lo *chispi* que voy que creo que si alguna vez pudiera enrollarme con una mujer, esa sería con ella. Y nunca me ha pasado. Mira que hay mujeres

tremendas y guapas en el mundo y jamás tuve un pensamiento así. Pero creo que con Queen hay algo que le suma más atractivo del que tiene, al menos para mí. Y es su mente. Su personalidad.

Está meciéndome por las caderas como si fuera una titiritera.

—*I'm scared, I'm falling* —me canta al oído—. *Losing all, losing all my control...*

—*Touch me like you touch nobody, put your hands all up no me...* —me sé las canciones de Dua Lipa, porque es una artista que me gusta.

—*Kiss and make, kiss, kiss and make up...*

Me da la vuelta y las dos nos pegamos como una pareja de bachata sensual. Ellos se marcan el paso. Nosotras también, y eso que nunca habíamos bailado juntas. Nos basta con juntarnos, estar en contacto y seguir la canción.

—¿Quieres beso o maquillaje? —me pregunta de golpe, acercando su boca peligrosamente a la mía.

Yo estoy cogiendo aire por el meneo, y su pregunta me paraliza, aunque mis labios dibujen una sonrisa comprensiva. Su rostro está decidido a lo primero, porque no deja de mirarme la boca.

Como yo no le contesto, deja ir una risita y me dice:

—Huye, pichón —entonces, me agarra una mano que está en sus caderas, me da una vuelta y me suelta.

Y las dos volvemos a estar separadas. Y continuamos bailando, cada una a nuestro aire.

Aunque, la verdad. La verdad de la verdad... es que querría estar bailando con ella de nuevo.

Como no me entiendo ni sé qué es lo que me pasa con exactitud, decido ir al baño.

Al final, elijo maquillaje. Está claro.

En el baño solo hay una chica acabándose de maquillar. En cuanto cierra su pintalabios y se lo guarda en el escote, se gira, me pasa la mano por la cara con ojos vidriosos y me dice:

—Te quiero, tía.

Acto seguido, se va.

No tengo ni idea de quién es. Pero asumo perfectamente su situación. Yo no estoy tan contenta como ella, pero sí sé que mi nivel de euforia es importante. Aunque no pienso beber más. Si me tomo dos o tres chupitos más, acabaré

como el otro día. Y soy de salir una vez o dos al año a lo grande. No puede ser que use dos días en una semana para eso. No es mi ritmo. Soy muy sana.

Me miro en el espejo y veo que el maquillaje de todo el día me ha aguantado. Bueno, no estoy tan mal. Apoyo mis manos sobre el mármol frío del lavamanos y dejo ir el aire entre los labios.

Me vuelvo a mirar al espejo y pienso en Queen.

—¿Qué te está pasando? —me digo a mí misma. La tengo grabada en la cabeza.

Necesito sentarme. Me encierro en uno de los baños, apoyo la espalda en la pared y subo mis pies para apuntalarlos a la puerta.

En ese preciso momento veo una cara mulata que se asoma por los bajos y dice:

—Cierra la puerta. Campo despejado. No hay nadie.

Abro los ojos de par en par y me quedo como un lenguado en un congelador.

—Estoy cachondo perdido.

Oigo.

Joder. Me cubro la boca con las manos, sin salir de mi asombro y tuerzo la cabeza a un lado y al otro como el telescopio de un submarino. Ese es Bert.

No. Puede. Ser.

Bert y Ágata están en el baño. Se han cerrado en el baño de mujeres para fornicar.

—Ven aquí, chocolate —le suelta el bueno de Bert.

Anda que no. Anda que no cuando se entere Queen...

—¿Dónde vas con este vestido? —le pregunta él.

—A buscar setas —le responde con toda la cara que tiene.

Sé que se están besando en este momento por los ruiditos que hacen. Yo no quiero decir nada, pero la vida me está mandando mensajes. Ya van dos veces que presencio un encuentro sexual entre dos personas. A lo mejor es que quiere que no me olvide de cómo se hace.

—No me escribes desde ayer —le dice Ágata—. No quiero agobiarte, pero no me gusta que me ignoren...

—No te ignoré. Tengo mucho trabajo en el local. Hostia —dice con voz ronca—. Pero ¿cómo estás tan buena, mujer?

Vale. Me voy a tapar los oídos. Me imagino que Ágata le está mostrando sus tesoros... Estoy oyendo ropa deslizándose por la piel. Y una cremallera

bajada.

—Cállate y ven aquí.

Se vuelven a besar. Y de repente empiezo a oír carne contra carne, y un gemido satisfactorio de Ágata.

—Así. Sí. Métemela más, Bert.

—¿Más?

—Sí.

Otro gemido más.

—¿Qué me estás dando? —le pregunta él desesperado—. No dejo de pensar en ti desde el miércoles.

—Pues no lo parece —dice ella.

Venga. Lo están haciendo sobre la encimera del baño. Y yo debo de ser un figurante o un comodín del público. ¿Quiere que se corra primero Bert o Ágata? Seamos osados. ¿Los dos a la vez? Preguntémosle a la pringada de Kira que vuelve a estar escondida como la vieja del visillo. Esa soy yo.

Los dos están encendidos, en todo lo alto. Me tapo los oídos y cierro los ojos con fuerza. Pero después de largos minutos ni así puedo evitar oír sus gemidos al correrse.

Me destapo los oídos y se vuelven a dar más besos.

—No quiero esto —dice Bert quejumbroso.

—Ni yo. Ya te lo dije —suelta Ágata.

¿Hola? ¿Me he perdido algo? Que se acaban de correr y se están diciendo a la cara que no quieren eso.

—Pero es que me enciendes mucho, morena. Cuando Queen me ha escrito para decirme que estás aquí y lo de esta fiesta... No lo he pensado dos veces.

—Lo habrías sabido por mí de haber leído mi mensaje.

—No suelo ser así.

—¿Así cómo?

—Que me controlo. El sexo no tiene poder sobre mí.

Ella se echa a reír.

—Es bueno saberlo.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—No quiero líos ni relaciones.

—Yo tampoco —contesta Ágata. Aunque su tono no dice lo mismo.

—¿Podemos no pensar más en esto y ya que lo hemos hecho, ser amigos y

ya se verá?

Ágata se queda en silencio unos segundos y contesta.

—Podemos. No hay problema.

Oigo otro beso y cómo se sube la cremallera y ella se recoloca la ropa. Y después de eso, él le dice:

—Te invito a una copa.

—La fiesta la he organizado yo —le aclara ella—. Te invito yo.

—Adelante, chocolate.

Oigo otro beso y el momento exacto en el que Ágata se baja de la encimera.

Segundos después, la cerradura se abre y ellos dos salen del baño. Por suerte no hay nadie esperando. Yo sería de las que les abroncaría por cerrar la puerta. Pero han sido afortunados.

Es mi turno. Salgo como las cucarachas, con discreción y pegada a la pared.

No hay moros en la costa.

Esto, por mi bien mental, no puede volver a pasarme.

Me van a traumatizar entre todos.

Capítulo 15

Madre mía. Salgo del baño agitada. No veo ni rastro de Bert ni de Ágata, los del polvo reciente.

Me paso las manos por el pelo y me lo echo hacia atrás, resoplando notoriamente.

En la pista de baile la gente mueve el cuerpo ajena a cualquier suceso que no tenga que ver en ese lugar. La caja del tiempo está decorada con todo tipo de luces intermitentes. Vamos, como un árbol de Navidad.

Queen me detiene a medio camino con dos chupitos de tequila. Uno para ella y el otro para mí, supongo.

—¿Qué te pasa? Pareces sofocada.

—Oye... Bert y Ágata están liados —digo aún desorientada—. Se han liado en el baño.

—¿No me digas?

—¿Es ironía?

—A Bert se le pusieron bizcos los ojos en cuanto vio a Ágata. No sé si sabrá llevar lo que le pasa, pero créeme que es nuevo para él.

—Pero Ágata es mi amiga... ¿Se portará bien con ella?

—A mí me preocupa más cómo ella se va a portar con él. Que el pobre no ve por dónde le vienen... —mira por encima de mi hombro a un punto fijo. Y mira como si quisiera alejar a alguien—. Como sea... No nos podemos meter.

—Bueno, a menos que uno de ellos se porte muy mal con el otro...

—Creo que lo harán muy mal. No están acostumbrados a que pasen de ellos y les ignoren. Y me temo que eso es lo que pretenden. Fingir poco interés. Pero no podemos interferir.

—¿Qué estás mirando? —le digo de sopetón. Me giro y me encuentro a dos chicos sonriendo hacia nosotras, como si quisieran acercarse e invitarnos a algo.

—Llevan toda la noche rondándonos —musita desganada.

—Parecen majos —murmuro—. He bailado con los dos. Y tengo el teléfono del rubio que parece un príncipe de Bequelar. Se llama Marc, ¿sabes? —lo saludo con la mano—. ¿O Marc era el otro? No sé. Ahora dudo. Pero es agradable.

Ella me sonrío opinando todo lo contrario y me ofrece el chupito de tequila.

—Este es para nosotras dos. Ni Marc ni príncipes.

Yo lo acepto y me prometo que es el último.

—No puedo beber más. Este es mi límite permitido, Queen. No dejes que me lleve nada más a la boca.

Ella echa la cabeza a un lado. Su melena se agita con el movimiento. Da un paso hacia mí y hace chocar su chupito con el mío.

—Ya veremos. El último.

—Bien. ¿Por qué brindamos ahora? ¿Por el polvazo que han echado Bert y Ágata en el baño?

Queen se ríe y asiente abruptamente.

—Por el buen sexo hay que brindar siempre. Y por el futuro también.

—El futuro... —musito—. ¿Quién puede verlo?

Las dos echamos la cabeza hacia atrás y nos tomamos el tequila con kiwi de golpe.

—Yo podría enseñarte un futuro alternativo —me dice Queen con su mirada rojiza y penetrante clavada en la mía.

—Perfecto —digo divertida—. Enséñamelo. No sé si vamos a ganar Eurovisión pero quiero ver el número del Euromillón.

Queen mira a los dos tipos por última vez, les sonrío victoriosa, me agarra de la mano, y me mete dentro de la caja del tiempo.

Y yo la sigo bailando. *Mujer Bruja* de Lola Índigo y la Mala Rodríguez se mete dentro de la caja con nosotras.

En el interior hay luces de discoteca en el techo. Debe ser un espacio de unos seis metros cuadrados. En las paredes hay pantallas que simulan paisajes... es el cielo nocturno del universo. Y se ve la tierra.

Es una cápsula del tiempo espacial. Muy original.

Sonrío y miro a un chico y una chica escribiendo algo en la pared de la cápsula. Se dan un beso sonrientes y acto seguido se van de ahí, dejándonos solas a ella y a mí.

Queen está apoyada en la pared, mirándome por debajo de sus pestañas,

con la barbilla semialzada. Creo que está tan mareada como yo.

No. Ella no.

Yo doy una vuelta sobre mí misma.

—¿Por qué me miras así? —pregunto.

Ella se encoge de hombros sin apartarse de la pared.

—Estoy viendo uno de tus posibles futuros.

—¿Tienes poderes?

—Puede.

—¿Crees que tenemos más de un futuro?

—Claro. Tantos como caminos elijamos.

Yo la miro de soslayo. Por su expresión creo que se burla de mí, y al mismo tiempo, hay un gesto de sinceridad que no me pasa desapercibido.

—Y a ver —la animo agitando mis manos—. ¿Qué futuro ves, Queencita?

Ella levanta una ceja castaña. Seguro que nadie le ha llamado así jamás. Creo que le entretengo mucho y lo peor es que lo hago inconscientemente.

—Podría enseñártelo, *bombonsito* —sigue pegada a la pared, observándome con desafío.

Dejo ir una carcajada y miro los monitores.

—¿Seré astronauta, por eso estamos en el espacio?

Queen mueve la cabeza negativamente.

—Frío.

—¿Frío? Ya. Venga —vuelvo a instarla—, pues enseñame tú qué futuro podría tener.

Queen se aparta de la pared de la cápsula del tiempo, y camina hacia mí con decisión y a cámara lenta.

Estamos a un centímetro de distancia y su perfume me agita. Hasta el calor de su cuerpo percibo.

Ella alza una mano y me retira parte del pelo, para echármelo hacia atrás.

Yo alzo la barbilla, todavía burlona, y la miro expectante.

—En el futuro que veo, serías apicultora.

Queen desliza sus dedos hasta mi barbilla, me la sujeta suavemente y acerca sus labios a los míos.

—No creo... las abejas me dan miedo. Dan picotazos.

Ella se muerde el labio inferior como si le doliese algo.

—No, morenita. También son dulces, dan miel y saben besar. Me sé de una abeja Reina que está deseando besarte de verdad.

—¿En serio? —me pitorreo, porque creo que estamos de broma. Y si no lo estamos, me da igual.

—Sí. ¿Le digo que se pase por aquí y te lo demuestre? —Esa mirada suya desarmaría a un regimiento. Y yo no llevo ni siquiera el casco, así que imagínate cómo me siento.

Podría apartarme. Pero no me apetece. Me quiero quedar quieta y ver qué pasa, porque si cree que me voy a retirar acobardada, es que no me conoce.

Y entonces, al ver que no me achanto, ella pone una expresión de orgullo y, complacida roza sus labios con los míos. Una, dos, hasta tres veces.

Cierro los ojos. Mis labios sonrían y responden a los de Queen. Ella coge aire como si hubiese estado aguantando la respiración, y entonces, encaja sus labios sobre los míos.

No me lo voy a tomar en serio, solo estoy experimentando... pero... ¡Joooooder!

Se me pone la piel de gallina. Siento cómo lentamente cuele su lengua dentro de mi boca, con delicadeza. Y se me pone todo el vello de punta. Noto la punta de su lengua sobre la mía.

Mierda. Me encanta su sabor. Y me gusta lo que hace con su boca... Me muerde levemente el labio inferior y después me lo pellizca hasta soltármelo.

Nunca había sentido nada parecido con un beso. Ni siquiera de un hombre, por mucho que lo deseara.

Queen me sujeta la cara con ambas manos y camina conmigo hasta arrinconarme contra la pared. Abro los ojos y ambas nos miramos.

Ella me acaricia la mandíbula con los pulgares. Y yo veo la tierra a través de las ventanas que hay tras ella, incluso juraría que estoy levitando.

Cerramos los ojos a la vez.

Y vuelve a jugar con mis labios. A rozarlos con los suyos con leves caricias. Y entonces, tuerce bien la cabeza y sin aviso me come la boca como quiere. Sus labios se frotan contra los míos, y su lengua... ¡noto su piercing jugar contra la mía! Madre de Dios... ¿pero qué beso es este que me tiemblan hasta las rodillas y noto algo en la boca del estómago?

Queen pega todo su cuerpo contra mí, y cuele uno de sus muslos entre los míos. Tiene unos muslos fuertes y fieros. Lo sube hasta colocarlo contra mi sexo. Me está encendiendo como un motor.

La sensación me deja sin palabras. ¿Está pasando esto de verdad? ¿Tanto me está gustando?

Me deja sorprendida que mi cuerpo no esté notando que es una mujer la que me morrea y me besa. Ella se pega contra mí de esa manera... me deja loca que me pueda calentar así, como una olla a presión, y que yo no me eche atrás. Que ni siquiera me dé miedo explotar.

Sabe a kiwi y a Tequila... es un sabor frío y fresco.

Se separa y mantiene la boca abierta contra la mía y coge aire como si le faltara el oxígeno y se alimentara del mío. Su lengua acaricia por última vez mi labio superior, y se despide de mi boca con un nuevo pellizco en el inferior. ¡Menudo beso!

Pega su frente a la mía.

Parece agotada y también desesperada. Respira aceleradamente y yo tengo un colocón que no tiene nombre. Me ha narcotizado.

Mi corazón late veloz contra mi pecho y siento el suelo inestable bajo mis pies.

Se sujeta con ambas manos a la pared, como si tuviese miedo de perder el equilibrio. Lo que no sabe es que yo doy gracias a Dios de estar ya apoyada.

No. No. Esto no puede pasar así. Nunca me imaginé que besar a una mujer pudiera ser tan placentero, tan bueno...

Ella carraspea, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, como si se mortificara.

—Maldita sea... seré imbécil. Es que lo sabía.

Oigo que dice en voz baja.

Yo me la quedo mirando y me humedezco los labios con la lengua.

—¿Qué pasa...?

Queen levanta la mano y me pide que no hable.

—No digas nada. Creo que... que es mejor que me vaya —dice con la voz ronca.

—No... pero si te he traído yo en moto. Yo te llevo a casa.

—No. Tú te vas a tu casa a dormir a tu cama —me ordena enfadada. Y recalca lo de “a tu cama”—. Y te vas a ir en taxi. Y yo me voy al Refugio ahora mismo —agacha la cabeza y no quiere ni mirarme. Parece tan disgustada que me hace sentir hasta mal.

Frunzo el ceño.

—Oye, ¿estás bien? —le voy a apartar el pelo para verle el rostro, pero ella se aleja como si no quisiera ese contacto. Y me sienta como un tiro—.

Queen, has sido tú la que me ha besado —le recuerdo—. Yo... no sé si lo he hecho mal. Pero no pasa nada, en serio. Me ha gustado experimentarlo.

—¿Experimentarlo? Ha sido un error —se lamenta.

—Bueno, ya... Yo nunca me he besado con una chica. Así no. Perdón —me río por culpa de los nervios. Y, francamente, me río por no llorar.

Ella levanta la mirada de golpe y me lanza una de sus advertencias aceradas de abeja mosqueada.

—Pero ¿qué dices? Ni idea tienes, Kira. Joder —gruñe y se da la vuelta airada, como si no tuviera paciencia para mí.

Y es como si me apagarán la luz de golpe. Curioso cómo funciona la noche.

Un momento estoy volando entre las estrellas, con un beso que me ha sacado el alma de golpe. Y al otro en la tierra, hundida en la miseria.

No solo tengo que lidiar con la experiencia de que Queen me ha metido la lengua en la boca y yo se lo he permitido y me ha requeteencantado. Además, tengo que asumir que he sido un fracaso y que ella me ha dejado tirada por haber sido un fiasco.

No voy a beber más. Pero mañana me sentiré como una mierda igualmente.

¿Qué voy a hacer ahora?

Al día siguiente

El domingo es el día del Señor y del arrepentimiento. He borrado todos los números de los chicos con los que bailé. Hay algunos que me dejan en muy mal lugar: “el Dioni”, “el mellado”... “Ojo al peluquín”, “Un smint, por favor” —a este le olía el pozo—. Y, de repente, el Principito. Ese es Marc. Pues ¿sabéis qué? Me lo voy a guardar. Por dignidad.

No tengo resaca, pero me persigue una profunda vergüenza. Y no precisamente por haberme besado con Queen. Eso es lo de menos. Me siento mal por cómo se fue. La Reina y sus ademanes de grandeza...

Por su culpa me quedé como la última aceituna de un plato que nadie quiere. Así de sola y abandonada. Fue y es humillante.

Le he escrito para preguntarle cómo está. Yo estoy hecha un lío y un manojo de nervios. Porque irse así debe tener una explicación además de que no le gustó besarme. Y no me ha contestado.

Me ducho y me pongo ropa cómoda. Hoy no tengo ganas de salir de casa, solo de coger la guitarra y hacer algo que durante mucho tiempo he dejado de hacer. Así que estoy con mi libreta, mi lápiz y mis instrumentos, componiendo.

Al parecer, años atrás, desde que murió la yaya, no tenía nada que decir ni nada que contar desde el corazón. Ni siquiera la ruptura con Andrés lo ha conseguido. Pero de repente, mi inspiración ha despertado. Y ha sido culpa de Queen y su beso del infierno.

Escribo las letras y la melodía con el recuerdo de Queen besándome y después huyendo y dejándome sola en la cápsula del tiempo. Mis emociones se mezclan. Conforman un cóctel agrio y ácido. Pero en la superficie subyace la dulzura. Así que estoy dejándome ir por rimas bipolares.

*La abeja tiene un punzón,
Dañino y lacerante
Se lo convertiré en muñón
Beberá puro laxante.*

Rimas así. Nada poéticas y sentidas, como lo que yo suelo crear. Pero sí llenas de bilis y resentimiento.

Pero es que estoy enfadada... mosqueada y mucho. Mi orgullo femenino está dañado. Ningún chico me ha tratado así nunca, como para tolerar que ella lo haga. Para que luego vaya hablando de las maravillas de estar con una mujer y de lo distintas que somos a los hombres. Bla bla...

Ya veo. Las mujeres somos más malas y más zorras. Desde luego.

He querido hablar con Ágata, pero tampoco me coge el teléfono. Aunque tiene una excusa. Cuando se va a casa acompañada, siempre se pone en el estado de whatsapp un pico y una pala. Y eso es lo que tiene ahora. Seguramente se fue con Bert. Porque ellos me acompañaron en Taxi a casa y después se fueron juntos. Bueno, al menos, espero que esté bien y que esté disfrutando, y no como yo, que me comen los demonios esperando a que la tipa dé señales de vida.

La casa se me cae encima, así que después de comer una cremita de verduras y un bistec a la plancha, salgo de mi guarida para ir a buscar mi moto y llevarla a mi parquin. No me gusta que pase la noche fuera. Pero en mi estado no la iba a coger.

Voy andando hasta la discoteca. Está cerrada, pero mi moto sigue ahí,

perfecta y sin sufrir ningún rasguño.

Y de repente, cuando me voy a poner el casco y voy a encender el motor, me suena el móvil.

Pienso que es Queen, y me da un vuelco el corazón. Pero no. En la pantalla de móvil sale el nombre de Loli.

Aunque me decepcione un poco se lo cojo igual.

—Hola, Loli.

—Kira, cariño —su voz es exigente—. Te lo voy a preguntar a ti, porque la otra taruga seguro que se va a inventar algo, y esto es muy importante.

Me vuelvo a colgar el casco al codo y me quedo sentada en la moto.

—¿El qué?

—¿Por qué agredisteis a un chaval ayer en una de las calles que van a Portaferrissa? ¿Y qué diantres hacéis besuqueándoos?

Me he ido con la moto a dar una vuelta para despejarme. Lo que me ha contado Loli me ha dejado mal cuerpo.

Hay fotos en la red, de Queen y mías, compartidas por todas las redes sociales, del momento en el que los chicos nos atracaron y pasó lo que pasó: la secuencia de Queen contra la persiana, yo dándole con el casco en la cara al atracador, y los chavales corriendo y ella levantándose y dándome un beso en los morros. Uno muy casto comparado al que nos dimos ayer noche.

Dentro de lo malo, al menos había poca luz y no se nos ve bien las caras en las fotos. Todo eso está en internet, pululando con total libertad pero contando una historia bien distinta a la verdadera.

Según lo que se han hecho eco las webs de cotilleos, Queen iba borracha y estaba tirada en la calle. Se han inventado una telenovela al respecto. Que está pasando una mala racha porque no puede olvidar a Barbie. Que eso la lleva a sobrepasarse con el alcohol y a relacionarse con, y cito: «chicas como esta morena. Desde luego, una odiadora de los hombres, y una celosa, que no dudó en usar la violencia contra los dos chicos que solo querían un autógrafo de la estrella. Malas compañías agresivas para nuestra Reina ahora que se acerca a Eurovision. No nos gusta. Esperemos que Barbie y ella vuelvan».

En la foto no se ve ni el cuchillo ni nada. Se lo han sustituido por una libreta. ¡Una libreta! Es decir, alguien nos vio y nos fotografió y creó este

montaje a propósito. Una mentira flagrante con mi imagen borrosa de fondo. Y un beso equivocado y distorsionado.

Me da mucha pena que Queen haya tenido que lidiar con cosas así en su carrera. Supongo que está acostumbrada a ello.

Pero es información falsa. La verdad es que no me reconozco en las fotos y me importa poco lo que puedan decir, porque nada de lo que sale ahí es cierto. Pero lo que no tolero es que se manipule y se blasfeme. Sin embargo, no soy nadie para denunciar. Si alguien tiene que salir al paso de eso es Queen.

No obstante, ahí va la segunda noticia bomba de Loli.

Que había intentado hablar con ella, pero que sabía que estaría en pleno vuelo a Madrid. ¡A Madrid! Ya que esta semana, la artista tiene promociones Eurovisivas que hacer. En teoría, se iban a ir juntas mañana. Pero Queen no ha querido esperar y se ha ido hoy mismo.

¿Y cómo me quedo yo a todo esto? Muerta. Ayer estuvimos todo el santo día juntas y no me mencionó nada sobre ello. Ayer tuve su lengua en mi boca y tampoco dijo nada sobre ello.

Me he enterado por Loli y Loli me ha invitado a ir con ellas. Un detalle, dado que Queen no ha querido hablarme del tema. Saben que trabajo y que no voy a pedir días para eso. Si voy a Madrid porque considere que debo hacerlo, sería a partir del viernes. Y ya veremos.

Cada vez tengo más claro que no me gusta que me ninguneen. Y Queen es una experta. Tal vez se cree que me apuntaría a un bombardeo con tal de estar con ella y como no quiere que me obsesione, prefiere omitir datos. No sé con qué tipo de personas ha estado ni quién la ha rodeado, pero está confundida.

Menuda fantasma es.

Pero el problema soy yo.

Si supiera leer por qué me molesta tanto, si no le diera importancia, seguramente, disfrutaría más de todo y me reiría de todo lo que va sucediendo. Pero no puedo. Estoy conduciendo con la moto, y soy tan floja que se me empaña la visera por culpa de las lágrimas que no derramo.

No tolero que ella me ignore y me trate mal. Creo que me merezco una explicación. Lo único que he hecho en todos estos días es ayudarla. Y ella solo sabe provocarme y después devolverme desplantes.

Yo tengo un límite. No me gusta que me cosifiquen. Soy una persona. No una fan ni una esclava.

Pensaba que me veía como a una igual y que teníamos una amistad especial

y una química muy auténtica. Pero por lo visto, vuelvo a estar equivocada.

Es que no aprendo.

La Reina está en Palacio y no tiene por qué rendirle cuentas a ninguna doncella. Por muy cariñosa que haya sido con ella.

Que no se me olvide más.

No voy a caer más en la colmena.

Quedan días por delante antes de Eurovisión.

Haré de tripas corazón. No será la primera vez.

Continúa en la Cara B...

ESCUCHA LA BANDA SONORA DE:
LO QUE NUNCA TE CANTÉ

